

CCI

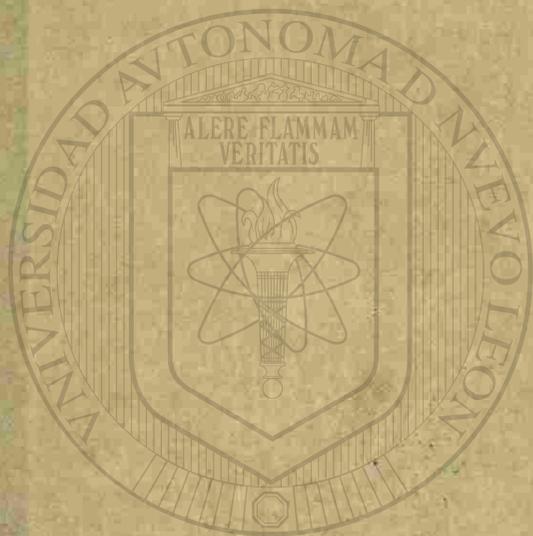
ALVO

ALVO

RAID  
P02499  
C758



1020026894



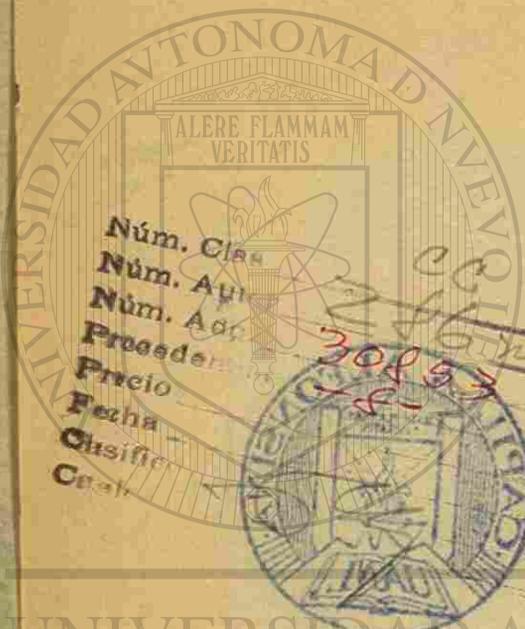
UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



30853

NUEVOS CUENTOS

A  
NINON

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

101158

30853

## OBRAS DE EMILIO ZOLA

**Germinal.**—Versión castellana de Augel de Luque, segunda edición: dos tomos en 8.º mayor, de más de 1.000 páginas entre los dos tomos, 6 pesetas en rústica.

**Su excelencia Eugenio Rougon.**—Versión castellana de Juan de la Cerda: dos tomos en 8.º mayor, de cerca de 700 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica.

**El vientre de París.**—Versión castellana de Enrique Meric: dos tomos en 8.º mayor, de más de 600 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica.

**La confesión de Claudio.**—Versión castellana de Augel de Luque: un tomo en 8.º mayor, de 350 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

**La fortuna de los Rougon.**—Versión castellana de Juan de la Cerda: dos tomos en 8.º mayor, de cerca de 700 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

**La conquista de Plassans.**—Versión castellana de Juan de la Cerda: dos tomos en 8.º mayor, de 700 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

**Aneta Micoulin.**—Versión castellana de Félix del Valle: un tomo en 8.º mayor, de 350 páginas, 3 pesetas en rústica.

**La caída del Padre Mouret.**—Versión castellana de J. Tardieu: dos tomos en 8.º mayor, de 700 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

**Magdalena Ferat.**—Versión castellana de Enrique Martimez: un tomo en 8.º mayor, de 444 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

**Cuentos a Ninon.**—(A Ninon.—Supplicio.—El tarjetero de baile.—El ideal de amor.—El hada amorosa.—¡Sangre!—Los ladrones y el asno.—Hermana de los pobres.—Aventuras de Sidonio el grande y del pequeño Mederico.)—Versión castellana de A. Mirat: un tomo en 8.º mayor, de 350 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

**Nuevos cuentos a Ninon.**—(Un bapo.—Las fresas.—El gran Mielin.—El Ayuno.—Los hombres de la Marquesa.—Mi vecino Santiago.—El paraíso de los gatos.—Lina.—La leyenda del Capata azul del amo.—El herrero.—La crisis.—La aldeilla.—Recuerdos.—Las cuatro jornadas de Juan Gourdau.)—Versión castellana de Siro García del Mazo: un tomo en 8.º mayor, de 370 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

**Los misterios de Marsella.**—Versión castellana de F. de Madrazo y Álvarez Vera: dos tomos en 8.º mayor, de más de 700 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

**La tierra.**—Versión castellana, 2.ª edición en un volumen: mismo tomo, 4 pesetas en rústica y 4,50 en tela.

Imprenta de F. Nozal, Jesus, 3 (esquina a la de las Huertas).

## NUEVOS CUENTOS

A

# NINON

POR

## EMILIO ZOLA

VERTIDOS AL CASTELLANO

por

### SIRO GARCÍA DEL MAZO.



MADRID  
EL COSMOS EDITORIAL  
Arco de Santa María, núm. 4, bajo.

1891

30853

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO R. VES"  
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

843  
Z



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

PA 2499  
C 758

Se prohíbe su reproducción  
o traducción.  
Queda hecho el depósito  
que marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

**CAPILLA ALFONSINA**  
**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA**  
**U. A. N. L.**

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1825 MONTERREY, MEXICO

## Á NINON

Diez años ha justamente, mi querida amiga, que te conté mis primeros cuentos. ¡Qué lindos enamorados hacíamos entonces! Yo llegaba de esa tierra de Provenza, donde crecí tan libre, tan confiado, tan lleno de todas las esperanzas de la vida. Era tuyo, sólo tuyo, de tu ternura, de tus ensueños.

¿Te acuerdas, Ninon? El recuerdo es hoy la única alegría en que mi corazón descansa. Hasta los veinte años hemos trillado juntos los senderos. Oigo tus piecitos sobre la dura tierra; veo las puntillas de tu basquiña blanca al ras de las ligeras hierbas; siento tu aliento entre las lejanas emanaciones de la salvia, que llegan á mí como bocanadas de juventud. Y las horas encantadoras se precisan en mi imaginación: ya es una mañana, en el ribazo, á la orilla del

agua recién despierta, completamente pura, teñida de rosa por los primeros resplandores del cielo; ya una siesta, bajo los árboles, en un escondite formado por las hojas, ante la campiña aletargada durmiendo en torno nuestro sin el menor estremecimiento; ya una tarde, en medio de un prado que se hundía lentamente bajo la ola azulada del crepúsculo que bajaba de las laderas; ya una noche, marchando á lo largo de un camino interminable, yendo ambos á lo desconocido, sin curarnos de las mismas estrellas, con el solo deseo de dejar el pueblo y perdernos, lejos, muy lejos, en el fondo de la discreta sombra. ¿Te acuerdas, Ninon?

¡Qué vida tan feliz! Dábamos rienda suelta á nuestras imaginaciones en el amor, en el arte, en el ensueño. No hay zarzal que no haya ocultado nuestros besos, que no haya abrigado nuestras caricias. Yo te llevaba, te pasaba como la viva poesía de mi infancia. Nuestros eran el cielo, la tierra, los árboles, las aguas, hasta las rocas desnudas que cerraban el horizonte.

Me parecía entonces, que abriendo los brazos, iba á estrechar la campiña contra mi pecho y á darle un beso de paz. Me sentía con fuerzas, con deseos, con bondades de gigante. Nuestras excursiones de escolares escapados, nuestros amores de pájaros libres, me inspiraron un gran desprecio del mundo, una tranquila confianza en las solas energías de la vida.

Si; en aquella ternura de todos los momentos, amiga mía, me proveí de ese valor que mis compañeros han admirado frecuentemente más tarde. Las ilusiones de nuestras almas eran armaduras de fino acero que todavía me protegen.

Te dejé; dejé esa Provenza, cuya vida eras tú, y te invoqué, desde la víspera de la lucha como á una buena santa. Tuviste mi primer libro. Estaba lleno de tu ser, perfumado con el aroma de tus cabellos. Me habías enviado al combate con un beso en la frente, como noble amante que quiere la victoria para aquel á quien ama. Y yo, yo no me acordaba nunca sino de tu beso, no pensaba más que en ti, no podía hablar sino de ti.

Diez años han transcurrido. ¡Ah, querida amiga mía! ¡Cuántas tempestades han estallado, cuánta agua negra, cuántos témpanos han rodado bajo el puente, pronto á desplomarse, de mis sueños! ¡Diez años de trabajos forzados, diez años de amargura, de golpes dados y recibidos, de combate eterno! Tengo el corazón y el cerebro acribillado de cuchilladas. Si vieses á tu enamorado de otros tiempos, á aquel buen muchachote que creía poder trasladar las montañas de un caprotazo; si le vieses pasar á la luz pálida de París, con la faz terrosa, abrumado de fatiga, te estremecías, mi pobre Ninon, y llorarías los claros soles, los mediodías ardientes, que nunca volverán.

Algunas noches, mi cansancio es tan grande, que

experimento el cobarde deseo de sentarme al borde del camino, resuelto á dormirme para siempre en brazos de la muerte. ¿Y sabes, Ninon, lo que me impulsa hacia adelante, lo que me devuelve el valor en cada momento de debilidad? Es tu voz, mi bien amada; tu voz distante, tu hilillo de voz pura, que me repite, gritando, mis juramentos.

En verdad, conozco tu valor. Puedo mostrarte mis llagas, seguro de que así has de amarme más. Me aliviará el quejarme á tí, que me prodigarás tus consuelos. No he soltado la pluma un solo día; me he batido como mercenario que debe ganar su soldada: si la gloria llega, me impedirá que coma el pan seco. ¡Cuánto bocado desabrido, cuyo mal sabor aún tengo en la garganta! Por espacio de diez años he alimentado, como tantos otros, con lo mejor de mí ser, el honor del periodismo. De este trabajo colosal nada queda, sino es un poco de ceniza. Hojas arrojadas al viento, flores caídas en el lodó, mezcla de lo más excelente y de lo más malo, amasado en la artesa común. Todo lo toqué: ensuciáronse mis manos en ese turbio torrente de la mediocridad, que corre lleno hasta los bordes. Mi amor á lo absoluto sangraba en medio de tantas pequeñeces, tan importantes por la mañana, tan olvidadas á la tarde. Cuando pensaba dejar una huella eterna en el granito, crear una obra de vida perdurable, soplabo burbujas de jabón, que deshacía el ala de las moscas que zumbaban al sol.

Me hubiese rendido al embrutecimiento del oficio, si en mi amor por la fuerza no hubiera tenido un consuelo: el de la producción incesante, que me torturaba con toda clase de fatigas.

Por otra parte, amiga mía, yo no estaba armado para la guerra. No es posible que te imagines los arrebatos de cólera que la necedad provocaba en mí. Tenía la pasión de mis opiniones; un libro me ponía enfermo, un cuadro me desesperaba como una catástrofe pública; vivía en una batalla continua de admiración y de desprecio. El mundo no existía para mí fuera de las letras, fuera del arte. ¡Y cuántos combates con la pluma, cuántos encuentros furiosos para limpiar el campo! Hoy me encojo de hombros. Soy un viejo á quien el espectáculo del mal ha endurecido; guardo mi fe; hasta creo ser más intratable que nunca; pero me contento con encerrarme y trabajar. Es la única manera de discutir con provecho, porque las obras no son más que argumentos en la eterna discusión de lo bello.

Ya comprenderás que no he saído ileso de la lucha. Tengo cicatrices, como te he dicho, en el cerebro y en el corazón. Ya no replico; espero que se habitúen á mi aire. Tal vez de esta manera pueda volver á tí sin mutilaciones. Dejé, amiga mía, nuestros galantes senderos de enamorado, donde las flores crecen, donde no se recogen más que sonrisas. Tomé la carreta, gris con el polvo, adornada de árboles macilentos;

confieso también que me detuve con curiosidad ante los perros voraces que ladraban en los ángulos de las lindes. Hablé de verdad; pretendí demostrar que todo podía escribirse; quise probar que el arte está en la vida, y no en otra parte. Naturalmente, se me lanzó á la cuneta. ¡A mi, Ninon, que he empleado mi juventud en espigar margaritas y coronillas para tu pecho!

Me perdonarás mis infidelidades de amante. Los hombres no pueden vivir cogidos siempre á las faldas de las mujeres. Llega un momento en que vuestras mieles son demasiado dulces. ¿Recuerdas la pálida tarde de otoño, la tarde de nuestra despedida? Al abandonarme tus delicados brazos, me recibió la verdad en sus duras manos. Invadióme la locura del análisis exacto. Después del trabajo diario, escribí por las noches, página á página, los libros, compañeros de mi vida. Si tengo algún orgullo, es el de esta voluntad, cuyo esfuerzo me ha sacado lentamente de la esclavitud del oficio. He comido sin vender ninguna de mis creencias. Te debía estas confidencias, á tí, que tienes el derecho de saber lo que ha llegado á ser como hombre el niño cuyos primeros pasos protegiste.

Hoy mi único pesar es estar solo. El mundo acaba en la verja de mi jardín. Me he encerrado en mi casa, para que el trabajo impere soberanamente en mi vida, y me he encerrado tan bien, que ya nadie llama

mi puerta. Por esto, mi querida amiga, he evocado tu recuerdo en medio de la lucha. Me encontraba demasiado solo, después de diez años de separación; quería volverte á ver, besarte los cabellos, decirte que siempre te amo. Esto me consuela. Ven sin miedo; no soy tan malo como me pintan. Te lo aseguro; te amo siempre; pienso que aun no me faltan rosas con que hacer un ramo para tu seno. Tengo hambre de manteca y de leche. Si no fuera por provocar á risa, te llevaría bajo un emparrado, con una oveja blanca, para decirnos, los tres, cosas tiernas.

¿Y sabes lo que he hecho, Ninon, para retenerte á mi lado toda esta noche? ¿A que no lo aciertas? He ojeado el pasado; he buscado, entre centenares de páginas escritas, un poco de todo, cuando no hallaba cosas bastantes delicadas para tus oídos. Me ha complacido poner estas mieles en medio de mis rudezas. Sí; he querido este regalo para ambos. Volveremos á ser niños; comeremos sobre la hierba. Se trata de cuentos, nada más que de cuentos, de confitura servida en la vajilla de los chicos. ¿No es esto encantador? Tres grosellas, dos granos de uva seca, bastarán para saciar nuestro apetito, y nos achisparemos con cinco gotas de vino vertidas en agua clara. Oye, curiosa. Hay al principio algunos cuentos bastante pasables; hasta tienen un comienzo y un fin; otros, es verdad, van con los pies desnudos, después de haber tirado la gorra por lo alto. Pero debo ad-

vertirte que más adelante nos encontraremos con caprichos que huelen á tomillo. ¡Picarilla! Lo he espijado todo; era preciso que no me abandonases en toda la noche. En ellos canto la canción del «¿Te acuerdas?». Son nuestros recuerdos más queridos; lo que hay de más dulce para nosotros; lo mejor de nuestros amores. Si esto enoja á los demás tanto peor para ellos. Ninguna necesidad tienen de meterse en camisa de once varas. En último término, para retenerte todavía, te contaré una larga historia, la última, que durará, así lo espero, hasta la madrugada. La he colocado al fin detrás de todas las demás, para que te duermas entre mis brazos. Después dejaremos caer el volumen y nos abrazaremos.

¡Ah, Ninon, qué despilfarro de blanco y de rosal. No me prometo, sin embargo, que á pesar de todos mis afanes para quitar las espinas no quede alguna gota de sangre en mi manojito de flores. Mis manos no son bastante puras para atar los ramos sin peligro. Pero está tranquila; si te picas, te besaré los dedos; beberé tu sangre. Esto será menosroso.

Mañana habré rejuvenecido diez años. Me parece que llego de la vispera, del fondo de nuestra juventud, con la miel de tu beso en los labios. Será como volver á empezar mi tarea. ¡Ah, Ninon! Nada he hecho todavía. Llora sobre esta montaña de papel ennegrecido; me desespero al pensar que no he podido saciar mi sed de lo verdadero, que la gran naturaleza

escapa á mis brazos demasiado cortos. Experimento el áspero deseo de coger la tierra, poseerla en un abrazo, verlo todo, saberlo todo, decirlo todo. Quisiera tender á la humanidad, á todos los seres y todas las cosas, sobre una página blanca; producir una obra que fuese el arca inmensa.

Y no esperes que acuda en largo tiempo á la cita que te di, en Provenza, para cuando terminase mi tarea. El trabajo es muy grande. Quiero la novela, el drama; quiero la verdad en todas partes. No me traigas tu querido recuerdo sino por la noche; ven, con el rayo de luna que se desliza por entre mis cortinas, a la hora en que pueda llorar contigo sin ser visto. Necesito de toda mi virilidad. Más tarde, ¡oh!, más tarde, seré yo quien vaya á buscarte á la campiña, tibia aún con nuestras ternezas. Seremos muy viejos; pero siempre nos amaremos. Tú me llevarás en peregrinación al ribazo, á la orilla del agua recién despierta; al medio de los prados que se apegan lentamente en la ola azulada del crepúsculo, á lo largo del camino interminable, sin curarnos de las estrellas, con el sólo deseo de perdernos en la sombra. Y los árboles, las matas de hierba, hasta los guijarros, nos reconocerán de lejos en nuestros besos, y nos darán la bienvenida.

Oye; para que no nos causemos en buscarnos, voy á decirte á qué sitio iré por ti. ¿Sabes donde el río forma un recodo, pasado el puente, más allá del lava?

dero, frente por frente de aquella gran cortina de álamos? ¿Te acuerdas? Allí nos besamos las manos en una mañana de primavera. Y bien: á la izquierda hay un seto de espinas blancas, muro de verdura, al pie del cual nos echábamos para no ver más que el azul del cielo. Detrás de este seto, mi querida amiga, es donde te cito, para dentro de algunos años, en un día de sol pálido, cuando tu corazón me presenta en los alrededores.

EMILIO ZOLA.

Paris 1.º de Octubre de 1874.

## CUENTOS

### UN BAÑO

Te apuesto á que no la aciertas, Ninon. Busca, inventa, imagina un verdadero cuento azul, algo de terrorífico y de inverosímil... ¿Sabes? La Baronesita, aquella excelente Adeline de C\*\*\*, que habia jurado... No, no lo adivinarías; prefiero decírtelo todo.

Y bien: Adeline se vuelve á casar; es positivo. Lo dudas, ¿no es verdad? Es preciso que yo esté en *Mesnil-Rouge* á sesenta y siete leguas de París, para que crea en semejante historia. ¡Ríete; el matrimonio no dejara de celebrarse. ¡La pobre Adeline, viuda á los veintidos años, á quien el odio y el desprecio con que miraba á los hombres hacían tan interesante! En dos meses de vida común, el difunto, digno hombre sin duda, que hubiese sido perfecto sin los acha-

dero, frente por frente de aquella gran cortina de álamos? ¿Te acuerdas? Allí nos besamos las manos en una mañana de primavera. Y bien: á la izquierda hay un seto de espinas blancas, muro de verdura, al pie del cual nos echábamos para no ver más que el azul del cielo. Detrás de este seto, mi querida amiga, es donde te cito, para dentro de algunos años, en un día de sol pálido, cuando tu corazón me presenta en los alrededores.

EMILIO ZOLA.

Paris 1.º de Octubre de 1874.

## CUENTOS

### UN BAÑO

Te apuesto á que no la aciertas, Ninon. Busca, inventa, imagina un verdadero cuento azul, algo de terrorífico y de inverosímil... ¿Sabes? La Baronesita, aquella excelente Adeline de C\*\*\*, que habia jurado... No, no lo adivinarías; prefiero decírtelo todo.

Y bien: Adeline se vuelve á casar; es positivo. Lo dudas, ¿no es verdad? Es preciso que yo esté en *Mesnil-Rouge* á sesenta y siete leguas de París, para que crea en semejante historia. ¡Ríete; el matrimonio no dejara de celebrarse. ¡La pobre Adeline, viuda á los veintidos años, á quien el odio y el desprecio con que miraba á los hombres hacían tan interesante! En dos meses de vida común, el difunto, digno hombre sin duda, que hubiese sido perfecto sin los acha-

ques que le llevaron al sepulcro, le enseñó toda la escuela del matrimonio. Adelina había jurado que para experiencia bastaba. ¡Y se vuelve á casar! Tal es, sin embargo, el tema de su vida.

Es verdad que Adelina ha tenido mala suerte. No es fácil prever una aventura por el estilo. ¡Y si yo te dijera con quién se casa! Ya conoces al conde Octavio de R\*\*\*, aquel joven alto que ella detestaba tan cordialmente. No podían verse sin cambiar sonrisas punzantes, sin herirse mutuamente con frases amables. ¡Ah, los desgraciados! ¡Si supieras dónde se encontraron la última vez!... Bien veo que es menester que te lo cuente. Es toda una novela. La mañana está lluviosa. Voy á poner el asunto en capítulos.

## I.

El castillo se halla á seis leguas de Tours. Desde *Mesnil-Rouge* veo sus techos de pizarra, perdidos en el verdor del bosque. Se le llama el *Castillo de la Bella durmiente del Bosque*, porque en otro tiempo estuvo habitado por un señor que debió desposarse con la hija de uno de sus arrendatarios.

La pobre niña vivió allí como en un claustro, y creo que su sombra se aparece de cuando en cuando á los aldeanos. Nunca las piedras despidieron tal perfume de amor.

La Bella que duerme hoy allí es la vieja conde-

sa de M\*\*\*, tía de Adelina. Hace treinta años que ha prometido ir á pasar un invierno á París. Sus sobrinas y sobrinos la acompañan cada uno quince días durante la primavera. Adelina es muy puntual. Por otra parte, ama al castillo, ruina legendaria, que la lluvia y el viento desmoronan en medio de una selva virgen.

La vieja Condesa ha mandado formalmente que no se toque ni á los cielos rasos que se resquebrajan, ni á las ramas que se entrecruzan y que obstruyen los paseos. La encanta el muro de hojas que se forma allí todas las primaveras, y suele decir que la casa es aún más sólida que ella. La verdad es que un ala entera yace por tierra. Estos agradables retiros, contruidos en tiempo de Luis XV, eran como los amores de la época, fugaces como la aurora. Las grietas corren por las paredes; los pisos han cedido; el musgo invade con su verdor hasta las alcobas. La frescura, debida á la humedad del parque, conserva en el castillo el grato aroma de las ternuras de otros días.

El bosque amenaza entrar en la casa. Han crecido árboles al pie de las gradas, en las hendiduras de los escalones. Los carruajes sólo pueden transitar por la gran alameda, y para ellos es preciso que el cochero vaya á pie y dirija las bestias con la mano. Á la derecha, á la izquierda, hay sotos vírgenes, que entrecorta algún que otro sendero envuelto en densa

ques que le llevaron al sepulcro, le enseñó toda la escuela del matrimonio. Adelina había jurado que para experiencia bastaba. ¡Y se vuelve á casar! Tal es, sin embargo, el tema de su vida.

Es verdad que Adelina ha tenido mala suerte. No es fácil prever una aventura por el estilo. ¡Y si yo te dijera con quién se casa! Ya conoces al conde Octavio de R\*\*\*, aquel joven alto que ella detestaba tan cordialmente. No podían verse sin cambiar sonrisas punzantes, sin herirse mutuamente con frases amables. ¡Ah, los desgraciados! ¡Si supieras dónde se encontraron la última vez!... Bien veo que es menester que te lo cuente. Es toda una novela. La mañana está lluviosa. Voy á poner el asunto en capítulos.

## I.

El castillo se halla á seis leguas de Tours. Desde *Mesnil-Rouge* veo sus techos de pizarra, perdidos en el verdor del bosque. Se le llama el *Castillo de la Bella durmiente del Bosque*, porque en otro tiempo estuvo habitado por un señor que debió desposarse con la hija de uno de sus arrendatarios.

La pobre niña vivió allí como en un claustro, y creo que su sombra se aparece de cuando en cuando á los aldeanos. Nunca las piedras despidieron tal perfume de amor.

La Bella que duerme hoy allí es la vieja conde-

sa de M\*\*\*, tía de Adelina. Hace treinta años que ha prometido ir á pasar un invierno á París. Sus sobrinas y sobrinos la acompañan cada uno quince días durante la primavera. Adelina es muy puntual. Por otra parte, ama al castillo, ruina legendaria, que la lluvia y el viento desmoronan en medio de una selva virgen.

La vieja Condesa ha mandado formalmente que no se toque ni á los cielos rasos que se resquebrajan, ni á las ramas que se entrecruzan y que obstruyen los paseos. La encanta el muro de hojas que se forma allí todas las primaveras, y suele decir que la casa es aún más sólida que ella. La verdad es que un ala entera yace por tierra. Estos agradables retiros, contruidos en tiempo de Luis XV, eran como los amores de la época, fugaces como la aurora. Las grietas corren por las paredes; los pisos han cedido; el musgo invade con su verdor hasta las alcobas. La frescura, debida á la humedad del parque, conserva en el castillo el grato aroma de las ternuras de otros días.

El bosque amenaza entrar en la casa. Han crecido árboles al pie de las gradas, en las hendiduras de los escalones. Los carruajes sólo pueden transitar por la gran alameda, y para ellos es preciso que el cochero vaya á pie y dirija las bestias con la mano. Á la derecha, á la izquierda, hay sotos vírgenes, que entrecorta algún que otro sendero envuelto en densa

obscuridad, por el que se avanza con los brazos extendidos para separar la hierba. Y los troncos caídos convierten en verdaderas trampas las entradas de estos caminos, mientras que los estrechos claros semejan pozos abiertos en el azul del cielo.

El musgo cuelga de las ramas; las amaras dulces se entretajan bajo el arbolado; el zumbido de los insectos, el aletear de pájaros que no se ven, dan vida extraña á aquella enormidad de follaje. Con frecuencia he experimentado pequeños estremecimientos de miedo yendo á visitar á la Condesa: el bosque soplaba sobre mi nuca hálitos inquietantes.

Pero hay, sobre todo, un rincón delicioso y encantador en el parque: está á la izquierda del castillo, en la extremidad del parterre, donde sólo crecen ababoles tan altos como yo.

En medio de un bosquecillo se abre una gruta que se hunde bajo un manto de hiedra, cuyos tallos se entrelazan hasta en la hierba. La gruta, invadida, obstruída, no es ya sino un agujero negro, en cuyo fondo se destaca la blancura de un Cupido de yeso sonriente, con el dedo en la boca. El pobre Amor está manco, y una mancha de musgo que le cubre el ojo derecho le ha dejado tuerto. Parece guardar, con su sonrisa pálida de enfermo, á alguna dama enamorada, muerta desde hace un siglo.

El agua viva de una fuente que brota en la gruta, se desparrama en ancha sábana en el claro, y se es-

capa después por un arroyo oculto debajo de las hojas. Es un estante natural de fondo arenoso, donde los árboles se miran; el cielo se refleja en breve círculo azulado en el centro del estanque. Los juncos crecen allí, y los nenúfares extienden sus anchas hojas.

No se percibe en la oscuridad gris de este pozo de verdura, que parece abrirse por encima y por debajo del gran lado del aire, más que el murmullo del agua, cayendo eternamente con apariencias de dulce lasitud. Largas moscas de agua patinan en los ángulos. Un pinzón viene á beber, haciendo dengues delicados, temiendo mojarse las patitas. Algún estremecimiento brusco de las hojas de la balsa como deliquios de virgen, cuyos párpados se agitan. Y en lo negro de la gruta, el amor de yeso impone el silencio, el reposo, todas las discreciones de las aguas y de los bosques á este rincón voluptuoso de la naturaleza.

## II.

En los quince días que Adelina pasa con su tía, este país de lobos se humaniza. Es preciso ensanchar las alamedas para que Adelina no se rasgue los vestidos. Este año trajo treinta y dos baules, que hubo que llevar á hombros, porque el camión del camino de hie-

ro nunca se ha atrevido a aventurarse en la arboleda. No habría salido de ella, te lo juro.

Adelina, como sabes, es algo rara; entre nosotros puede decirse; no anda bien de la cabeza. En el convento tenía caprichos verdaderamente diabólicos. Sospecho que viene al castillo para saciar lejos de la sociedad su afán de extravagancias. La tía no abandona su butaca: el castillo pertenece á la niña mimada, que se entrega en él á las más extrañas imaginaciones. Esto la alivia. Cuando sale de este rincón ha adquirido cordura para un año.

Durante quince días es el hada, el alma de la selva. Se la ve en traje de gala, paseando sus encajes blancos y adornos de seda por en medio de las zarzas. Se me asegura que se la ha encontrado en una ocasión vestida á la Pompadour, con polvos y moscas, sentada en la hierba, en el escondrijo más desierto del parque. Otras veces se ha visto á un jovenzuelo blondo que discurría dulcemente por las alamedas; mucho me temo que este jovencillo no fuese nuestra querida locuela.

Sé que escudriña el castillo, desde los sótanos hasta los graneros.

Huronea en los lugares más recónditos; sonda los muros con sus pequeños puños; desflora con su nariz sonrosada todo este polvo del pasado.

Ya se la ve en lo alto de las escaleras de mano; ya perdida en el fondo de los profundos armarios; ya

con el oído avizor en las ventanas; ya pensativa ante las chimeneas, con el deseo evidente de subir por dentro y mirar.

Después, como sin duda no encuentra lo que busca, corre al parterre de los altos ababoles, á través de los senderos ennegrecidos por la sombra y de los claros blanqueados por el sol. Busca algo de continuo, y con la nariz al viento, olfatea el lejano y vago aroma de una flor de ternura que no está á su alcance.

Positivamente, como te he dicho, Ninon, el viejo castillo respira amor, en medio de sus árboles agresivos. Estuvo allí encerrada una pobre niña, y los muros conservan el olor de su ternura, como los vetustos cofres donde se guardan ramos de violetas. Juraría que este olor se sube á la cabeza de Adelina y la embriaga. Cuando se ha saturado de él y perdido el juicio, iría sobre un rayo de luna á visitar el país de los muertos; se dejaría besar la frente por todos los caballeros andantes que quisieran despertarla de su sueño de cien años.

Á veces se apoderan de ella la languidez y el cansancio; entonces lleva al bosque pequeños bancos para sentarse. Pero en los días de calor excesivo, su consuelo es ir á bañarse por la noche en el estanque, bajo el follaje espeso. Es la hija de la fuente. Los juncos tienen ternuras para ella. El amor de yeso la sonríe cuando deja caer sus prendas, y entra en el agua, con la tranquilidad de Diana, confiada en la

soledad, sin otro ceñidor que los nenúfares, porque sabe que hasta los peces duermen con sueño discreto. Nada suavemente, con las blancas espaldas fuera del agua, semejante á un cisne que hinche las alas y se desliza sin ruido. La fresca calma sus ansiedades. Su tranquilidad sería completa, á no ser por el amor manco que la sonrie.

Cierta noche llegó hasta el fondo de la gruta, no obstante el miedo horrible que la inspiraba la sombra húmeda, y levantándose sobre las puntas de los pies puso el oído en los labios del amor, para saber si tenía algo que decirle.

## III.

Lo horroroso de este año es que Adelina, al llegar al castillo, se encontró instalado en el departamento más hermoso al conde Octavio R\*\*\*, aquel joven alto, su enemigo mortal. Parece que es algo pariente de la vieja señora de M\*\*\*. Adelina juró que le echaría. Deshizo atrevidamente su equipaje, y reanudó sus correrías, sus pesquisas eternas.

Por espacio de ocho días, Octavio, como si tal cosa, puesto de codos á la ventana y fumando, miraba á Adelina tranquilamente. Por la tarde nada de frases aceras, de guerra sorda. Era tan cortés, que la Baronesa acabó por encontrarle soporífero, y no volvió á acor-

darse de él. Octavio no dejaba de fumar; Adelina recorría el parque y tomaba sus baños.

Bajaba al estanque á media noche, cuando todo el mundo dormía. Se aseguraba, sobre todo, de si el conde Octavio había apagado la luz. Entonces se alejaba pasito á pasito, como si fuese á una cita de amor, con deseos sensuales por el agua fría. La sobrecogían pequeños temblores de miedo desde que sabía que había un hombre en el castillo.

¡Si abriría una ventana! ¡Si á través de las hojas vería algún hoyuelo de su espalda! Este pensamiento la estremecía al salir chorreando del agua y blanquear un rayo de luna su desnudez de estatua.

Cierta noche se fué á bañar á las once. El castillo llevaba dos horas largas de sueño. Aquel día experimentaba sensaciones singulares.

Había escuchado á la puerta del Conde, y creía haberle oído roncar. ¡Uf! ¡Un hombre que ronca! Esto había aumentado su desprecio hacia los hombres y su ardiente deseo por las caricias frescas del agua, cuyo sueño es tan dulce. Se entretuvo bajo los árboles, complaciéndose en soltar sus prendas una á una. La sombra era muy oscura: la luna aparecía en el confín del horizonte, y el cuerpo de la adorable criatura se destacaba en la orilla de la fuente con la blancura vaga de un tierno álamo. Soplos calientes bajaban del cielo, que rozaban las espaldas de Adelina con besos tibios.

La Baronesita gozaba de un bienestar inefable; se sentía un poco lánguida; la sofocaba algo el calor; pero entregada á un grato abandono, movía con el pie las ondas de agua clara.

Sin embargo, la luna iba elevándose, é iluminaba ya un rincón del baño. Entonces Adelina vió con espanto en aquel rincón iluminado, unos ojos que la miraban. Dejóse caer, se hundió en el agua hasta la barba, cruzó los brazos como para traer sobre su pecho los velos temblorosos del estanque, y preguntó con voz conmovida:

—¿Quién está ahí? ¿Qué hace Ud. ahí?

—Soy yo, señora (respondió tranquilamente el conde Octavio); me baño.

## IV

Siguióse un momento de silencio formidable. En la superficie del estanque, las ondas, ensanchándose en torno de las espaldas de Adelina, iban á morir sobre el pecho del Conde con ligero chasquido. Octavio, imperforable levantó los brazos, é hizo ademán de cogerse á una rama, como para salir del agua.

—Quédese Ud., se lo mando (gritó Adelina con terror): vuelva Ud. á entrar en el agua inmediatamente.

—Pero, señora (contestó él obedeciendo); hace una hora que estoy aquí.

—No importa. No quiero que salga Ud. ¿Comprende Ud.?... Esperaremos.

La pobre Baronesa perdía la cabeza. Hablaba de esperar, sin saber lo que decía, ofuscada su razón por las terribles eventualidades que amenazaban: Octavio se sonrió.

—Pero (se atrevió á decir), me parece que volviendo Ud. la espalda...

—No, no, señor. ¿No ve Ud. la luna?

La luna, en efecto, había avanzado, y daba de lleno en el estanque. El agua, semejante á un espejo de plata, brillaba en medio de la negrura de las hojas; los juncos y nenúfares de la orilla, trazaban en las ondas sombras finamente dibujadas, como lavadas al pincel con tinta de china. Una lluvia ardiente de estrellas caía en el baño por la estrecha abertura del follaje. El arroyo de agua corría por detrás de Adelina con voz más baja y como burlona. La Baronesa se aventuró á dirigir una ojeada á la gruta, y vió al amor de yeso que la miraba con aire de inteligencia.

—¡La luna! es verdad (murmuró el Conde); no obstante, volviendo la espalda...

—No, no, mil veces no. Esperaremos hasta que la luna desaparezca... Ya lo ve Ud.; avanza. Cuando se oculte detrás de ese árbol, estaremos á la sombra.

—Pero es que falta una hora larga para eso.

—¡Oh! Tres cuartos de hora á lo más....

—La cosa no vale la pena. Esperaremos. Entonces podrá V. salir del agua.

El Conde quiso protestar; pero como al hablar gesticulaba y se descubría hasta la cintura, Adelina daba pequeños gritos de angustia, tan agudos, que Octavio, por cortesía, se metió en el agua hasta la boca, teniendo la delicadeza de no volverse a mover. Estaban frente a frente, puede decirse. Las dos cabezas, la adorable cabeza blonda de la Baronesa, con los grandes ojos que tu conoces, y la fina cabeza del Conde, con sus mostachos un poco irónicos, permanecieron cuerdamente inmóviles sobre el agua dormida, á dos varas á lo más uno de otro. El amor de yeso se reía más fuerte bajo su manto de hiedra.

V.

Adelina había buscado protección entre los nenúfares. Cuando la frescura del agua la repuso y hubo tomado sus precauciones para pasar allí una hora, advirtió que el agua era de una limpidez verdaderamente extraña. Veía sus pies desnudos en el fondo, sobre la arena. Preciso es decir que la pícara de la luna también se bañaba; parecía revolverse en el agua, tomando plena posesión de ella, con los movimientos de anguila de sus rayos... Adelina se cubre, bajo el agua, con un cinturón de nenúfares. Después atrajo hacia sí suavemente las anchas hojas que na-

daban, y se formó como un collar. Así vestida, se sintió más tranquila. Sin embargo, el Conde había acabado por tomar la cosa estoicamente.

No habiendo encontrado un tronco donde sentarse, se resignó á seguir de rodillas. Y para no aparecer tan ridículo, con el agua hasta la barba, como un hombre perdido en el fondo de un plato de altura colosal, trabó conversación con la Condesa, evitando cuanto pudiera recordar á ambos lo desagradable de sus posiciones respectivas.

—Hace hoy mucho calor, señora.

—Sí, un calor sofocante. Por fortuna, estas sombras dan algún fresco.

—¡Oh! Es verdad.... La buena de la tía es una excelente persona, ¿no es cierto?

—Una excelente persona, sin duda.

Hablaron despues de las últimas carreras y de los bailes que ya se anunciaban para el invierno próximo. Adelina, que empezaba á tener frío, reflexionaba que el Conde debía haberla visto mientras se entretenía en la orilla pensamiento sencillamente horrible, aunque le quedaban dudas acerca de la gravedad del accidente. Tal vez la habria protegido la sombra proyectada por los árboles; la luna aún no iluminaba aquella parte del baño; además, recordaba que habia estado detrás del tronco de un grueso roble, el cual debía haberla resguardado. Mas, en cualquier caso, el Conde era un hombre abominable. Le

aborrencia; hubiera querido que le faltase el pie, que se ahogase. Ciertamente, no sería ella quien le tendiera la mano. ¿Por qué al verla acercarse no le gritó que estaba allí, que tomaba un baño? Se formuló tan claramente esta pregunta, que no pudo retenerla en los labios. Interrumpió al Conde, que hablaba de la nueva forma de los sombreros.

—Pero yo nada sabía (respondió él). Le aseguro á V. que he pasado un susto espantoso... Al ver una figura completamente blanca, creí que era la *Bella durmiente* que se me aparecía; la niña que la leyenda dice que estuvo aquí encerrada. El miedo me impidió gritar.

## VI.

Al cabo de media hora eran ya buenos amigos. Adelina se había dicho que iba bastante descotada á los bailes, y que, en suma, no veía el inconveniente en enseñarle las espaldas. Había salido del agua, separando la túnica que se enroscaba á su cuello. Despues se arriesgó á sacar los brazos. Parecía una ondina, con la garganta desnuda, los brazos libres, vestida con aquel manto de verdura que se ensanchaba detrás de ella y la seguía como amplia cola de sátiro.

El Conde se enternecía. Consiguió dar algunos pasos para aproximarse á una raíz. Sus dientes cas-

tañeteaban un poco. Miraba hacia la luna con interés demasiado vivo.

—¡He! Avanza con lentitud,— dijo Adelina.

—Al contrario, tiene alas,—repuso el Conde, dando un suspiro.

Adelina se echó á reir.

—Nos falta aún largo un cuarto de hora.

El Conde, entonces, se aprovechó cobardemente de la situación; se declaró á ella. Le explicó que la amaba desde hacia dos años, y que si fingía perseguirla con sus chanzonetas, era porque esto le había parecido de mejor gusto que suspirarla ternezas. Adelina, llena de inquietud, se subió el manto verde hasta el cuello, y metió los brazos en las mangas. Sólo se descubría ya sobre los nenúfares la punta de su nariz; y como recibía de lleno la luna en los ojos, estaba completamente aturdida, completamente deslumbrada. No veía ya al Conde, cuando sintió que alguien se chapuzaba y que el agua agitada le rozaba los labios.

—¿Quiere Ud. no volverse á mover? (gritó.) ¿Quiere Ud. no andar de ese modo en el agua?

—Pero si no ando (dijo el Conde); me resbaló... La amo á Ud.

—Cállese Ud., no se mueva; hablaremos de eso cuando la luna se vaya... Cuando esté detrás del árbol

## VII.

La luna se ocultó detrás del árbol. El amor de yeso soltó una carcajada.

## LAS FRESAS

## I

Una mañana de Junio, al abrir la ventana, recibí en el rostro un soplo de aire fresco. Había estallado aquella noche una violenta tempestad. El cielo parecía como nuevo, de un azul claro, lavado por el chaparrón hasta sus más pequeños espacios. Los techos, los árboles, cuyas altas ramas descubría entre las chimeneas, todavía estaban mojados, y este pedazo de horizonte se reía bajo el sol rojizo. Subía de los jardines vecinos un olor agradable á tierra húmeda.

—Arriba, *Ninette* (grité alegremente); ponte el sombrero, hija mía... Vamos al campo.

Ella palmoteó, y en menos de diez minutos ya estaba lista, cosa muy meritoria, tratándose de una coqueta de veinte años.

A las nueve estábamos en los bosques de Verrières.

## II

¡Qué bosques tan discretos y cuántos amantes han paseado en ellos sus amores! En los días de trabajo, los setos están desiertos; se puede ir el uno al lado del otro, abrazados por la cintura, buscándose los labios, sin temor de ser vistos más que por los pajarillos que saltan en las zarzas. Las alamedas se prolongan, anchas y altas, á través del bosque; el suelo está cubierto de un tapiz de finísima hierba, sobre el cual, el sol, penetrando por entre las hojas, derrama lentejuelas de oro. Y hay caminos hondos, senderos estrechos muy sombríos, donde es menester apretarse uno contra otro para pasar. Y hay escondrijos donde es fácil perderse si los besos cantan demasiado alto.

Ninon dejaba mi brazo, corría como un galgo, feliz al sentir que la hierba rozaba sus tobillos. Después volvía, y se colgaba de mí, cansada, acariciadora.

El bosque no concluía nunca; mar sin fin de olas de verdura. El silencio miedoso, la sombra viviente que caía de los altos árboles, nos embriagaban con toda la savia ardiente de la primavera. Se vuelve á ser niño en los misterios de los setos.

—¡Oh, fresas, fresas!—gritó de pronto Ninon, sal-

## VII.

La luna se ocultó detrás del árbol. El amor de yeso soltó una carcajada.

## LAS FRESAS

## I

Una mañana de Junio, al abrir la ventana, recibí en el rostro un soplo de aire fresco. Había estallado aquella noche una violenta tempestad. El cielo parecía como nuevo, de un azul claro, lavado por el chaparrón hasta sus más pequeños espacios. Los techos, los árboles, cuyas altas ramas descubría entre las chimeneas, todavía estaban mojados, y este pedazo de horizonte se reía bajo el sol rojizo. Subía de los jardines vecinos un olor agradable á tierra húmeda.

—Arriba, *Ninette* (grité alegremente); ponte el sombrero, hija mía... Vamos al campo.

Ella palmoteó, y en menos de diez minutos ya estaba lista, cosa muy meritoria, tratándose de una coqueta de veinte años.

A las nueve estábamos en los bosques de Verrières.

## II

¡Qué bosques tan discretos y cuántos amantes han paseado en ellos sus amores! En los días de trabajo, los setos están desiertos; se puede ir el uno al lado del otro, abrazados por la cintura, buscándose los labios, sin temor de ser vistos más que por los pajarillos que saltan en las zarzas. Las alamedas se prolongan, anchas y altas, á través del bosque; el suelo está cubierto de un tapiz de finísima hierba, sobre el cual, el sol, penetrando por entre las hojas, derrama lentejuelas de oro. Y hay caminos hondos, senderos estrechos muy sombríos, donde es menester apretarse uno contra otro para pasar. Y hay escondrijos donde es fácil perderse si los besos cantan demasiado alto.

Ninon dejaba mi brazo, corría como un galgo, feliz al sentir que la hierba rozaba sus tobillos. Después volvía, y se colgaba de mí, cansada, acariciadora.

El bosque no concluía nunca; mar sin fin de olas de verdura. El silencio miedoso, la sombra viviente que caía de los altos árboles, nos embriagaban con toda la savia ardiente de la primavera. Se vuelve á ser niño en los misterios de los setos.

—¡Oh, fresas, fresas!—gritó de pronto Ninon, sal-

tando un foso, como cabra escapada, y registrando la maleza.

## III.

Fresas, ¡ay!, no, sino fresales, toda una sábana de fresales que se extendía bajo las espinas.

Ninon no se acordaba ya de los reptiles, que tanto miedo le causaban. Metía atrevidamente las manos por entre las matas, levantando una hoja tras otra, desesperada al no encontrar el fruto codiciado.

—Se nos anticiparon (dijo, haciendo una mueca de despecho). ¡Oh! Busquemos bien; alguna quedará.

Y nos pusimos á buscar concienzudamente. Con el cuerpo encorvado, el cuello extendido, los ojos fijos en la tierra, avanzábamos poco á poco, sin atrevernos á hablar una sola palabra por miedo de que las fresas se nos escaparan. Habíamos olvidado el bosque, el silencio, la sombra, las anchas alamedas y los senderos estrechos. Fresas nada más que fresas. Cuando veíamos una mata, nos bajábamos, y nuestras manos temblorosas se tocaban bajo la hierba.

Anduvimos así más de una legua, siempre encorvados, torciendo á la derecha, torciendo á la izquierda; pero nada, ni una fresa. Fresales soberbios, con hermosas hojas de un verde obscuro, pero sin fresas.

Ninon se mordía los labios, y sus ojos se humedecían.

## IV.

Habíamos llegado frente á un ancho talud, sobre el cual caía el sol á plomo, como lluvia de fuego. Ninon se aproximó á él, resuelta á no seguir adelante. De repente lanzó un agudo grito.

Corrí asustado, creyendo que se había herido; yacía por tierra: la emoción la había derribado, y me señalaba con el dedo una pequeñísima fresa, del tamaño de un guisante, madura por un lado solamente.

—Cógela,—me dijo, con voz baja y cariñosa. Me había sentado á su lado al pie del talud.

—No (le contesté); tú la has encontrado, tú debes cogerla.

—No; dame ese gusto,—replicó ella.

Tanto y tan bien me defendí, que Ninon se decidió á cortar el tallo con su uña. Pero la cuestión fué cuando se trató de saber cuál de los dos se comería aquella pobre fresa, que nos había costado una hora de largas pesquisas. Ninon forcejeaba para ponerla en la boca: yo resistía firmemente: al cabo hubo mutuas concesiones, y se convino en que partiríamos la fresa.

Ninon la colocó entre sus labios, diciéndome:

—Toma tu parte.

La tomé. Ignoro si partimos la fresa fraternalmente: ni aun llegué á saborearla; tan dulce me pareció la miel del beso de Ninon.

## V.

El talud estaba cubierto de fresales, pero fresales de verdad. La recolección fué alegre y abundante. Habíamos extendido un pañuelo en el suelo, jurando solemnemente depositar en él nuestro botín, sin sustraer nada. En varias ocasiones, sin embargo, me pareció que Ninon se llevaba la mano á la boca.

Terminada la faena, pensamos que era tiempo de buscar una sombra donde desayunarnos con tranquilidad. A algunos pasos encontramos un sitio encantador, un verdadero nido de hojas. El pañuelo fué colocado religiosamente entre ambos.

¡Gran Dios! ¡Qué bien se estaba allí, en el musgo, en la voluptuosidad de aquella verde frescura! Ninon me miraba con ojos húmedos. Como leyese en mis ojos toda mi ternura se inclinó, tendiéndome las manos con un gesto de adorable abandono.

El sol, centelleando sobre el follaje, arrojaba á nuestros pies lentejuelas de oro sobre la fina hierba. Hasta las urracas se callaban y no miraban. Cuando buscamos la fresa para comerla, vimos con estupor que estábamos sentados sobre el pañuelo.

## EL GRAN MICHU

## I.

Una siesta, á la hora del recreo, el gran Michú me llamó aparte, a un ángulo del patio. Su aire grave me produjo cierta inquietud, porque el gran Michú era todo un valiente, dotado de enormes puños, á quien por nada del mundo hubiese querido tener por enemigo.

—Oye (me dijo, con su voz gruesa de campesino á medio cepillar); oye: ¿quieres ser de los nuestros?

Respondí en redondo que sí: me lisonjeaba tener alguna cosa de común con el gran Michú. Explicóme entonces que se trataba de un complot.

Deliciosa sensación, que no he vuelto nunca á experimentar, me produjeron sus confidencias.

Al fin entraba en las alegres aventuras de la vida iba á tener un secreto que guardar, una batalla que reñir. Y, ciertamente, el secreto terror que sentía al comprometerme, entraba por buena parte en la alegría picante con que aceptaba mi nueva misión de cómplice.

Mientras el gran Michú hablaba, permanecía yo como en admiración delante de él. Me inició en el se-

La tomé. Ignoro si partimos la fresa fraternalmente: ni aun llegué á saborearla; tan dulce me pareció la miel del beso de Ninon.

## V.

El talud estaba cubierto de fresales, pero fresales de verdad. La recolección fué alegre y abundante. Habíamos extendido un pañuelo en el suelo, jurando solemnemente depositar en él nuestro botín, sin sustraer nada. En varias ocasiones, sin embargo, me pareció que Ninon se llevaba la mano á la boca.

Terminada la faena, pensamos que era tiempo de buscar una sombra donde desayunarnos con tranquilidad. A algunos pasos encontramos un sitio encantador, un verdadero nido de hojas. El pañuelo fué colocado religiosamente entre ambos.

¡Gran Dios! ¡Qué bien se estaba allí, en el musgo, en la voluptuosidad de aquella verde frescura! Ninon me miraba con ojos húmedos. Como leyese en mis ojos toda mi ternura se inclinó, tendiéndome las manos con un gesto de adorable abandono.

El sol, centelleando sobre el follaje, arrojaba á nuestros pies lentejuelas de oro sobre la fina hierba. Hasta las urracas se callaban y no miraban. Cuando buscamos la fresa para comerla, vimos con estupor que estábamos sentados sobre el pañuelo.

## EL GRAN MICHU

## I.

Una siesta, á la hora del recreo, el gran Michú me llamó aparte, a un ángulo del patio. Su aire grave me produjo cierta inquietud, porque el gran Michú era todo un valiente, dotado de enormes puños, á quien por nada del mundo hubiese querido tener por enemigo.

—Oye (me dijo, con su voz gruesa de campesino á medio cepillar); oye: ¿quieres ser de los nuestros?

Respondí en redondo que sí: me lisonjeaba tener alguna cosa de común con el gran Michú. Explicóme entonces que se trataba de un complot.

Deliciosa sensación, que no he vuelto nunca á experimentar, me produjeron sus confidencias.

Al fin entraba en las alegres aventuras de la vida iba á tener un secreto que guardar, una batalla que reñir. Y, ciertamente, el secreto terror que sentía al comprometerme, entraba por buena parte en la alegría picante con que aceptaba mi nueva misión de cómplice.

Mientras el gran Michú hablaba, permanecía yo como en admiración delante de él. Me inició en el se-

creto con tono un tanto rudo, como á recluta cuya energía no inspira mucha confianza. Sin embargo, el aire de inquieta satisfacción, el éxtasis entusiasta con que le escuchaba, debieron hacerle formar mejor opinión de mí.

Como la campana diese el segundo toque, antes de separarnos para ocupar cada cual su puesto en las filas y volver á la sala de estudio, me dijo en voz baja:

—Convenido, ¿no es verdad? Serás de los nuestros .. No tengas miedo; sobre todo, no nos vendas.

—¡Oh, no, ya verás!... Te lo juro.

Me miró con sus ojos grises, cara á cara, con verdadera dignidad de hombre maduro, y añadió:

—En otro caso, ya lo sabes; no te pagaré, pero diré en todas partes que eres un traidor y nadie te volverá á hablar.

Recuerdo aún el efecto singular que me causó esta amenaza. Me dió un valor extraordinario.—«¡Bah! (me decía.) Que hagan conmigo lo que quieran. ¡Al diablo si vendo á Michú.» Esperé con febril impaciencia la hora de la comida. El motín debía estallar en el refectorio.

## II.

El gran Michú era del Var. Su padre, campesino que poseía algunas fanegas de tierra, se había batido el 51, en la insurrección provocada por el golpe de

Estado. Abandonado por muerto en la llanura de Uchane, logró ocultarse. Cuando reapareció, le dejaron en paz.

Únicamente las autoridades del país, los notables, los grandes y pequeños rentistas, solo dijeron en adelante al nombrarle: «Ese tunante de Michú».

Aquel tunante, aquel hombre honrado sin instrucción, había enviado á su hijo al colegio de A\*\*\*. Quería, sin duda, que fuese un sabio, para coadyuvar al triunfo de la causa que él, sólo había podido defender con las armas en la mano. En el colegio conocíamos vagamente esta historia, y mirábamos á nuestro camarada como á un personaje muy temible.

El gran Michú era de mucha más edad que nosotros. Tenía diez y ocho años, aunque no había pasado del cuarto curso. Nadie, sin embargo, se atrevía á darle bromas. Era uno de esos espíritus rectos, que aprenden con dificultad, que nunca adivinan nada, pero que cuando llegan á saber una cosa, la saben á conciencia y para siempre. Fuerte como tallado en piedra, reinaba soberanamente en las horas de recreo. Por otra parte, estaba dotado de una dulzura extraordinaria. No le ví encolerizado más que una vez; quería estrangular á un inspector que nos decía que todos los republicanos eran ladrones y asesinos. Fue preciso echar de la clase al gran Michú.

Más tarde, cuando mi antiguo camarada se me ha aparecido en mis recuerdos, he podido comprender

su sencillez y fortaleza. Muy niño aún, su padre había hecho de él todo un hombre.

## III.

El gran Michú se divertía en el colegio, lo que no dejaba de asombrarnos. No obstante, experimentaba un suplicio, del que no se atrevía á hablar: ¡el hambre!—El gran Michú tenía siempre hambre.

No es fácil formarse idea de semejante apetito. El gran Michú, que era muy orgulloso, representaba á veces comedias humillantes para escamotearnos un pedazo de pan, el desayuno ó la merienda. Criado al aire libre, al pie de la cadena de montañas de los Maures, parecía más cruelmente que nosotros con la mezquina comida del colegio.

Era éste uno de los principales asuntos de nuestras conversaciones, en el patio, á lo largo de las paredes, que nos protegían con su sombra. Los más éramos muy delicados. Recuerdo especialmente cierto plato de bacalao con salsa roja, y otro de judías con caldo blanco, que se habían convertido en objeto de unánimes maldiciones.

Los días en que se servían estos platos no cesábamos de quejarnos. El gran Michú, por compañerismo, gritaba con nosotros, no obstante que se hubiera tragado de buena gana las seis raciones de su mesa.

El gran Michú sólo se quejaba de la cantidad.

La casualidad, como para exasperarle, le había puesto al extremo de la mesa, junto á un joven inspector que nos dejaba fumar en paseo. La regla era que los inspectores tuviesen dos raciones; así, cuando había salchichas, era de ver al gran Michú siguiendo con los ojos los dos pedazos que se extendían de un lado á otro en el plato del inspector.

—Soy dos veces mas robusto que él (me dijo un día), y se le da doble ración que á mí. ¡Y no deja nada! ¡Tal vez no tiene bastante!

## IV.

Ahora bien: los más atrevidos resolvieron que nos debíamos de sublevar contra el bacalao con caldo rojo y las judías con salsa blanca.

Se ofreció la dirección del complot al gran Michú. El plan era de una sencillez heroica. Creíase que bastaría con que cada cual declarase en huelga á su apetito y se negara á probar bocado hasta que el provisor declarase solemnemente que se mejoraría la comida. El gran Michú aprobó el plan, y he aquí uno de los más hermosos rasgos de abnegación y valor que he conocido en mi vida.

Aceptó la jefatura del movimiento con el tranquilo heroísmo de los antiguos romanos que se sacrificaban por el bien público.

No cabe duda; él se curaba muy poco de que des-

apareciesen el bacalao y las judías: él sólo pensaba en una cosa: en tenerlos á discreción. ¡Y para colmo de males, se le decía que ayunara! Mas tarde me ha confesado que la solidaridad, el sacrificio en aras de los otros, virtud republicana que su padre le había enseñado, nunca se vió sometida á prueba mas dura.

Por la noche en el refectorio, — tocaba aquel día bacalao con caldo rojo, — comenzó la huelga con unanimidad verdaderamente admirable; sólo se consentía el pan. Llegan los platos: nadie los mira; se come pan seco. Y esto gravemente, sin conversar en voz baja según teníamos por costumbre. Los más pequeños eran los únicos que se reían.

El gran Michú estuvo soberbio. Aquel día, ni aun pan comió. Puestos ambos codos sobre la mesa, miraba con desden al inspector, que devoraba su parte.

Sin embargo, el inspector dió aviso al provisor, que entró en el refectorio como una tromba. Nos apostrofó rudamente, preguntándonos qué era lo que teníamos que decir de aquel plato, que probó y declaró exquisito.

Entonces, levantándose el gran Michú:

— Señor (dijo): el bacalao está podrido. No podremos digerirlo.

— ¡Ah! ¡Magnífico! (gritó el inspector, sin dar tiempo de contestar al provisor.) Las demás noches se ha comido Ud. casi toda la fuente.

El gran Michú se ruborizó hasta lo blanco de los ojos.

Aquel día se contentaron con mandarnos sencillamente á la cama, diciendo que ya lo pensaríamos mejor.

## V.

Al día siguiente, y al otro, el gran Michú estuvo terrible. Las palabras del inspector le habían herido en medio del corazón. Nos animaba, nos decía que seríamos unos cobardes si cedíamos. Ahora fundaba todo su orgullo en demostrarnos que, cuando quería, podía pasar sin comer.

Fué un verdadero mártir. Los demás ocultábamos en nuestro pupitre pastillas de chocolate, tarros de dulce, hasta chacina, así nos ahorrábamos el tener que comer tan sólo el pan seco, de que llenábamos los bolsillos. El michú, que carecía de parientes en la población, y á quien, por otra parte, no gustaban tales confituras, se mantuvo exclusivamente con las cortezas que podía encontrar.

Al fin, el provisor declaró que en vista de la obstinación de los alumnos, que se negaban á comer, iba á suprimir el pan. El motín estalló entonces en el almuerzo. Tocaban judías con caldo blanco.

El gran Michú, cuya cabeza debía estar perturba-

30853

da por efecto de un hambre atroz, se irguió bruscamente. Cogió el plato del inspector, que comía á dos carrillos para burlarse de nosotros y darnos envidia, y lo tiró en medio de la sala: después entonó la *Marsellesa* con vigorosa voz.

Fué como un gran soplo que á todos nos puso en pie. Los platos, los vasos las botellas bailaron una bonita danza. Y los inspectores, saltando por encima de los cacharros rotos, se apresuraron á cedernos el campo. El inspector enemigo de Michú recibió en su huida un plato de judías sobre la espalda, cuya salsa dejó en ella una gran mancha blanca.

Sin embargo, se trataba de fortificar la plaza. Nombróse general al gran Michú, que hizo amontonar todas las mesas junto á las puertas. Recuerdo que cada cual tenía en la mano su cachillo. Y la *Marsellesa* no cesaba.

El motín se convertía en revolución. Por fortuna nos abandonaron á nosotros mismos durante tres largas horas. Parece que se había ido á avisar á la guardia. Estas tres horas de locura bastaron para calmarnos.

Había en el fondo del refectorio dos anchas ventanas que daban al patio. Los más tímidos, asustados de la larga impunidad en que se nos dejaba, abrieron una de ellas y desaparecieron. No faltó quien los siguiera. Al poco rato, el gran Michú sólo tenía una docena de insurrectos á su lado. Entonces dijo con voz ruda:

—Íd á reunirlos con los otros: basta que haya un culpable.

En seguida, dirigiéndose á mí, que vacilaba, añadió:

—¡Te devuelvo tu palabra! ¿Lo entiendes?

Cuando la guardia derribó una de las puertas, encontró al gran Michú completamente solo, sentado tranquilamente al extremo de las mesas. Aquella misma tarde fué enviado á su casa. En cuanto á los demás, nos aprovechamos poco del motín. Durante algunas semanas se evitó servirnos bacalao y judías. Después reaparecieron, aunque el bacalao aderezado con salsa blanca y las judías con caldo rojo.

## VI.

Al cabo de muchos años volví á encontrar al gran Michú. No había podido continuar sus estudios, y cultivaba las fanegas de tierra que su padre le dejara al morir.

—Habría hecho (me dijo) un mal abogado ó un mal médico, porque soy muy duro de mollera. Más vale que sea un campesino. Tal es mi suerte... Sin embargo, me jugasteis una buena pasada. ¡Y á mí, que me gustaban á rabiar el bacalao y las judías!

## EL AYUNO

I.

Cuando el Vicario subió al púlpito, con su ancha sobrepelliz de angélica blancura, la Baronesita estaba devotamente sentada en el sitio de costumbre, delante de la capilla de los Santos Angeles, cerca de un calorífero.

Después de un instante de recogimiento, el Vicario se pasó delicadamente por los labios un pañuelo de batista; luego abrió los brazos, semejante á un serafín que se dispone á volar, inclinó la cabeza, y habló. La voz pareció al principio, en la vasta nave, como murmullo lejano de agua corriente, como queja amorosa del viento en el follaje. Poco á poco, creció el murmullo, la brisa se convirtió en tempestad, rodó la voz con el majestuoso retumbar del trueno. Pero siempre, por instantes, aun en medio de las más formidables explosiones, la voz del sacerdote se dulcificaba súbitamente, recortando con claros rayos de sol el sombrío huracán de su elocuencia.

Desde que empezó el susurrar entre las hojas, la Baronesita había adoptado la posición beatífica y ensimismada de una persona de oído delicado, pronta á

deleitarse con todos los primores de la sinfonía preferida. Dulce éxtasis pareció embargarla ante las frases musicales del exordio: siguió después, con atención de inteligente, las inflexiones de la voz, la magnificencia del efecto final, con tanto arte preparado, y cuando la voz adquiriera todo su volumen, no pudo retener un «¡bravo!» discreto, un cabeceo de satisfacción.

Desde este punto fué como un goce celeste; todas las devotas se sentían arrobadas.

II.

No obstante, el Vicario decía algo: acompañaba su música con palabras. Predicaba acerca del ayuno. Exponía cuán agradables son á Dios las mortificaciones de las criaturas. Inclinado sobre el púlpito, en su actitud de gran pájaro blanco, suspiraba:

—Ha llegado la hora, hermanas y hermanos míos, en que debemos todos, imitando á Jesús, llevar nuestra cruz, coronarnos de espinas, subir nuestro calvario, desnudarnos los pies, pisando los guijarros y la maleza.

La Baronesita hubo de encontrar, sin duda, la frase muy artística porque guiñó dulcemente los ojos, como penetrada de inefable satisfacción: y al compás de la sinfonía del Vicario, sin dejar de seguir sus frases

melódicas, cayó en un semi-éxtasis lleno de voluptuosidades íntimas.

En frente de ella se abrían las altas ventanas del coro, pardas con la niebla. La lluvia no cesaba. La encantadora criatura había acudido al sermón con un tiempo atroz. Hay que ser sufrido cuando se tiene religión. El cochero había sufrido un aguacero espantoso, y ella misma, al saltar del carruaje, se mojó ligeramente las puntas de los pies. Verdad que su cupé era excelente, cerrado, techado como una alcaoba; pero ¡es tan triste ver, á través de los húmedos cristales, las filas de paraguas corriendo afanosamente por las aceras! Pensaba, además, que, á haber hecho buen tiempo, habría podido ir en victoria, lo que es mucho más agradable.

En el fondo, su mayor temor era que el Vicario despachase demasiado pronto. Le sería preciso entonces esperar á que llegase el coche, porque ciertamente no había de volver á pie con semejante día. Y calculaba que, al paso que iba, no tenía el Vicario voz para dos horas: el cochero no estaría á tiempo, y esta ansiedad amargaba algo las devotas alegrías de la Baronesa.

### III.

El Vicario, con bruscos movimientos de cólera que le hacían erguirse, flotante el cabello, los puños diri-

gidos á lo alto, como hombre que es presa del espíritu vengador, gritaba:

—Y, sobre todo, ¡desgraciadas de vosotras, pecadoras, si no vertéis sobre los pies de Jesús los perfumes de vuestros remordimientos, el aceite oloroso de vuestro dolor! ¡Creedme! Temblad, caed de rodillas sobre las piedras; sólo viniendo á encerraros en el purgatorio de la penitencia, abierto por la Iglesia durante estos días de contricción universal; sólo desgastando las losas con vuestras frentes pálidas por el ayuno; sólo sometiendoos á las angustias del hambre y del frío, del silencio y de la noche, mereceréis el perdón divino el día fulgurante del triunfo!

La Baronesa, sacada de su preocupación por este terrible apóstrofe, movió la cabeza lentamente, como compartiendo la opinión del enojado sacerdote: por su parte, no abrigaba la menor duda: era menester coger las disciplinas, ocultarse en el rincón más sombrío, más húmedo, más glacial, y azotarse sin piedad.

Después volvió á caer en sus ensueños se perdió en el fondo de un bienestar, de un éxtasis lleno de ternura. Estaba cómodamente sentada en una silla baja, de ancho respaldo, y tenía á sus pies un cojineté bordado que la preservaba del frío de las baldosas.

Medio echada, gozaba de la Iglesia, de esa gran nave, donde flotaban los vapores del incienso, y cu-

yas profundidades, sumidas en sombras misteriosas, se inundaban de adorables visiones.

La nave, con sus colgaduras de terciopelo rojo, sus adornos de oro y mármol, con su aire de inmenso *boudoir*, bañada en aromas embriagadores, iluminada por la suave claridad del crepúsculo, cerrada y como pronta á partir en busca de amores sobrehumanos, la había envuelto poco á poco en los encantos de sus pompas. Era aquello como una fiesta de los sentidos. Su gruesa y bonita persona se abandonaba, lisonjeada, mecida, acariciada, y, sobre todo, su voluptuosidad se sentía pequeña ante tan gran beatitud.

Pero, bien á pesarsuyo, lo que mayor placer le producía era el tibio aliento del calorífero, colocado casi bajo sus enaguas. Era muy friolera la Baronesita. El calor deslizaba discretamente sus suaves caricias á lo largo de sus medias de seda. Grato sopor la embargaba en este baño de blanda molicie.

## IV.

Seguía airado el Vicario. Abriáanse ya ante los ojos espantados de las devotas, para tragárselas, las calderas de aceite hirviendo del infierno.

—Si no escucháis la voz de Dios, si no escucháis mi voz, que es la misma voz de Dios, en verdad os digo, veréis cómo crujen vuestros huesos, veréis

cómo se abre vuestra carne sobre los carbones encendidos, y entonces será inútil que gritéis: «¡Piedad, Señor piedad; yo me arrepiento!» ¡Dios no os atenderá y os empujará al abismo con el pie!

A este último arranque, hubo un estremecimiento en el auditorio. La Baronesita, que resueltamente se dormía bajo el influjo del aire tibio en que flotaban sus ropas, se sonrió vagamente. Conocía mucho al bueno del Vicario. El día anterior lo había tenido á su mesa. Adoraba el pastel de salmón trufado, y el burdeos era su vino favorito. ¡Hombre excelente sin duda! De treinta y cinco á cuarenta años, moreno, con el rostro tan redondo y sonrosado, que, más que rostro de sacerdote, parecía el rostro alegre de una moza de granja. Por otra parte, hombre de sociedad, de paladar delicado, de lengua almibarada, decía á la Baronesita con voz melosa:—«¡Ah, señora; con semejante tocado, haría V. que se condenase un santo!

En cuanto á él, no se condenaba. Igualmente galante con la Marquesa, con la Condesa, con todas sus penitentes, era el niño mimado de estas damas.

Cuando los jueves iba á comer á casa de la Baronesita, ésta le cuidaba como á tierna y querida criatura á quien un soplo de aire puede constipar, á quien un plato mal condimentado produciría infaliblemente una indigestión.

En el salón, su butaca estaba al lado de la chimenea; en la mesa, los criados tenían orden rigurosa

de atenderle especialmente y servirle, á él sólo, cierto vinillo de edad de doce años, que bebía, cerrando los ojos con fervor, como si estuviera comulgando.

¡Era el Vicario tan bueno, tan bueno! Mientras que desde lo alto del púlpito hablaba de huesos que crujen y de miembros que se chamuscan, la Baronesita, en su estado de somnolencia, veíale á su mesa, limpiándose beatíficamente los labios, y diciéndole:— «He aquí un bizcocho, señora, que haría que V. hallase gracia cerca del buen Dios, si su belleza no bastase por sí sola para asegurarle el paraíso».

V.

El Vicario, desahogada su cólera, proferidas sus amenazas, estalló en sollozos. Era de ordinario su táctica.

Casi de rodillas en el púlpito, no mostrando más que las espaldas, se enderezaba de súbito irguiéndose, inclinándose, como abatido por el dolor; se enjugaba los ojos, dándose fuertes restregones con un paño de muselina almidonada; movía los brazos á la derecha y á la izquierda; adoptaba actitudes de pelicano herido.

Era el ramillete, el final, el trozo á toda orquesta, la escena, llena de movimiento, del desenlace.

—¡Llorad, llorad! (suspiraba con voz espirante.)  
¡Llorad por vosotros, llorad por mí, llorad por Dios!...

La Baronesita se había quedado dormida, con los ojos abiertos.

El calor, el incienso, la sombra que se espesaba, habían embotado sus sentidos. Se había hecho una pelota, se había encerrado en las voluptuosas sensaciones que experimentaba, y allá, en sus adentros, soñaba cosas muy agradables.

A su lado, en la capilla de los Santos Angeles, había un gran lienzo, que representaba hermosos jóvenes medio desnudos, con alas en las espaldas. Sonreían con sonrisa de amantes apasionados, é inclinados, arrodillados parecían adorar á alguna baronesita invisible.

¡Gallardos mozos, de labios tiernos, de piel sedosa, de brazos musculosos!

Y lo malo era que uno de ellos se parecía como un huevo á otro al joven duque de P\*\*\*, uno de los buenos amigos de la Baronesita.

En su estado de adormecimiento, preguntábase ella si el Duque no estaría así bien, desnudo, con alas en las espaldas; por otra parte, se imaginaba al bello y sonrosado querubín vestido con el negro traje del Duque.

Después fijóse el sueño: era ya realmente el Duque, en ropas muy ligeras, que desde el fondo de las tinieblas le enviaba besos con los dedos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1940. 1625 MONTERREY, MEXICO

## VI.

Al despertarse la Baronosita, oyó al Vicario que pronunciaba la frase sacramental:

—Esta es la gracia que os deseo.

permaneció un instante como asombrada.

Creyó que el Vicario deseaba para ella los besos del joven Duque.

Hubo un gran ruido de sillas. Todo el mundo se fué.

La Baronosita lo había pensado perfectamente; su cochero no estaba al pie de las gradas. El pícaro del Vicario se había apresurado á concluir su sermón, robando á sus penitentes lo menos veinte minutos de elocuencia.

Impacientábase la Baronosita en una nave lateral, cuando vió salir al Vicario, precipitadamente, de la sacristía. Miraba la hora en su reloj, con el aire de hombre muy ocupado que no quiere faltar á una cita.

—¡Ah, querida señora! Me he retrasado (dijo). Ya lo sabe V.; me esperan en casa de la Condesa. Hay allí un concierto espiritual, seguido de una pequeña colación.

## LOS HOMBROS DE LA MARQUESA

## I.

La Marquesa duerme en su magnífico lecho, bajo las anchas cortinas de seda amarilla. A las doce, al timbre claro del reloj, se decide á abrir los ojos.

¡Qué tibia y agradable atmósfera! Los tapices, las colgaduras de las puertas y ventanas, convierten la habitación en un nido delicioso. Calor, perfumes por todas partes. Reina allí la eterna primavera.

No bien despierta, la Marquesa parece presa de viva ansiedad. Se incorpora; llama á Julia.

—¿Llama la señora?

—Dime ¿hiela?

—¡Oh, excelente Marquesa! ¡Con qué voz tan conmovida ha hecho esta pregunta! Su primer pensamiento ha sido para ese frío terrible, para ese viento norte de que ella está libre, pero que debe seplar cruelmente en los tugurios de los pobres.

Y pregunta si el cielo se ha apiadado, si puede gozar del calor sin remordimiento, sin pensar en los que tiritan.

—¿Hiela?

## VI.

Al despertarse la Baronosita, oyó al Vicario que pronunciaba la frase sacramental:

—Esta es la gracia que os deseo.

permaneció un instante como asombrada.

Creyó que el Vicario deseaba para ella los besos del joven Duque.

Hubo un gran ruido de sillas. Todo el mundo se fué.

La Baronosita lo había pensado perfectamente; su cochero no estaba al pie de las gradas. El pícaro del Vicario se había apresurado á concluir su sermón, robando á sus penitentes lo menos veinte minutos de elocuencia.

Impacientábase la Baronosita en una nave lateral, cuando vió salir al Vicario, precipitadamente, de la sacristía. Miraba la hora en su reloj, con el aire de hombre muy ocupado que no quiere faltar á una cita.

—¡Ah, querida señora! Me he retrasado (dijo). Ya lo sabe V.; me esperan en casa de la Condesa. Hay allí un concierto espiritual, seguido de una pequeña colación.

## LOS HOMBROS DE LA MARQUESA

## I.

La Marquesa duerme en su magnífico lecho, bajo las anchas cortinas de seda amarilla. A las doce, al timbre claro del reloj, se decide á abrir los ojos.

¡Qué tibia y agradable atmósfera! Los tapices, las colgaduras de las puertas y ventanas, convierten la habitación en un nido delicioso. Calor, perfumes por todas partes. Reina allí la eterna primavera.

No bien despierta, la Marquesa parece presa de viva ansiedad. Se incorpora; llama á Julia.

—¿Llama la señora?

—Dime ¿hiela?

—¡Oh, excelente Marquesa! ¡Con qué voz tan conmovida ha hecho esta pregunta! Su primer pensamiento ha sido para ese frío terrible, para ese viento norte de que ella está libre, pero que debe seplar cruelmente en los tugurios de los pobres.

Y pregunta si el cielo se ha apiadado, si puede gozar del calor sin remordimiento, sin pensar en los que tiritan.

—¿Hiela?

La doncella le ofrece el peinador que la Marquesa se pone al levantarse y que acaba de calentar á un buen fuego.

—¡Oh! Sí, señora; hiela más que nunca. Acaba de encontrarse á un hombre muerto de frío en un ómnibus.

La Marquesa siente una alegría infantil, se restrega las manos, y exclama:

—¡Ah, tanto mejor! Iré á patinar esta tarde.

## II.

Julia, descubre las cortinas poco á poco, no sea que una brusca claridad hiera los delicados ojos de la encantadora Marquesa.

El reflejo azulado de la nieve penetra alegremente en la habitación. El cielo está gris, pero es un gris tan bonito, que recuerda á la Marquesa una túnica de seda, gris perla, que llevaba la vispera en el baile del ministerio. La túnica estaba adornada con blondas blancas, parecidas á los hilos de nieve que ve en los tejados, destacándose sobre la palidez del cielo. Aquella noche había estado deslumbradora con sus nuevos diamantes. Se acostó á las cinco; así es que tenía la cabeza algo pesada. Sin embargo, se sienta delante de un soberbio espejo, y Julia desata la blonda madeja de sus cabellos. La Marquesa se suelta el pei-

nador, y sus hombros quedan al aire hasta la mitad de la espalda.

Toda una generación ha envejecido contemplando los hombros de la Marquesa. Desde que, gracias á un poder vigoroso, las damas de natural alegre pueden escotarse y bailar en las Tullerías. La Marquesa ha paseado sus hombros por entre el bullicio de los salones oficiales con tal asiduidad, que puede considerárselos como el programa viviente de los encantos del segundo Imperio.

Ha tenido que seguir la moda, escotando sus túnicas, ya hasta la caída de los riñones, ya hasta el nacimiento de la garganta; de este modo ha ido entregando, línea á línea, todos los tesoros de su busto. No hay parte del tamaño de un piñón en sus hombros que no sea conocida de las piedras de la calle. Los hombros de la Marquesa, siempre al descubierto, son el blasón voluptuoso de la nueva monarquía.

## III.

Ciertamente, no es preciso describir los hombros de la Marquesa. Son populares como el Puente Nuevo. Han figurado por espacio de diez y ocho años en todos los espectáculos públicos. Basta percibir, en un salón, en el teatro ó en cualquier otro lado, la menor parte de ellos, para exclamar: —¡Calla! La Marquesa. Conozco el lunar negro de su hombro izquierdo.»

Por otra parte, son hombros muy hermosos, blancos, redondos, provocativos. Las miradas de todo un orden de cosas han pasado sobre ellos, dándoles más tersura, como esas losas que las pisadas de la multitud pulimentan á la larga.

Si fuese el marido ó el amante de la Marquesa, preferiría besar el botón de cristal del gabinete de un ministro, desgastado por las manos de los pretendientes, á rozar con los labios esos hombros, sobre los cuales se ha deslizado el soplo ardiente de todo el París galante.

Cuando se piensa en los mil deseos que han palpitado en torno suyo, se pregunta uno la clase de arcilla con que la naturaleza ha debido fabricarlos, para que no aparezcan roídos y desmoronados como los contornos, comidos por los vientos, de esas estatuas desnudas, expuestas al aire libre en los jardines.

La Marquesa ha puesto su pudor en otra parte. Ha convertido sus hombros en una institución. ¡Y cómo ha combatido por el gobierno! ¡Siempre en la brecha, multiplicándose para estar en todas partes, en las Tullerías, en los ministerios, en las embajadas, en casa de los simples millonarios, arrastrando á los indecisos con hábiles sonrisas, ostentando el trono de sus senos de alabastro, mostrando en los días de peligro pequeños rinconcillos, ocultos y deliciosos, más persuasivos que los argumentos de los oradores, más convincentes que las espadas de los soldados,

y amenazado, para conquistar un voto, con recortar sus almillas hasta que los jefes más feroces de la oposición se declararan vencidos!

Los hombros de la Marquesa han salido siempre ilesos y triunfantes. Han sostenido un mundo, sin que la menor arruga empañe su blanco mármol.

## IV.

Aquella tarde, la Marquesa, al salir de las manos de Julia, se va á patinar. Patina adorablemente.

Hace en el Bosque un frío espantoso; la brisa pica la nariz y los labios de las nobles damas como si el viento les soplasen arena fina en el rostro. La Marquesa se ríe. Le entretiene sentir frío.

De vez en cuando, se calienta los pies en los braseros encendidos que hay en las orillas del pequeño lago. Luego vuelve á entrar en la atmósfera helada, deslizándose como una golondrina que rasa el suelo. ¡Ah! ¡Magnífica partida! ¡Y qué dichosa es la Marquesa con que el deshielo no haya comenzado! Podrá patinar toda la semana.

Al volver á su casa, la Marquesa ve en los Campos Eliseos á una pobre que tiritaba al pie de un árbol, medio muerta de frío.

—¡Qué desgraciada!—murmura con voz sentida.

Y como el coche va á escape, no pudiendo encontrar su portamonedas, le tira su ramillete, un rami-

llete de lilas blancas, que vale por lo menos cinco luises.

## MI VECINO SANTIAGO

### I.

Tenía veinte años, y habitaba en la calle de Gra-  
cieuse. Es esta una callejuela que baja de la altura  
de Saint-Victor, por detrás del Jardín de Plantas.

Subía dos pisos,—las casas son bajas en este barrio,  
—agarrándome á una cuerda para no resbalar en los  
escalones desgastados, y llegaba á mi zaquizami en  
la más completa obscuridad. La sala, grande y fría,  
tenía la desnudez, la claridad pálida de una cueva.  
Sin embargo, en los días que mi corazón estaba  
alegre, gocé de claros soles en aquella sombra.

No tardaba en oír risas alegres, que venían del tu-  
gurio inmediato, habitado por toda una familia, el  
padre, la madre y una chiquela de siete á ocho años.  
El padre tenía un aspecto singular, con la cabeza plan-  
tada de través entre dos hombros puntiagudos. Su  
rostro, huesudo, era amarillento, con abultados ojos  
negros, hundidos bajo espesas cejas. A pesar de su  
aspecto lúgubre, llevaba como estereotipada en el  
semblante una ronrisa tímida y bondadosa. Se le

hubiera tomado por un gran niño de cincuenta años;  
se turbaba, se ruborizaba como una doncella. Huía  
de la luz, se deslizaba á lo largo de las paredes con la  
humildad de un presidiario indultado. Recíprocos  
saludos nos fueron acercando. Me agradaba aquella  
faz extraña, llena de inquieta hombría de bien.  
Poco á poco, llegamos á cambiar cordiales apretones  
de manos.

### II.

Al cabo de seis meses, ignoraba aún el oficio de  
que vivían mi vecino Santiago y su familia. El ha-  
blaba poco: de su mujer, á quien preguntara con  
verdadero interés en dos ó tres ocasiones, solo ob-  
tuvo respuestas evasivas, balbuceadas con torpeza.

Cierto día,—había llovido la víspera, y mi corazón  
estaba dolorido,—al bajar por el boulevard del Infer-  
no, ví venir en dirección contraria á uno de esos parias  
del pueblo de Paris, vestido de negro, con sombrero  
del mismo color y corbata blanca, que llevaba deba-  
jo del brazo el estrecho ataúd de un niño recién na-  
cido.

Iba con la cabeza baja; llevaba su ligero fardo con  
aire de distracción pensativa, y hacía rodar con el  
pie los guijarros del camino. El cielo estaba blanco.  
Simpatice con aquella tristeza que pasaba. Al ruido  
de mis pasos, el hombre levantó la cabeza; en se-

gnida la volvió rápidamente, pero era demasiado tarde; le había reconocido: mi vecino Santiago era enterrador.

Le miré alejarse, avergonzado de su vergüenza.

Me dió pena no haber tomado otro paseo. El proseguía su camino, con la cabeza aún más baja, diciéndose, sin duda, que acababa de perder el apretón de manos que cambiábamos todas las tardes.

### III.

Al día siguiente le volví á encontrar en la escalera. Quiso hundirse en la pared; se achicó, se empequeñeció, recogió con humildad los pliegues de su blusa, para que la tela no rozase mi traje. Inclinada la frente, su pobre cabeza gris temblaba de emoción.

Me detuve, mirándole á la cara; abrí mi mano cuanto pude, y se la tendí.

Levantó la cabeza, vaciló; tocóle á su vez mirarme frente á frente; vi que se agitaban sus gruesos ojos y que se teñía de púrpura su rostro amarillento. Después, cogiéndome bruscamente del brazo, me acompañó á mi buhardilla, donde por fin tomó la palabra.

—Es V. un joven honrado (me dijo). Su apretón de manos me ha hecho olvidar muchas miradas insultantes.

Sentóse; se confesó á mí. Me declaró que, antes de ser del oficio, sentía, como les demás, hondo malestar al encontrarse con un sepulturero. Pero más tarde, en sus largas horas de camino, en medio del silencio de los fúnebres convoyes, había reflexionado mucho, y se asombraba del disgusto y el temor que inspiraba á su paso.

Tenía yo entonces veinte años, y hubiese abrazado al verdugo. Me lancé á consideraciones filosóficas, queriendo demostrar á mi vecino lo santo de su misión. Mas él levantó sus hombros puntiagudos, se frotó las manos en silencio, y con voz lenta y torpe, dijo:

—Créalo V., señor. Las murmuraciones del barrio, las miradas ofensivas de los transeuntes, me inquietan poco, siempre que mi mujer y mi hija tengan pan. Sólo una cosa me desazona: no duermo cuando pienso en ella. Mi mujer y yo somos ya viejos, y no nos ruborizamos. Pero la juventud es ambiciosa. Mi pobre Marta se avergonzará de mí más adelante. A los cinco años vió á uno de mis colegas, y lloró tanto, tuvo tanto miedo, que no me he atrevido á ponerme aún el traje negro delante de ella. Me visto y desnudo en la escalera.

Me compadecí de mi vecino Santiago. Le dije que dejase sus ropas en mi habitación, y se las pusiera y quitase al abrigo del frío. Tomó mil precauciones para trasladar á mi casa sus fúnebres atavíos. A par-

tir de aquel momento, le ví diariamente por la mañana y por la noche. Hacia su tocado en un rincón de mi buhardilla.

## IV.

Tenía yo un cofre, cuya madera se pulverizaba, carcomida por los gusanos. Mi vecino Santiago lo convirtió en un guardarropa; cubrió el fondo con periódicos, y colocó encima, doblándolo delicadamente, su traje negro.

A veces, por las noches, en medio de una pesadilla, me despertaba con sobresalto dirigiendo miradas extraviadas al viejo cofre, que se extendía á lo largo del muro en forma de ataúd; creía ver salir de él el sombrero, el manto negro, la corbata blanca.

El sombrero giraba en torno de mi lecho, zumbando sordamente, dando pequeños saltos nerviosos; el manto se ensanchaba y agitaba sus paños como grandes alas negras, volando por la habitación, hueco y silencioso; la corbata blanca se estiraba; luego se arrastraba suavemente hacia mí, con la cabeza erguida y meneando la cola.

Abría los ojos desmesuradamente, y veía el viejo cofre inmóvil y sombrío en su rincón.

## V.

En aquella época, mi vida era un sueño de amor, sueño también de tristeza. Sentía cierto placer en medio de mi pesadilla; quería á mi vecino Santiago, porque vivía con los muertos y me traía el olor acre del cementerio. Como resultado de sus confidencias, escribí las primeras páginas de las *Memorias de un sepulturero*.

Por la noche, mi vecino, antes de desnudarse, se sentaba encima del cofre para contarme el trabajo del día. Le gustaba hablar de sus muertos. Ya era una joven; la pobre, muerta de una enfermedad del pecho, pesaba poco; ya un viejo; este viejo, que le había magullado el brazo, era un alto funcionario, que debía haberse llevado su dinero en los bolsillos. Tenía así detalles íntimos acerca de cada muerto; conocía su peso, los ruidos que se habían producido en el ataúd, la manera cómo había sido preciso bajarlos por las vueltas de las escaleras.

Ocurría á veces que mi vecino Santiago venía más hablador y expansivo. Se apoyaba en la pared, recogido el manto sobre el hombro echado hacia atrás el sombrero. Había encontrado herederos generosos, que le habían dado para lutos. En estos casos, acaba-

ba por enternecerse y me juraba que, cuando llegase el momento, daría tierra á mi cuerpo con la mayor suavidad, con mano de amigo cariñoso.

## VI.

Viví así más de un año en plena necrología.

Cierta mañana no vino mi vecino Santiago. Ocho días después había muerto.

Cuando dos de sus colegas se llevaron el muerto, estaba yo en el umbral de mi puerta. Les ví bromear, bajando el ataúd, que se quejaba sordamente á cada sacudida.

Uno de ellos, bajo y grueso, decía al otro, alto y delgado:

—Enterremos al enterrador.

## EL PARAÍSO DE LOS GATOS

Una parienta me legó un gato de Angola, que es el animal más estúpido que nunca haya conocido. He aquí lo que él mismo me refirió cierta noche de invierno, ante las calientes cenizas de la chimenea.

## I

Tenia entonces dos años, y era el gato mejor cuidado y más ingenio que es dable imaginar. En edad tan temprana, mostraba ya todas las pretensiones de un animal que desdeña las dulzuras del hogar. Y sin embargo, ¡cuántas gracias debía á la Providencia por haberme colocado en la casa de su tía de usted...! La excelente señora me adoraba. Yo tenía en el fondo de un armario una verdadera alcoba, un colchón de plumas y triple manta. El alimento no desdecía de la cama: nunca pan, jamás sopas; siempre carne, y carne bien fresca, chorreando sangre

Mas, no obstante tanta dicha, me poseía un deseo, un sueño, el de huir por la entreabierta ventana y escaparme á los tejados. Las caricias se me antojaban sosas; la melicía de mi lecho me causaba náuseas; estaba gordo hasta darme asco á mí mismo; en fin, me aburría soberanamente.

Debo decir que, alargando el cuello, había visto cierto día desde la ventana, en el tejado de enfrente, á cuatro gatos que retozaban, con el pelo erizado, alta la cola, tomando el sol y dando saltos y tumbos sobre las pizarras azules, y mayando de alegría. Nunca había contemplado espectáculo tan extraordinario.

ba por enternecerse y me juraba que, cuando llegase el momento, daría tierra á mi cuerpo con la mayor suavidad, con mano de amigo cariñoso.

## VI.

Viví así más de un año en plena necrología.

Cierta mañana no vino mi vecino Santiago. Ocho días después había muerto.

Cuando dos de sus colegas se llevaron el muerto, estaba yo en el umbral de mi puerta. Les ví bromear, bajando el ataúd, que se quejaba sordamente á cada sacudida.

Uno de ellos, bajo y grueso, decía al otro, alto y delgado:

—Enterremos al enterrador.

## EL PARAÍSO DE LOS GATOS

Una parienta me legó un gato de Angola, que es el animal más estúpido que nunca haya conocido. He aquí lo que él mismo me refirió cierta noche de invierno, ante las calientes cenizas de la chimenea.

## I

Tenia entonces dos años, y era el gato mejor cuidado y más ingenio que es dable imaginar. En edad tan temprana, mostraba ya todas las pretensiones de un animal que desdeña las dulzuras del hogar. Y sin embargo, ¡cuántas gracias debía á la Providencia por haberme colocado en la casa de su tía de usted...! La excelente señora me adoraba. Yo tenía en el fondo de un armario una verdadera alcoba, un colchón de plumas y triple manta. El alimento no desdecía de la cama: nunca pan, jamás sopas; siempre carne, y carne bien fresca, chorreando sangre

Mas, no obstante tanta dicha, me poseía un deseo, un sueño, el de huir por la entreabierta ventana y escaparme á los tejados. Las caricias se me antojaban sosas; la melicía de mi lecho me causaba náuseas; estaba gordo hasta darme asco á mí mismo; en fin, me aburría soberanamente.

Debo decir que, alargando el cuello, había visto cierto día desde la ventana, en el tejado de enfrente, á cuatro gatos que retozaban, con el pelo erizado, alta la cola, tomando el sol y dando saltos y tumbos sobre las pizarras azules, y mayando de alegría. Nunca había contemplado espectáculo tan extraordinario.

Desde entonces formé mi resolución. La verdadera felicidad estaba en el tejado, tras de aquella ventana que se cerraba tan cuidadosamente. Para convencerme más, me decía que así se cerraban las puertas de los armarios donde se guardaban los manjares.

Mi proyecto de huir era irrevocable. Debía haber en la vida algo más que carne echando sangre. Una mañana se olvidaron de cerrar la ventana de la cocina. Salté en el acto á un tejadillo que había al lado.

## II.

¡Qué hermosos estaban los tejados! Los limitaban anchas canales, que exhalaban aromas deliciosos. Seguí voluptuosamente aquellas canales, donde mis patas se hundían en un lodo fino, tibio y blandísimo. Me parecía que andaba sobre terciopelo. ¡Qué calor tan agradable al sol! Mi grasa se fundía.

No ocultaré á Ud. que en más de una ocasión me eché á temblar. Había algún espanto en el fondo de mi alegría. Recuerdo, especialmente, cierta emoción terrible que dió en tierra con mi cuerpo. Tres gatos que rodaron desde lo alto de una casa, se acercaban á mí, maullando horrorosamente. Viéndome que desfallecía, me trataron de tonto, y me dijeron que todo era pura broma. Me puse á mayar con ellos. Aquello era encantador. Alegres y retozones, no tenían mi estúpida grasa, y se burlaban de mí cuando me des-

lizaba como una bola sobre las planchas de zinc caldeadas por el sol. Un gato viejo, padre de la banda, me cobró particular afecto; prometíome consagrarse á mi educación, cosa que acepté con reconocimiento.

¡Ah! ¡Qué lejos estaba la asadura que comía en casa! Bebí en las canales, y nunca la leche azucarada me supo tan dulce y agradable como aquel agua. Todo me parecía bueno y hermoso. Pasó una gata, gata encantadora, á cuya vista experimenté una sensación desconocida. Sólo en sueños había contemplado hasta entonces á esas criaturas deliciosas, cuyo espinezo se arquea con adorable flexibilidad. Mis tres compañeros y yo nos precipitamos al encuentro de la recién llegada. Me adelanté á mis amigos, y disponíame ya á dirigir á la hermosa mis cumplimientos, cuando uno de mis camaradas me mordió cruelmente en el cuello. Lancé un chillido de dolor.

—¡Bah! (me dijo el gato padre, tirando de mí.) Ya encontrarás otras.

## III.

Al cabo de una hora de paseo, sentí atroz apetito. —¿Qué se come en los tejados?— pregunté á mi maestro.

—Lo que se encuentra,—me respondió doctamente. Esta respuesta me puso en grave aprieto, porque por más que buscaba, no encontraba nada. Vi al fin

en una buhardilla á una joven obrera que estaba preparando su desayuno. Sobre la mesa, debajo de la ventana, brillaba una magnífica chuleta de un rojo apetitoso.

— He aquí mi negocio, — pensé ingenuamente.

Salté á la mesa, y me abalancé á la chuleta. Nunca lo hubiera hecho: la obrera, que estaba en guardia, me asestó en el lomo un terrible escobazo. Abandoné mi presa, y huí dando espantosos alaridos.

— ¿Te has caído de un nido? (me dijo el gato padre). La carne que veas en las mesas debe ser deseada desde lejos. Hay que buscar en las canales.

Nunca pude comprender que la carne que hay en la cocina no perteneciese á los gatos; mi estómago empezaba á resentirse seriamente. El gato padre acabó de desesperarme, diciendome que era preciso aguardar á la noche. Entonces bajaríamos á la calle y registraríamos los montones de basura. ¡Aguardar hasta la noche! Lo decía tranquilamente, como filósofo convencido. En cuanto á mí, desfallecía ante el solo pensamiento de este ayuno prolongado.

## IV.

La noche vino leutamente; noche de niebla que me heló. Caía un agua finísima, penetrante, azotada por bruscas ráfagas de viento. Bajamos por el hueco de una escalera. ¡Qué fea me pareció la calle! ¡Todo

se había acabado, el calor agradable, el brillante sol, los tejados resplandecientes como un espejo, donde me revolcaba con tanto gusto. Mis patas resbalaban en el sucio adoquinado. Recordé con amargura mi triple manta y mi colchón de plumas.

No bien en la calle, mi amigo se puso á temblar. Encogióse cuanto pudo; se deslizó furtivamente á lo largo de la pared, diciendome que le siguiera. Encontramos una puerta cochera; se refugió en ella apresuradamente, dejando escapar un ronquido de satisfacción. Como le interrogara acerca de esta fuga, me dijo:

— ¿No viste aquel hombre que llevaba un gancho y una banasta?

— Sí.

— Pues bien: si nos hubiera visto, nos habría matado y asado á la parrilla.

— ¡Asados á la parrilla! (exclamé.) ¿Pero la calle no es nuestra?

## V.

Habían ya vertido la basura delante de las puertas. Escarbé en los montones como un desesperado. Hallé dos ó tres huesos, mondos y limpios, revueltos con la ceniza. Comprendí entonces cuán suculenta es la asadura fresca. Mi amigo lo registraba todo concienzudamente. Me hizo correr hasta rayar el alba: no

perdonamos rincón ni descansamos un momento. Durante diez horas me cayó el agua encima. Temblaba como un azogado. ¡Maldita calle! ¡Maldita libertad! ¡Qué de menos echaba mi prisión!

Al amanecer, el gato padre, viendo que vacilaba:

—¿Tienes ya bastante? — me preguntó con aire extraño.

—¡Oh sí! le contesté.

—¿Quieres volver á tu casa?

—Ya lo creo; pero ¿cómo encontrarla?

—Ven; esta mañana, al verte, comprendí que un gato tan gordo como tú no había nacido para las ásperas alegrías de la libertad. Conozco tu casa. Te voy á dejar á la puerta.

Aquel digno gato decía esto sencillamente. Cuando hubimos llegado:

—Adiós,—exclamó, sin demostrar la menor emoción.

—No (grité); no nos separaremos así. Vente conmigo. Partiremos el lecho y la carne. Mi ama es una mujer excelente....

No me dejó concluir.

—¿Quieres callarte? (me interrumpió bruscamente.) Eres un tonto. Me moriría en medio de tanta moiclie. Tu vida de satisfacciones es buena para los gatos bastardos. Los gatos libres no trocarán nunca su libertad por tus bofes y tu colchón de plumas. Adiós.

Salióse al tejado. Vi su alta y flaca silueta ex-

tremecerse de gusto á las caricias del sol naciente.

Cuando entré en casa, su tía de V. cogió las disciplinas y me administró una corrección que recibí con alegría profunda, gustando ampliamente la voluptuosidad de tener calor y de ser golpeado. Pensaba en la buena ración de carne que en seguida iban á darme.

## VI.

—Ya lo ve Ud. (concluyó mi gato, esperezándose delante de las brasas); la verdadera dicha, el paraíso consiste en vivir encerrado, en recibir golpes, en una casa bien provista.

Hablo por cuenta de los gatos.

## LILIA

## I.

Vienes de los campos, Ninon; de los verdaderos campos, saturados de acres aromas, rodeados de anchos horizontes. No eres bastante tonta para ir á encerrarte en un casino, á la orilla de alguna playa á la moda. Vas adonde no va la multitud, buscas un agujero formado por el follaje, en plena Borgoña. Tu

perdonamos rincón ni descansamos un momento. Durante diez horas me cayó el agua encima. Temblaba como un azogado. ¡Maldita calle! ¡Maldita libertad! ¡Qué de menos echaba mi prisión!

Al amanecer, el gato padre, viendo que vacilaba:

—¿Tienes ya bastante? — me preguntó con aire extraño.

—¡Oh sí! le contesté.

—¿Quieres volver á tu casa?

—Ya lo creo; pero ¿cómo encontrarla?

—Ven; esta mañana, al verte, comprendí que un gato tan gordo como tú no había nacido para las ásperas alegrías de la libertad. Conozco tu casa. Te voy á dejar á la puerta.

Aquel digno gato decía esto sencillamente. Cuando hubimos llegado:

—Adiós,—exclamó, sin demostrar la menor emoción.

—No (grité); no nos separaremos así. Vente conmigo. Partiremos el lecho y la carne. Mi ama es una mujer excelente....

No me dejó concluir.

—¿Quieres callarte? (me interrumpió bruscamente.) Eres un tonto. Me moriría en medio de tanta monicla. Tu vida de satisfacciones es buena para los gatos bastardos. Los gatos libres no trocarán nunca su libertad por tus bofes y tu colchón de plumas. Adiós.

Salióse al tejado. Vi su alta y flaca silueta ex-

tremecerse de gusto á las caricias del sol naciente.

Cuando entré en casa, su tía de V. cogió las disciplinas y me administró una corrección que recibí con alegría profunda, gustando ampliamente la voluptuosidad de tener calor y de ser golpeado. Pensaba en la buena ración de carne que en seguida iban á darme.

## VI.

—Ya lo ve Ud. (concluyó mi gato, esperezándose delante de las brasas); la verdadera dicha, el paraíso consiste en vivir encerrado, en recibir golpes, en una casa bien provista.

Hablo por cuenta de los gatos.

## LILIA

## I.

Vienes de los campos, Ninon; de los verdaderos campos, saturados de acres aromas, rodeados de anchos horizontes. No eres bastante tonta para ir á encerrarte en un casino, á la orilla de alguna playa á la moda. Vas adonde no va la multitud, buscas un agujero formado por el follaje, en plena Borgoña. Tu

retiro es una casa blanca, oculta como un nido en medio de los árboles. Pasas en ella tus primaveras, saludables como el aire libre. Así, cuando vuelves por algunos días, tus buenas amigas se asombran de tus mejillas, tan frescas como tus espinos blancos, de tus labios, tan rojos como las rosas silvestres.

Pero tu boca sabe á azúcar, y juraría que acabas de comer cerezas. No eres una miedosilla que temas á las avispas y á las zarzas.

Desafías atrevidamente al sol, sabiendo que tu cuello curtido tiene la transparencia del ámbar fino. Y recorres los campos con tu traje de lino, bajo tu ancho sombrero, como una campesina amiga de la tierra. Cortas la fruta con tus pequeñas tijeras de bordadora; tu colecta es mezquina, ciertamente; pero trabajas á conciencia, y regresas á casa, orgullosa de los rasguños rojizos que los cardos dejaron en tus manos blancas. ¿En qué te entretendrás el próximo Diciembre? En nada. Te aburrirás, ¿no es verdad? No eres una mujer de mundo. ¿Recuerdas el baile á que una noche te llevé? Ibas con los hombros desnudos: tiritabas en el coche. En el baile, en cambio la atmósfera era asfixiante; las arañas despedían torrentes de fuego. Te hundiste cuerdaamente en tu sillón, disimulando ligeros bostezos detrás de tu abanico. ¡Ah, qué fastidio! Cuando volvíamos á casa, murmuraste, enseñándome tu ramillete marchito:

—Mira estas pobres flores. Moriría, como ellas, si

tuviera que vivir en aquel aire abrasado. Mi querida primavera, ¿dónde estás?

—No iremos más al baile, Ninon. Nos quedaremos en casa, al lado de la chimenea. Nos amaremos, y, cuando nos cansemos, seguiremos amándonos todavía.

Me acuerdo de tu exclamación del otro día:— «¡En verdad que es ociosa la vida de la mujer!» He pensado en esto hasta hoy mismo. El hombre ha tomado para sí todo el trabajo, dejando á la mujer las imaginaciones peligrosas. ¿En qué pensar mientras se está bordando una y otra hora? Se construyen castillos en el aire donde el alma se adormece, como la *Bella durmiente del bosque*; se esperan los besos del primer caballero que pase por el camino.

—Mi padre (me has dicho con frecuencia) era un hombre excelente, que nunca se separó de mi lado. Yo no he aprendido el mal en la escuela de esas deliciosas muñecas que ocultan en el colegio las cartas de sus primos en los libros de misa. Nunca he confundido al buen Dios con el *coco* con que asustan á los niños, y confieso que he temido siempre más disgustar á mi padre que ir á cocerme en las marmitas del diablo. Debo decir también que sé saludar naturalmente, sin que me hayan enseñado el arte de las reverencias. Mi maestro de baile tampoco me ha acostumbrado á bajar los ojos, á sonreír, á mentir con el rostro; mi ignorancia es crasa en punto á esos den-

gues de las coquetas, que constituyen la mejor parte de la educación de una joven bien educada. Ha crecido libremente, como planta vigorosa. Por eso me ahogo en la atmósfera de París.

## II.

Ultimamente, en una de esas hermosas tardes que la primavera tanto nos regatea, me senté en las Tullerías, á la fresca sombra de los frondosos castaños. El jardín estaba casi vacío. Algunas señoras bordaban, formando pequeños grupos, al pie de los árboles. Jugaban los niños, interrumpiendo con sus risas agudas el sordo murmullo de las calles inmediatas.

Mis miradas acabaron por detenerse en una niña de seis á siete años, cuya joven madre conversaba con una amiga, á algunos pasos de mí. Era una niña rubia, poco más alta que mi bota, y afectaba ya el aire de una señorita. Llevaba uno de esos lindos trajes con que sólo las parisienas saben vestir á sus bebés: basquiña de seda color rosa, abofada, que dejaba ver las piernas cubiertas con medias de color gris perla; un jubón escotado, adornado con encajes, gorro con pluma blanca, pendientes, collar y brazalete de coral. Se parecía á su mamá con algo más de coquetería.

Se había apoderado de la sombrilla de aquélla, y

se paseaba gravemente con la sombrilla abierta, aunque no se deslizaba por entre las hojas de los árboles el menor rayo de sol. Estudiaba la manera de andar ligeramente, deslizándose casi, como había visto que lo hacían las personas mayores. No creía que la observaban. Repetía su papel como una cómica; ensayaba actitudes, muecas graciosas, movimientos de cabeza, miradas, sonrisas. Al dar frente al tronco de un viejo castaño, hizo seriamente media docena de profundas reverencias.

Era toda una mujer en pequeño. Quedé realmente consternado ante su aplomo y su ciencia. No tenía aún siete años, y sabía ya su oficio de coqueta. Sólo en París se encuentran niñas tan precoces, que bailan perfectamente antes de conocer las letras. Me acordé de los niños de provincias. Son toscos y torpes; se revuelcan como animales en el suelo. No estropearía así Lilia su bonito traje. Prefiere no jugar; derecha como un huso dentro de sus enaguas almidonadas, pone su alegría en que la miren, en oír que dicen: «¡Ah, qué niña tan encantadora!»

Lilia seguía saludando al tronco del viejo castaño. De pronto la vi enderezarse bruscamente y ponerse en guardia, con la sombrilla inclinada, la sonrisa en los labios y el aire placentero. Comprendí en seguida. Otra niña, morena, vestida de verde, venía por la alameda del centro. Era una amiga; había que recibirla con todas las reglas del buen tono.

Las dos muñecas se tocaron ligeramente las manos, haciendo los visajes de costumbre entre mujeres de la misma clase. Fingían esa sonrisa de satisfacción que es de buen gusto en semejantes circunstancias; cuando hubieron acabado sus cumplimientos, se pusieron á pasear, la una al lado de la otra, conversando con voz meliflua. En todo se pensó menos en jugar.

—Lleva V. una túnica muy bonita.

—Esos adornos son género valencienes, ¿no es cierto?

—Mamá ha estado indispuesta hoy por la mañana. Temí no poder venir, como le había prometido á Ud.

—¿Ha visto Ud. á la coquetuela de Teresa? Tiene un *trousseau* magnífico.

—¿Es de V. esa sombrilla? Es preciosa.

Lilia se sonrió. Jugeteaba con la sombrilla de su madre, comprendiendo la superioridad que esto le daba sobre su amiga, que no tenía sombrilla.

Aquella pregunta la puso en duro aprieto. Comprendió que estaba vencida si decía la verdad.

—Sí (respondió con gracia): papá me la ha regalado.

Era el colmo. Sabía mentir, como sabía ser agradable. Podía creer que poseía á fondo la ciencia de una mujer bonita. Con tal educación, ¿cómo es posible que los maridos duerman tranquilos?

En este instante pasó un muchachillo de ocho años,

tirando de un carretoncillo cargado de guijarros, y lanzaba ¡hués! terribles. Se imaginaba que era un carretero. Jugaba con sus cinco sentidos.

Al pasar, faltó poco para que atropellase á Lilia.

—¡Qué brutales son los hombres! (dijo ésta con desdén.) Vea V. que despechugado va ese niño.

Las dos se sonrieron despreciativamente. El niño, en efecto, debía parecerles muy inocente al hacer así de caballo. Si dentro de quince ó veinte años alguna se casa con él, lo tratará siempre con la superioridad de una mujer que á los siete años sabía manejar la sombrilla cuando él sólo pensaba en romper sus pantalones.

Lilia había echado á andar de nuevo, después de arreglar cuidadosamente los pliegues de su vestido.

—Mire V. (prosiguió) aquella zagalona con traje blanco, que se aburre allá bajo, completamente sola. La otra tarde me preguntó si quería que me la presentasen. Figúrese Ud., querida mía, que es hija de un pobre empleado. Naturalmente, me negué. No debe una comprometerse.

Lilia afectaba el aire de una princesa ofendida. No había duda; su amiga estaba vencida: no tenía sombrilla, nadie solicitaba ser presentada á ella, que palidecía como mujer que asiste al triunfo de una rival. Había pasado el brazo por el talle de Lilia, á ver si conseguía ajarle el traje por detrás, sin que ella lo advirtiese; y mientras tanto, se sonreía con ama-

bilidad, mostrando sus dientecitos prontos á morder.

Cuando se alejaban de sus madres, se fijaron en que yo las observaba. Desde entonces, ¡cuánto dengue, cuánto melindre! No perdonaban ninguna de esas coqueterías de señoritas que quieren llamar la atención sobre sí y retenerla. Había allí un caballero que las miraba. ¡Ah! ¡Hijas de Eva! El diablo os tienta en la cuna.

Después soltaron una carcajada. Algún detalle de mi traje debía sorprenderlas, parecerle muy cómico; sin duda mi sombrero, de forma algo anticuada. Se burlaban de mí, poniéndose las manos en los labios, conteniendo sus risitas, como hacen las damas en los salones. Acabé por avergonzarme, por ruborizarme, por no saber qué hacer de mi persona. Al fin, huí, abandonando el campo á aquellas dos muñecas, que tenían las burlas y las miradas extrañas de verdaderas mujeres.

## III

¡Ah, Ninon, Ninon! Llévate á esas señcitas al campo, vístelas de lino gris, y déjalas que se revuelquen en las charcas donde se chapuzan los patos. Volverán torpes como gansos, sanas y vigorosas como arbustos jóvenes. Cuando las desposemos, les enseñaremos á que nos amen. Es lo único que tienen que saber.

## LA LEYENDA

DEL «CAPITA AZUL» DEL AMOR.

## I.

Nació la hermosa niña de cabellos rojos en una mañana de Diciembre, cuando la nieve caía lenta y virginal. Hubo en el aire señales ciertas que anunciaron la misión de amor que venía á cumplir: brilló el sol, irisando la blanca nieve; aspiróse en el ambiente el aroma de las lilas, y resonó el canto de los pájaros como en plena primavera.

Vió el día en el fondo de un chiribitil, por humildad sin dada, para mostrar que sólo deseaba las riquezas del corazón. Tuvo por familia á la humanidad entera: sus brazos eran bastante largos para estrechar al mundo.

Llegada la edad del amor, abandonó la sombra donde se recogía, y echó á andar por los caminos, buscando hambrientos, á quienes dejaba ahitos con sus miradas.

Era una niña alta y fuerte, de ojos negros, de boca bermeja. Su carne de una palidez mate y cubierta de ligero vello, semejaba blanco terciopelo. Al andar, balanceaba su cuerpo con blando ritmo.

bilidad, mostrando sus dientecitos prontos á morder.

Cuando se alejaban de sus madres, se fijaron en que yo las observaba. Desde entonces, ¡cuánto dengue, cuánto melindre! No perdonaban ninguna de esas coqueterías de señoritas que quieren llamar la atención sobre sí y retenerla. Había allí un caballero que las miraba. ¡Ah! ¡Hijas de Eva! El diablo os tienta en la cuna.

Después soltaron una carcajada. Algún detalle de mi traje debía sorprenderlas, parecerle muy cómico; sin duda mi sombrero, de forma algo anticuada. Se burlaban de mí, poniéndose las manos en los labios, conteniendo sus risitas, como hacen las damas en los salones. Acabé por avergonzarme, por ruborizarme, por no saber qué hacer de mi persona. Al fin, huí, abandonando el campo á aquellas dos muñecas, que tenían las burlas y las miradas extrañas de verdaderas mujeres.

## III

¡Ah, Ninon, Ninon! Llévate á esas señcitas al campo, vístelas de lino gris, y déjalas que se revuelquen en las charcas donde se chapuzan los patos. Volverán torpes como gansos, sanas y vigorosas como arbustos jóvenes. Cuando las desposemos, les enseñaremos á que nos amen. Es lo único que tienen que saber.

## LA LEYENDA

DEL «CAPITA AZUL» DEL AMOR.

## I.

Nació la hermosa niña de cabellos rojos en una mañana de Diciembre, cuando la nieve caía lenta y virginal. Hubo en el aire señales ciertas que anunciaron la misión de amor que venía á cumplir: brilló el sol, irisando la blanca nieve; aspiróse en el ambiente el aroma de las lilas, y resonó el canto de los pájaros como en plena primavera.

Vió el día en el fondo de un chiribitil, por humildad sin dada, para mostrar que sólo deseaba las riquezas del corazón. Tuvo por familia á la humanidad entera: sus brazos eran bastante largos para estrechar al mundo.

Llegada la edad del amor, abandonó la sombra donde se recogía, y echó á andar por los caminos, buscando hambrientos, á quienes dejaba ahitos con sus miradas.

Era una niña alta y fuerte, de ojos negros, de boca bermeja. Su carne de una palidez mate y cubierta de ligero vello, semejaba blanco terciopelo. Al andar, balanceaba su cuerpo con blando ritmo.

Cuando dejó la paja en que naciera, comprendió que debía vestirse de blondas y seda. Tenía como único patrimonio sus dientes blancos y sus mejillas de color de rosa.

Pronto encontró collares de perlas, blancos como sus dientes, basquiñas de color de rosa como sus mejillas.

Ya equipada, ¡qué gozo era el encontrarla en las sendas, en las claras mañanas del mes de Mayo! Su corazón y sus labios estaban abiertos á todos los transeuntes. Si veía á algún mendigo á la orilla del camino, le interrogaba con una sonrisa. Si se quejaba de los ardores de las fiebres ásperas del corazón, su boca le daba una limosna, y en el acto aliviaba la miseria del mendigo.

Así es que la conocían todos los pobres de la parroquia, y se apiñaban á su puerta, esperando el reparo. Ella bajaba por mañana y tarde, como una Hermana de la Caridad, distribuyendo sus tesoros de ternura, dando á cada uno su ración.

Era buena y tierna como el pan blanco. Los pobres de la parroquia la bautizaron con el sobrenombre de CAPITA AZUL DEL AMOR.

## II

Por aquél entonces asoló la comarca una epidemia espantosa. Todos los jóvenes, fueron atacados, y muchos de ellos murieron.

Los informes del mal eran terribles. El corazón cesaba de latir, la cabeza se despoblaba de ideas; el moribundo se enbruteceía. Los jóvenes semejantes á ridículos maniqués, se paseaban, con el sarcasmo en los labios, comprando corazones en las ferias como los niños compran caramelos. Cuando el azote hería á algún buen mozo, traducíase en negra tristeza, en mortal desesperación. Los artistas lloraban de impotencia delante de sus obras; los amantes, no pudiendo saciar sus ansias, se tiraban de cabeza al río.

No hay para qué decir que la hermosa niña tuvo ocasión de distinguirse en circunstancias tan graves. Estableció ambulancias; volaba al lado de los enfermos, se multiplicaba, cerraba las heridas con sus labios, daba gracias al cielo por la buena ocasión que la había deparado.

Fué una verdadera Providencia para los pobres. Salvó á muchos. Si de algunos no pudo sanar el corazón, fué porque ya no le tenían. Su tratamiento era sencillo. Acariciaba á los enfermos con sus manos milagrosas; les hacía entrar en calor con su tibio aliento. Nunca pedía recompensa. Se arruinaba sin pena; su caridad era inagotable. Así, los avaros de la época meneaban la cabeza al ver que la joven pródiga derrochaba de aquel modo los tesoros de sus gracias. Se decían unos á otros:

—Morirá en un rincón: da la sangre de sus venas sin pesar nunca las gotas.

## III

Un día, en efecto, al registrar su corazón, lo encontró vacío. Se estremeció de terror; no le quedaban más que algunos céntimos de ternura. Y la epidemia seguía azotando.

La niña se indignó. No pensaba en la inmensa fortuna que había disipado locamente: el punzante agijón de su caridad era cada vez más vivo, aumentando el horror de su miseria. ¡Era tan dulce ir en busca de los mendigos en las claras mañanas de sol! ¡Era tan dulce amar y ser amada! Y ahora debía ocultarse en la sombra, esperando á su vez la limosna, que acaso nadie le daría.

Por un instante pensó cuerdamente en guardar como una reliquia los pocos céntimos que le quedaban, é irlos gastando con gran prudencia. Pero le entró tal frío en su aislamiento, que se lanzó al campo para calentarse al sol. En el camino, en la primera encrucijada, encontró á un joven, cuyo corazón se moría de inanición. Ante semejante espectáculo, despertóse su ardiente caridad. No podía negar su miseria. Y, radiante de bondad, más llena de abnegación que nunca, puso el resto de su corazón en sus labios, se inclinó dulcemente, dió un beso al joven, y le dijo:

—Ten: he aquí mi última moneda. Devuélvemela.

## IV

El joven se la devolvió.

Aquella misma tarde envió á sus pobres una carta de despedida, manifestándoles que se veía obligada á suspender sus limosnas. Le quedaba á la querida niña precisamente lo necesario para vivir en honrada medianía con el último hambriento á quien había socorrido.

La leyenda del CAPITA AZUL DEL AMOR, carece de moral.

## EL HERRERO

El Herrero era alto y robusto, el más alto y robusto del país, con los hombros nudosos, con el rostro y los brazos ennegrecidos por las llamas y el polvo de hierro de los martillos. En su cráneo cuadrado, bajo la espesa mata de sus cabellos, abrianse grandes ojos azules de niño, claros como el acero. Sus anchas quijadas se movían con risas estrepitosas, con ruido que zumbaba de un modo semejante á la respiración y á las alegrías gigantes de su fuelle; y cuando levantaba el brazo con gesto de poder satisfecho,—

## III

Un día, en efecto, al registrar su corazón, lo encontró vacío. Se estremeció de terror; no le quedaban más que algunos céntimos de ternura. Y la epidemia seguía azotando.

La niña se indignó. No pensaba en la inmensa fortuna que había disipado locamente: el punzante agijón de su caridad era cada vez más vivo, aumentando el horror de su miseria. ¡Era tan dulce ir en busca de los mendigos en las claras mañanas de sol! ¡Era tan dulce amar y ser amada! Y ahora debía ocultarse en la sombra, esperando á su vez la limosna, que acaso nadie le daría.

Por un instante pensó cuerdamente en guardar como una reliquia los pocos céntimos que le quedaban, é irlos gastando con gran prudencia. Pero le entró tal frío en su aislamiento, que se lanzó al campo para calentarse al sol. En el camino, en la primera encrucijada, encontró á un joven, cuyo corazón se moría de inanición. Ante semejante espectáculo, despertóse su ardiente caridad. No podía negar su miseria. Y, radiante de bondad, más llena de abnegación que nunca, puso el resto de su corazón en sus labios, se inclinó dulcemente, dió un beso al joven, y le dijo:

—Ten: he aquí mi última moneda. Devuélvemela.

## IV

El joven se la devolvió.

Aquella misma tarde envió á sus pobres una carta de despedida, manifestándoles que se veía obligada á suspender sus limosnas. Le quedaba á la querida niña precisamente lo necesario para vivir en honrada medianía con el último hambriento á quien había socorrido.

La leyenda del CAPITA AZUL DEL AMOR, carece de moral.

## EL HERRERO

El Herrero era alto y robusto, el más alto y robusto del país, con los hombros nudosos, con el rostro y los brazos ennegrecidos por las llamas y el polvo de hierro de los martillos. En su cráneo cuadrado, bajo la espesa mata de sus cabellos, abrianse grandes ojos azules de niño, claros como el acero. Sus anchas quijadas se movían con risas estrepitosas, con ruido que zumbaba de un modo semejante á la respiración y á las alegrías gigantes de su fuelle; y cuando levantaba el brazo con gesto de poder satisfecho,—

gesto que le había dado el hábito de trabajar en el yunque.—parecía llevar sus cincuenta años mas gallardamente aún que manejaba la «Señorita», maza de veinticinco libras de peso, terrible maza que él sólo podía hacer bailar desde Vernon á Rouen.

Viví un año en casa del Herrero, año de convalecencia. Había perdido mi corazón, perdido mi cerebro; había partido en busca de mí mismo, en busca de un rincón donde recobrar la calma y trabajar, donde volver á encontrar mi virilidad. Entonces fué cuando, una tarde, en el campo, pasada la aldea, vi la fragua, aislada, llameante, plantada de través en la cruz de los Cuatro Caminos. El fulgor era tal, que la puerta del patio, abierta de par en par, incendiaba la encrucijada, y que los álamos, colocados en fila á lo largo del arroyo, humeaban como antorchas. En medio del silencio del crepúsculo, la cadencia de los martillos, resonaba á lo lejos, media legua á la redonda, como el galope cada vez más próximo de algún regimiento de hierro. Atraído por la claridad, por el estrépito, por la conmoción que producía aquella especie de tormenta, llegué á la fragua, entré, y me detuve, feliz consolado ya, á la vista de aquel trabajo, de aquellas manos que torcían y aplastaban las barras rojas.

Fué la primera vez que vi al Herrero. Forjaba la reja de un arado. Con la camisa abierta al aire el rudo pecho, cuyo armazón de metal bien templado

se dibujaba vigorosamente al respirar, daba un paso hacia atrás, tomaba aliento, bajaba el martillo; y todo sin detenerse, con un balanceo rítmico y continuo del cuerpo, por un esfuerzo incesante de los músculos, el martillo giraba su círculo regular, lanzando chispas, trazando á su paso un surco de fuego. Era la «Señorita», la formidable maza, manejada con ambas manos por el Herrero, mientras que el hijo de éste, mozo de veinte años, sostenía en la punta de las tenazas el hierro enrojecido y lo batía con golpes sordos, que ahogaba el baile estrepitoso de la terrible «hija» del viejo. Toc, toc, toc, toc; se hubiera creído que era la voz grave de una madre, alentando los primeros balbuceos de su hijo. La «Señorita» valsaba siempre, soltando las lentejuelas de su manto, dejando impresos sus talones en la reja que mordía cada vez que saltaba sobre el yunque. Una llama sangrienta corría hasta la tierra, iluminando las siluetas de los dos obreros, cuyas sombras colosales se prolongaban hasta los ángulos sombríos é indecisos de la fragua. Poco á poco el incendio palideció, el Herrero se detuvo, negro, de pie, apoyado en el mango del martillo, bañada la frente en sudor que no enjugaba. Yo oía su fuerte respiración, aún agitada, en medio de los resoplidos del fuelle que su hijo movía lentamente.

Pasé la noche en casa del Herrero, y di por concluido mi viaje. Tenía una habitación libre, en lo alto,

encima de la fragua, que me ofreció y acepté. A las cinco de la mañana, antes de que el alba despuntase, todo entraba en movimiento; era como si la casa se riera hasta sus cimientos, con alegría enorme, que ya no cesaba hasta la noche. Debajo de mi habitación bailaban los martillos. Parecía que la «Señorita» me arrojaba del lecho, dando golpes en el pavimento, llamándome holgazán. Todo el pobre cuarto, con su gran armario, su mesa de madera blanca, sus dos sillas, crujía, me gritaba que me apresurase. Tenía que bajar á la fragua, ya en plena actividad. El fuelle resoplaba: llamas azules y rojizas subían del carbón, donde parecía brillar la redondez de un astro bajo el viento que ahondaba la brasa. Entretanto, el Herrero preparaba la tarea cotidiana. Removía el hierro en los rincones, volvía los arados, examinaba las ruedas. Al verme, poníase los puños en los hijares y se echaba á reír, abriendo la boca hasta las orejas. Le divertía hacerme saltar del lecho á las cinco. Creo que por la mañana golpeaba por golpear, saludando al alba con el canto formidable de sus martillos. Dejaba caer sus gruesas manos sobre mis hombros, inclinándose como si hablara á un niño, diciéndome que estaba mejor desde que vivía en medio de aquellos hierros; y todos los días bebíamos juntos el vino blanco, sentados sobre un viejo calesín volcado.

Con frecuencia pasaba el día entero en la fragua. Sobre todo durante el invierno, cuando llovía, no la

abandonaba un momento. La lucha continua del Herrero con el metal en bruto que modelaba á su antojo, me interesaba como un drama conmovedor. Mis miradas seguían al hierro desde la hornilla al yunque, y experimentaba continuas sorpresas, viéndole plegarse, extenderse, arrollarse, como blanda cera, bajo el esfuerzo victorioso del obrero. Cuando el arado estaba concluido, me arrodillaba delante de él; no reconocía ya el bosquejo informe de la víspera, y examinaba las piezas, imaginando que dedos soberanamente fuertes las habían trabajado sin el auxilio del fuego. Muchas veces me sonreía, recordando á una joven á quien, en otro tiempo, había visto desde mi ventana, durante días enteros, torciendo con sus delicadas manos hilos de latón, en los cuales fijaba, con ayuda de hebras de seda, violetas artificiales.

Nunca se quejaba el Herrero. Le ví, después de haber batido el hierro por espacio de catorce horas, reírse por la noche con el buen humor de siempre, frotándose las manos con aire satisfecho. Nunca estaba triste, nunca fatigado. Habría sostenido la casa sobre sus hombros, si la casa hubiese vacilado. En el invierno, elogiaba el calor de la fragua. En el estío, abría la puerta de par en par, y dejaba que entrase el olor del heno. Cuando vino el verano, iba á sentarme, á la caída de la tarde á su lado, junto á la puerta. Como antes he dicho, la fragua estaba de través con relación al camino, y se veía desde ella el valle en toda su

anchura. Me encantaba aquella inmensa alfombra de tierra labrada que se perdía en el horizonte en el lila claro del crepúsculo.

El Herrero se bromeaba á menudo. Decía que todas aquellas tierras le pertenecían; la fragua, desde hacía cerca de doscientos años, proporcionaba arados al país. Este era su orgullo. Ninguna mies crecía sin él. Si la llanura estaba verde en Mayo y amarilla en Julio, le debía sus mudables galas. Amaba las cosechas como si fueran hijas suyas, extasiándose los días de sol espléndido, amenazando con el puño á las nubes preñadas de granizos. Algunas veces me enseñaba con el dedo algún pedazo distante de tierra, que parecía menos ancho que la espalda de su chaleco, y me contaba en qué año había forjado un arado para su dueño. En la época de la siembra solía dejar sus martillos: salía á la orilla del camino, se colocaba la mano encima de los ojos, y miraba; miraba la familia numerosa de sus arados que mordían el suelo y trazaban surcos, enfrente, á la derecha, á la izquierda, por todas partes. El valle estaba inundado de ellos. Al ver desfilan los atalajes lentamente, se hubiese creído que eran regimientos en marcha. Las rejas de los arados brillaban al sol con reflejos argentinos. Y el Herrero levantaba los brazos, me llamaba, me decía que viniese á ver la «sagrada tarea» que llevaba á cabo.

Todo aquel herraje resonante, en medio del cual

vivía, saturaba mi sangre de partículas férricas. Esto me aprovechaba bastante más que las drogas de la botica. Me había habituado á aquel estrépito: tenía necesidad de oír la música de los martillos sobre el yunque para saber que no estaba muerto. En mi habitación, animada por los resoplidos del fueile, había vuelto á encontrar mi pobre cabeza. Toc, toc, toc. Era como el alegre péndulo que regulaba mis horas de trabajo. En lo más fuerte de la tarea, cuando el Herrero se incomodaba, cuando yo oía crujir el hierro candente bajo los saltos de los martillos endiablados, mis puños se agitaban con fiebre de gigante, y hubiese querido aplastar al mundo con mi pluma. Después, al callarse la fragua, se hacía el silencio en mi cerebro; bajaba, y me avergonzaba de mi obra al contemplar aquel montón de hierro vendido y humeando todavía.

¡Ah! ¡Qué magnífico he visto al Herrero en las ardorosas siestas del verano! Desnudo hasta la cintura, los músculos salientes y en tensión, parecía una de esas figuras colosales de Miguel Ángel, que se levantan, haciendo un supremo esfuerzo. Mirándole, encontraba la línea escultural moderna que nuestros artistas buscan con tanto afán en las carnes muertas de Grecia. Se me parecía como el héroe engrandecido del trabajo, como el hijo infatigable de este siglo, que bate sin cesar sobre el yunque el escalpelo de nuestro análisis, que forja al fuego, y con el hierro, la so-

ciudad de mañana. Él jugaba con sus martillos. Cuando quería reír, cogía la «Señorita» y la hacía bailar á todo vuelo. Entonces resonaba la tormenta en torno suyo, entre la jadeante respiración de la hornilla. Por mi parte, creía oír el suspiro del pueblo en el trabajo.

Allí, en la fragua, entre los arados, me curé para siempre de mi pereza y de mi duda.

## LA CRISIS

### I

Por la mañana, cuando los obreros llegan al taller, lo encuentran frío, como envuelto en la negra tristeza que acompaña á las ruinas. En el fondo de la ancha sala, la máquina está muda, secos los brazos inmóviles las ruedas. Aumenta la melancolía del recinto, ella, cuyo aliento y cuyo brío animan de ordinario la casa entera, con el latido de un corazón de gigante, inaccesible á la fatiga.

El patrón baja de su pequeño despacho, y dice con aire triste á los obreros:

—Hijos míos, hoy no hay trabajo..... No tengo pedidos; recibo contra-órdenes de todas partes; voy á quedarme con la mercancía en los almacenes. Este

mes de Diciembre, con el cual contaba, este mes de tanto trabajo otros años, amenaza arruinar á las casas más sólidas. Tengo que suspender mis negocios.

Y como ve que los obreros se miran entre sí, temiendo la vuelta al hogar, temiendo el hambre al día siguiente, añade, en tono más bajo:

—No soy egoísta, no; os lo juro..... Mi situación es tan terrible, es aún más terrible que la vuestra. En ocho días he perdido cincuenta mil francos. Suspen- do hoy el trabajo, para no ahondar más el abismo: no tengo ni un céntimo siquiera para mis vencimientos del día 15... Ya lo veís; os hablo como amigos; nada os oculto. Mañana, tal vez, estará aquí el juzgado. La culpa no es nuestra. ¿No es verdad? Hemos luchado hasta el último momento. Hubiese querido ayudaros á pasar estos malos días, pero todo se ha concluido: ya no me queda pan que compartir con vosotros.

Después les tiende la mano. Los obreros se la estrechan silenciosamente. Y durante algunos segundos, siguen allí con los puños cerrados, mirando sus inútiles herramientas. Los demás días, al romper el alba, cantaban las limas marcaban los martillos el compás: todo parece dormir ya en el polvo de la quiebra. Son veinte, son treinta familias, que no comerán á la semana siguiente. Algunas mujeres que trabajan en la fábrica, tienen los ojos llenos de lágrimas. Los hombres tratan de aparentar más firmeza. Se ha-

ciudad de mañana. Él jugaba con sus martillos. Cuando quería reír, cogía la «Señorita» y la hacía bailar á todo vuelo. Entonces resonaba la tormenta en torno suyo, entre la jadeante respiración de la hornilla. Por mi parte, creía oír el suspiro del pueblo en el trabajo.

Allí, en la fragua, entre los arados, me curé para siempre de mi pereza y de mi duda.

## LA CRISIS

### I

Por la mañana, cuando los obreros llegan al taller, lo encuentran frío, como envuelto en la negra tristeza que acompaña á las ruinas. En el fondo de la ancha sala, la máquina está muda, secos los brazos inmóviles las ruedas. Aumenta la melancolía del recinto, ella, cuyo aliento y cuyo brío animan de ordinario la casa entera, con el latido de un corazón de gigante, inaccesible á la fatiga.

El patrón baja de su pequeño despacho, y dice con aire triste á los obreros:

—Hijos míos, hoy no hay trabajo..... No tengo pedidos; recibo contra-órdenes de todas partes; voy á quedarme con la mercancía en los almacenes. Este

mes de Diciembre, con el cual contaba, este mes de tanto trabajo otros años, amenaza arruinar á las casas más sólidas. Tengo que suspender mis negocios.

Y como ve que los obreros se miran entre sí, temiendo la vuelta al hogar, temiendo el hambre al día siguiente, añade, en tono más bajo:

—No soy egoísta, no; os lo juro..... Mi situación es tan terrible, es aún más terrible que la vuestra. En ocho días he perdido cincuenta mil francos. Suspen- do hoy el trabajo, para no ahondar más el abismo: no tengo ni un céntimo siquiera para mis vencimientos del día 15... Ya lo veís; os hablo como amigos; nada os oculto. Mañana, tal vez, estará aquí el juzgado. La culpa no es nuestra. ¿No es verdad? Hemos luchado hasta el último momento. Hubiese querido ayudaros á pasar estos malos días, pero todo se ha concluido: ya no me queda pan que compartir con vosotros.

Después les tiende la mano. Los obreros se la estrechan silenciosamente. Y durante algunos segundos, siguen allí con los puños cerrados, mirando sus inútiles herramientas. Los demás días, al romper el alba, cantaban las limas marcaban los martillos el compás: todo parece dormir ya en el polvo de la quiebra. Son veinte, son treinta familias, que no comerán á la semana siguiente. Algunas mujeres que trabajan en la fábrica, tienen los ojos llenos de lágrimas. Los hombres tratan de aparentar más firmeza. Se ha-

cen los valientes; se dicen que nadie se muere de hambre en París.

Cuando el fabricante se retira, cuando lo ven alejarse, encorvado en ocho días bajo el peso de un desastre mayor quizá que el que confiesa, desfilan uno á uno, abandonando la sala, con la garganta apretada y el corazón oprimido, como si salieran de una cámara mortuoria. El muerto es el trabajo, la gran máquina muda, cuyo esqueleto siniestro se destaca en la sombra.

## II

El obrero está en la calle, en medio del arroyo. Durante ocho días ha roto la suela de sus zapatos sin poder encontrar trabajo. Ha ido de puerta en puerta ofreciendo sus brazos, ofreciendo toda su persona para cualquier trabajo el más duro, el más repugnante, el más mortal. Todas las puertas se le han cerrado.

Entonces el obrero ha ofrecido trabajar por mitad de precio. Inútil ofrecimiento. Trabajaría sólo por la promesa de pago. No obtiene mejor resultado. Es la crisis, la temible crisis que toca á muerto en las casas de los pobres. El pánico ha paralizado todas las industrias, y el dinero, el dinero, cobarde, se ha ocultado.

Al cabo de ocho días, no hay ya esperanza. El

obrero ha hecho una tentativa suprema, y vuelve lentamente, con las manos vacías, derrengado por la miseria. La lluvia cae: aquella tarde París yace en el lodo. El desdichado recibe el aguacero sin sentirlo, sin oír más que la voz del hambre que le devora, yendo despacio para tardar más en llegar. Se asoma á un parapeto del Sena; el río, que ha crecido corre, mugiendo fuertemente; blanca la espuma rebota y se rompe en una pila del puente. Las aguas embravecidas pasan, llaman con fuerza al obrero. Pero no, sería una cobardía; huye.

Ha cesado la lluvia. El gas brilla en los escaparates de los joyeros. Si rompiese un cristal, cogería de un puñado pan para muchos años. Se iluminan los comedores de las fondas, y detrás de las cortinas de muselina blanca ve gentes que comen. Apresura el paso, se dirige á su arrabal, dejando atrás pastelerías, salchicherías, *restaurants*, todo el París glotón, que á aquellas horas se ostenta en su mayor esplendor.

Como la mujer y la pequeña llorasen aquel día por la mañana, les prometió llevarles pan á la tarde. No se ha atrevido á ir á decirles antes de llegada la noche que había mentido. Sin dejar de andar, se pregunta cómo entrará lo que ha de decirles para animarlas á tener paciencia. Sin embargo, es imposible que pasen más tiempo sin comer. El tal vez lo lograrse pero la mujer y la niña están muy débiles.

Por un momento tiene la idea de mendigar. Pero cuando una dama ó un caballero pasan [á su lado é intenta tenderles la mano, su brazo se paraliza, se le anuda la garganta. Queda plantado en la acera, mientras las gentes elegantes se apartan de él, creyendo que está borracho, al mirar su cara feroz de hambriento.

## III

La mujer del obrero ha bajado al dintel de la puerta, dejando dormida á la pequeña. Está en los huesos, y tiritita bajo su traje de indiana, al sople helado de la calle.

Nada hay en la habitación; lo ha llevado todo al Monte de Piedad. Ocho días sin trabajo bastan para vaciar una casa. La víspera ha vendido á un ropavejero el último puñado de lana de su colchón; así se ha ido todo el colchón; ya sólo le queda la tela, que ha colgado delante de la ventana para impedir que entre el aire, porque la niña tose mucho.

La mujer, aunque sin decirselo á su marido, también ha buscado por su parte; pero la crisis ha herido más rudamente á las mujeres que á los hombres. En la meseta de la escalera hay desgraciadas á quienes oye sollozar por la noche. Ha visto á una, muda é inerte, en un rincón de la calle; otra ha muerto; otra ha desaparecido.

Felizmente, ella tiene un buen hombre, un marido que no bebe. Nada les faltaría, si malos años no les hubieran despojado de todo. Ha agotado su crédito: debe al panadero, al tendero, á la frutera, y no se atreve ni aun á pasar por delante de sus puertas. Aquella tarde ha ido en casa de su hermana, á pedirle veinte sueldos prestados; pero ha visto una miseria tan grande, que se ha echado á llorar, sin decir una palabra, y las dos hermanas han llorado largo tiempo juntas. Después se ha despedido, prometiendo llevar un pedazo de pan, si su marido traía alguna cosa.

El marido no vuelve; la lluvia cae: se refugia en la puerta; gruesas gotas rebotan á sus pies; polvo de agua cala su miserable ropa. Se impacienta por momentos; sale á pesar del chaparrón, avanza hasta el extremo de la calle, para ver si descubre á lo lejos á aquel á quien aguarda. Y cuando vuelve, está chorreando; se pasa la mano por los cabellos para enjuagárselos; no desespera aún, la fiebre le produce frecuentes calofríos.

Los transeúntes la codean en su movimiento de ir y venir. Ella se encoge, se achica, para no molestar á nadie. Los hombres la miran cara á cara: siente á menudo alientos ardiente que rozan su cuello. Todo el París sospechoso, la calle con su fango, sus crudas claridades su rodar de coches parece que quiere cogerla y arrojarla en medio del arroyo. Tiene ham-

bre; pertenece á todo el mundo Frente por frente hay un panadero, y ella piensa en la pequeña que duerme allá arriba.

Después, cuando al fin llega el marido, deslizándose como un criminal á lo largo de las casas, se precipita, le mira con ansiedad.

—¡Y bien!— balbucea.

El no responde; bajala cabeza. Entonces ella sube delante, pálida como una muerta.

## IV.

En lo alto duerme la niña. Se ha despertado y mira al cabo de una vela que agoniza en un extremo de la mesa. Algo de monstruoso y aterrador pasa por la frente de aquella pequeña de siete años, con las facciones serias y ajadas de mujer.

Está sentada al borde del cofre que le sirve de lecho. Cuelgan sus pies desnudos, agarrotados por el frío; sus manos de niña enfermiza recogen sobre su pecho los harapos que la cubren. Siente allí un ardor, un fuego que querría extinguir. Piensa.

Nunca le han comprado juguetes. No puede ir á la escuela, porque no tiene zapatos. Recuerda que, cuando era más chica, su madre la llevaba á tomar el sol. Pero esto no es ya más que una reminiscencia. Fué preciso madarse; desde entonces un gran

frío parece soplar en la casa; no ha vuelto á estar contenta; ha tenido siempre hambre.

Es un misterio profundo, al que da vueltas sin poder comprenderlo. ¿Tiene hambre todo el mundo? Ella ha procurado acostumbrarse; pero no lo ha conseguido. Cree que es muy pequeña; que cuando sea grande sabrá estas cosas que se ocultan á los niños. Su madre debe ignorarlas. Si se atreviese, le preguntaría que quien nos pone en el mundo para hacernos pasar hambre.

Además, ¡es tan feo aquel cuartucho! Mira á la ventana donde se agita la tela del colchón, las paredes desnudas, los muebles desvencijados, toda esa vergüenza del desván que la crisis ensucia con su desesperación. En su ignorancia, cree haber visto en sueños hermosas habitaciones, caldeadas por un buen fuego, llenas de objetos preciosos que brillaban.

Cierra los ojos para contemplarlas de nuevo, y, á través de sus párpados adelgazados, el fulgor de la vela se convierte en un gran círculo de oro, donde quisiera entrar. Pero el viento sopla, y la corriente de aire que invade el cuarto es tan fuerte, que la acomete terrible acceso de tos. Sus ojos se cuajan de lágrimas.

Antes, cuando la dejaban sola, sentía mucho miedo; ahora todo le es igual. Como no se ha comido desde el día anterior, se imagina que su madre ha ido á buscar pan. Este pensamiento la entretiene, cortará

el pan en pedacitos; se los comerá lentamente, uno á uno; jugará con ellos.

Entra la madre; el padre cierra la puerta. La niña les mira las manos, muy sorprendida, y como nada dicen, al cabo de un momento, repite en tono de canturía:

—¡Tengo hambre, tengo hambre!

El padre se oculta en un rincón, hunde la cabeza entre las manos, y permanece allí, mudo, abrumado, sacudidos los hombros por rudos y silenciosos sollozos. La madre, ahogando sus lágrimas, quiere que la niña vuelva á acostarse; la dice que sea buena, que duerma. Pero la niña, cuyos dientes castañetean, y que siente que el fuego de su pecho la quema más que antes, cobra osadía, se cuelga al cuello de su madre, y la pregunta bajito y con dulzura:

—Dime, mamá, ¿por qué tenemos hambre?...

## LA ALDEHUELA

### I.

¿Dónde está la aldea? ¿En qué rep'iegue del terreno oculta sus blancas casas? ¿Se agrupan éstas en torno de la iglesia, en el fondo de algún valle, ó forman alegre fila á lo largo del camino, ó trepan por la la-

dera, como cabras caprichosas, descubriendo y ocultando á medias sus techos rojos entre la verdura?

¿Tiene un nombre dulce al oído? ¿Es un nombre suave, fácil á los labios franceses, ó algún nombre alemanizado, de consonantes, ronco como graznido de cuervo?

¿Se siega, se vendimia en ella? ¿Es país de trigo ó comarca de viñedos? A esta hora, ¿qué hacen sus moradores al aire libre? De noche, al volver á casa por el estrecho sendero, ¿se detienen para abarcar con una mirada la abundante recolección y dar gracias al cielo por sus mercedes?

### II.

¿Me la imagino voluntariamente en la falda de una colina? Oculta discretamente entre los árboles, se la tomaría desde lejos por un campo de rocas despalmadas y cubiertas de musgo. Pero el humo sube por entre las ramas, y en una senda que baja la pendiente, algunos niños tiran de un carretoncillo. Entonces se la mira desde el llano con ojos de celosa envidia, y se pasa á lo largo, llevando el recuerdo de aquel nido apenas entrevisto.

No, me la figuro más bien á un lado de la llanura, á la orilla del arroyo. Es tan pequeña, que una cortina de álamos blancos la sustrae á todas las miradas. Sus cabañas, semejantes á castas bañistas, desapa-

el pan en pedacitos; se los comerá lentamente, uno á uno; jugará con ellos.

Entra la madre; el padre cierra la puerta. La niña les mira las manos, muy sorprendida, y como nada dicen, al cabo de un momento, repite en tono de canturía:

—¡Tengo hambre, tengo hambre!

El padre se oculta en un rincón, hunde la cabeza entre las manos, y permanece allí, mudo, abrumado, sacudidos los hombros por rudos y silenciosos sollozos. La madre, ahogando sus lágrimas, quiere que la niña vuelva á acostarse; la dice que sea buena, que duerma. Pero la niña, cuyos dientes castañetean, y que siente que el fuego de su pecho la quema más que antes, cobra osadía, se cuelga al cuello de su madre, y la pregunta bajito y con dulzura:

—Dime, mamá, ¿por qué tenemos hambre?...

## LA ALDEHUELA

### I.

¿Dónde está la aldea? ¿En qué rep'iegue del terreno oculta sus blancas casas? ¿Se agrupan éstas en torno de la iglesia, en el fondo de algún valle, ó forman alegre fila á lo largo del camino, ó trepan por la la-

dera, como cabras caprichosas, descubriendo y ocultando á medias sus techos rojos entre la verdura?

¿Tiene un nombre dulce al oído? ¿Es un nombre suave, fácil á los labios franceses, ó algún nombre alemanizado, de consonantes, ronco como graznido de cuervo?

¿Se siega, se vendimia en ella? ¿Es país de trigo ó comarca de viñedos? A esta hora, ¿qué hacen sus moradores al aire libre? De noche, al volver á casa por el estrecho sendero, ¿se detienen para abarcar con una mirada la abundante recolección y dar gracias al cielo por sus mercedes?

### II.

¿Me la imagino voluntariamente en la falda de una colina? Oculta discretamente entre los árboles, se la tomaría desde lejos por un campo de rocas despalmadas y cubiertas de musgo. Pero el humo sube por entre las ramas, y en una senda que baja la pendiente, algunos niños tiran de un carretoncillo. Entonces se la mira desde el llano con ojos de celosa envidia, y se pasa á lo largo, llevando el recuerdo de aquel nido apenas entrevisto.

No, me la figuro más bien á un lado de la llanura, á la orilla del arroyo. Es tan pequeña, que una cortina de álamos blancos la sustrae á todas las miradas. Sus cabañas, semejantes á castas bañistas, desapa-

recen en los mimbrerales de la playa. Un trozo de pradera verde la sirve de alfombra: un vallado vivo la cierra por todas partes, como á un gran jardín. Se pasa á su lado sin verla. Las voces de las lavanderas parecen gritos de curruca. Ni sombra de humo. La aldea duerme en paz, en el fondo de su verde alcoba.

No la conoce ninguno de nosotros. El lugar vecino apenas tiene noticias de su existencia. Es tan humilde, que ningún geógrafo la cita. No tiene personalidad. Pronunciado su nombre, no evoca ningún recuerdo. Entre la multitud de ciudades de nombre sonoro, es un desconocido, sin historia, sin glorias y sin vergüenzas, que se eclipsa modestamente.

Por esto, sin duda, sonrío la aldehuela tan dulcemente. Los campesinos viven allí en el desierto; los chicos ruedan por el ribazo; las mujeres hilan á la sombra de los árboles. Ella, por su parte, feliz en su obscuridad, se inunda de las alegrías del cielo. ¡Está tan lejos del fango y del bullicio de las grandes ciudades! Le basta un rayo de sol, su silencio, su humildad, la cortina de álamos blancos que la oculta al mundo entero; ¿para qué quiere más?

### III.

Quizá mañana el mundo sabrá que existe la aldehuela.

¡Ah, miseria humana! El río estará rojo; la cortina

de álamos habrá desaparecido; las cabañas destruidas mostrarán la desesperación muda de las familias que las habitaban, la aldehuela será célebre.

Ya no se oirá el canto de las lavanderas; ya los niños no rodarán por el ribazo; ya no habrá cosechas; se acabó el silencio; concluyó la humildad; huyó la dicha. Un nuevo nombre en la historia, victoria ó derrota, una nueva página sangrienta, y un pedazo más de tierra abonado por la sangre de nuestros hijos.

La aldehuela ríe, sueña, ignora que dará su nombre á una carnicería, y que mañana se bañará en sangre y se la citará en Europa entre el estertor de la agonía. Después, solo quedará en la tierra una mancha rojiza. Ella, tan alegre, tan dulce, se verá envuelta en un círculo de siniestra sombra. Pálidos visitantes pasarán por delante de sus ruinas, como se pasa por delante de las losas de *La Morgue*. Será maldita.

Su nombre, si es Austerlitz ó Magenta, resonará en nuestros corazones como el entusiasta toque del clarín; y si es Waterloo, rodará lúgubrementemente en nuestra memoria, como el sonido del tambor enlutado que toca los funerales de la patria.

¡Cómo echará entonces de menos sus riberas solitarias, sus campesinos ignorantes, su paz perdida, su rincón ignorado, tan lejos de los hombres, conocido solamente de las golondrinas que volvían todas

las primaveras! Mancillada, avergonzada, con su horizonte ennegrecido por bandadas de cuervos, y sus tierras crasas hediendo á muerto, vivirá eternamente en la historia, como un degolladero, como un campo de duelo donde dos naciones se han asesinado.

El nido del amor, el nido de paz, la aldehuela, se habrá convertido en un cementerio, donde las madres inconsolables no podrán ir á depositar una corona.

## IV.

Francia ha sembrado de estos cementerios el mundo. En los cuatro ángulos de Europa podríamos arrodillarnos y orar. Nuestras necrópolis no se llaman únicamente el Père-Lachaise, Montmartre, Montparnasse: llevan también los nombres de todos nuestros triunfos y de todos nuestros desastres. No hay bajo el cielo un puñado de tierra donde no yazga un francés enterrado, desde China hasta Méjico; desde las estepas de Rusia hasta los arenales de Egipto.

Cementerios silenciosos y desiertos, que duermen su sueño pesado en la paz inmensa de los campos. La mayor parte, casi todos, se abren al pie de algún lugarajo derruido, cuyos muros, desplomados, tiemblan aún de espanto. Waterloo no era más que una granja; Magenta tenía apenas cincuenta casas. Un

viento de destrucción sopló sobre estos infinitamente pequeños, pueblos, y sus nombres, inocentes el día antes, despiden tal olor á sangre y pólvora, que la humanidad se estremecerá siempre al sentirlos en sus labios.

Pensativo miraba yo un mapa del teatro de la guerra. Seguía las orillas del Rhin; interrogaba las llanuras y las montañas. ¿Estaba la aldehuela á la izquierda ó á la derecha del río? ¿Debía ser buscada junto á las plazas fuertes, ó más lejos, en alguna vasta soledad?

Y procuraba entonces, cerrando los ojos, imaginarme la paz de la aldeilla, la cortina de álamos extendida delante de las blancas casas, el trozo de pradera que rasan las alas de las golondrinas, las canciones de las lavanderas, la tierra virgen que la guerra va á mancillar y cuya mancha anunciarán brutalmente los clarines á los cuatro vientos cardinales.

¿Dónde está la aldehuela? (1)

## RECUERDOS

## I.

¡Oh! La eterna lluvia, la lluvia enojosa, laparda

(1) La aldehuela estaba en la Alsacia; se llamaba Vaerth.

las primaveras! Mancillada, avergonzada, con su horizonte ennegrecido por bandadas de cuervos, y sus tierras crasas hediendo á muerto, vivirá eternamente en la historia, como un degolladero, como un campo de duelo donde dos naciones se han asesinado.

El nido del amor, el nido de paz, la aldehuela, se habrá convertido en un cementerio, donde las madres inconsolables no podrán ir á depositar una corona.

## IV.

Francia ha sembrado de estos cementerios el mundo. En los cuatro ángulos de Europa podríamos arrodillarnos y orar. Nuestras necrópolis no se llaman únicamente el Père-Lachaise, Montmartre, Montparnasse: llevan también los nombres de todos nuestros triunfos y de todos nuestros desastres. No hay bajo el cielo un puñado de tierra donde no yazga un francés enterrado, desde China hasta Méjico; desde las estepas de Rusia hasta los arenales de Egipto.

Cementerios silenciosos y desiertos, que duermen su sueño pesado en la paz inmensa de los campos. La mayor parte, casi todos, se abren al pie de algún lugarajo derruido, cuyos muros, desplomados, tiemblan aún de espanto. Waterloo no era más que una granja; Magenta tenía apenas cincuenta casas. Un

viento de destrucción sopló sobre estos infinitamente pequeños, pueblos, y sus nombres, inocentes el día antes, despiden tal olor á sangre y pólvora, que la humanidad se estremecerá siempre al sentirlos en sus labios.

Pensativo miraba yo un mapa del teatro de la guerra. Seguía las orillas del Rhin; interrogaba las llanuras y las montañas. ¿Estaba la aldehuela á la izquierda ó á la derecha del río? ¿Debía ser buscada junto á las plazas fuertes, ó más lejos, en alguna vasta soledad?

Y procuraba entonces, cerrando los ojos, imaginarme la paz de la aldeilla, la cortina de álamos extendida delante de las blancas casas, el trozo de pradera que rasan las alas de las golondrinas, las canciones de las lavanderas, la tierra virgen que la guerra va á mancillar y cuya mancha anunciarán brutalmente los clarines á los cuatro vientos cardinales.

¿Dónde está la aldehuela? (1)

## RECUERDOS

## I.

¡Oh! La eterna lluvia, la lluvia enojosa, laparda

(1) La aldehuela estaba en la Alsacia; se llamaba Vaerth.

lluvia, que cubre como un crespón el cielo de Mayo y de Junio! Se va uno á la ventana, levanta la punta de la cortina; el sol está como anegado. Aparece entre dos chaparrones, pálido, verdoso, como el cuerpo de un astro que se ha suicidado de desesperación, y que algún marinero celeste recoge con un garfio.

¿Te acuerdas, Ninon, del color gris de la primavera cuando ha llovido? Se huye de París, pensando en la primavera de los poetas, en la primavera soñada por la fantasía, con su manto de flores, con sus crepúsculos languidecientes. Se llega al término del viaje al caer de la tarde. El cielo parece una pizarra, no se vislumbra el menor rayo de luz en el ocaso; ¡triste es el hogar, que sólo guarda cenizas apagadas! Hay que flanquear los senderos, con la humedad penetrante del follaje sobre las espaldas. Y cuando se entra en la vasta sala, fría y mencólica, donde aún reina el invierno, se tiritita, se cierran puertas y ventanas, se enciende un gran fuego de sarmientos, y se maldicen las malas partidas del sol.

Durante ocho días, la lluvia le tiene á uno recluso. A lo lejos, en medio del lago que ha reemplazado á las praderas, se ve siempre la misma fila de álamos blancos, que parecen fundirse, que chorrean agua, mustios, destacándose vagamente entre el turbión que los envuelve. Después, un oscuro mar, un polvo de lluvia que cae y cierra el horizonte. Se bosteza; trata uno de distraerse con los patos que aguantan el

chubasco, con los paraguas azules de los campesinos que pasan. Se bosteza todavía más. Las chimeneas humean; la madera verde llora sin arder; se cree que el agua sube, que llama á la puerta, que penetra por todos los resquicios como fina arena. Y al cabo, perdida la paciencia, se vuelve á tomar el tren, se regresa á París, negando el sol, negando la primavera.

Y, sin embargo, nada me desespera tanto como esos coches de alquiler que veo dirigirse á las estaciones. Van cargados de baules y maletas, y atraviesan la población, sonrientes como prisioneros á quienes se acaba de dar libertad.

Los miro alejarse en busca de los plácidos arroyos, de las aguas profundas, de los altos montes, de los espesos bosques. Este se encamina tal vez á aquel nido de rocas que tan bien conozco, cerca de Marsella: allí se está perfectamente; allí puede uno desnudarse como en una estufa; allí las olas vienen á buscarnos. Aquel corre sin duda á Normandía, al rincón de verdura que tanto amo, cerca del collado que produce el vinillo agrio, cuya espuma deja tan grato picor en la garganta. Este otro se dirige á lo desconocido, á cualquier parte donde se estará muy bien, á la sombra, al sol, no sé dónde, pero ardo en deseos de ir allí.

Los cocheros azotan los flacos caballos con el látigo;

no saben que al mismo tiempo azotan mi sueño. Piensan seguramente que los baules son pesados y que las propias son ligeras, é ignoran que sumen en la desesperación á los infelices que pasan á caballo en la cruz de los pantalones, viéndose condenados á sentir cómo se abrasa la suela de sus zapatos sobre el candente empedrado de París en los meses de Julio y Agosto.

¡Oh! ¡Esa fila de coches, cargados de baules y maletas que se encaminan á las estaciones! ¡Visión de la gran jaula abierta, de los pájaros felices que salen de su prisión! ¡Burla cruel de la libertad que atraviesa la galera de nuestras calles y plazas! Pesadilla de todas mis primaveras, que me turba en mi calabozo, que me llena del deseo, nunca saciado, del follaje y del aire libre!

Quisiera encogerme, achicarme, volverme muy pequeño y poder deslizarme en el baul de esa dama de sombrero, color de rosa cuyo coche se dirige á la estación de Lyon. Debe estarse muy bien en el baul de esa señora. Adivino los trajes de seda, la fina ropa blanca, tantas prendas suaves, tibias, perfumadas. Me acostaré sobre alguna falda de seda clara; me recostaré en los pañuelos de batista; y si tengo frío, á fe mía, ¡tanto peor!, me echaré encima todos los zagalejos.

¡Qué bonita es esa dama! Veinticinco años á lo más. Tiene una barba encantadora, con un hoyuelo que debe ahondarse cuando ríe. Quisiera que se riese para verlo. Ese diablo de auriga debe ser muy feliz al llevarla en su coche. Sin duda prefiere el olor de violeta; seguramente ha perfumado con él su ropa blanca. Es exquisito. Permanezco en el fondo de su baul durante horas, durante días. He sentado mis reales en el rincón de la izquierda, entre el paquete de las camisas y una gran caja de cartón que me incomoda un poco. He tenido el capricho de abrir esta caja: contiene dos sombreros, una carterita con una porción de cartas, y otras cosas que no he querido ver. He convertido la caja en almohada. Las medias están á mi derecha; estoy echado sobre tres trajes, y siento á mi izquierda objetos más pesados, en que creo reconocer pares de botas. ¡Dios mío, qué bien se está aquí, entre estos trapos perfumados!

¿Dónde iremos? ¿Nos detendremos en Borgoña? ¿Torceremos á Suiza ó bajaremos hasta Marsella? Me figuro que nos encaminamos á aquel nido de rocas, ya lo saben Vds., donde se desnuda uno como en una estufa, y donde las olas vienen á buscarnos. Ella se bañará. Allí se está á cien leguas de los imbéciles. En el fondo, el golfo cerrado en círculo, brilla con el azul intenso del Mediterráneo. Hay tres pinos en lo alto, al borde de las rocas. Y, desnudos los pies, arrancaremos arápedos con la punta de nuestros cuchillos,

en las anchas piedras amarillas que pulimentan las olas. No tiene aire de bachillera; debe amar el campo, y jugaremos como chicos que se escapan de la escuela. Si no sabe nadar, yo la enseñaré.

Siento rudos sacudimientos; subimos, sin duda, la calle de Lyon. ¡Qué curioso será ver cuando, llegado á Marsella, abra su baul! ¡Cuán sorprendida se quedará al encontrarme allí, en el rincón de la izquierda! ¡Siempre que no le arrugue demasiado estos volantes sobre que me acuestol...

—¡Cómo, caballero! ¿está V. aquí?... ¡V. se ha atrevido!...

—Sí, ciertamente, señora; se atreve uno á todo para salir de la cárcel...

Y yo le explicaré..., y ella me perdonará.

—¡Ah! He aquí la estación. Me parece que se nos registra.

¡Ay, ay! Llueve, y la dama del sombrero de color de rosa va sola, sufriendo el aguacero, á aburrirse en casa de alguna vieja tía de provincia, donde tiritará, donde sentirá el mal humor del placer frustrado.

## II.

Es preciso haber vivido en una ciudad de vota y aristocrática. en una de esas pequeñas poblaciones

donde la hierba crece en las calles, y los relojes de los conventos dan las horas en el aire dormido, para saber lo que son todavía las procesiones del Corpus.

En París, cuatro sacerdotes dan la vuelta á la Magdalena. En Provenza, la calle pertenece al clero durante ocho días. Toda la Edad Media resucita en las claras tardes de Mayo á Junio, y la gente desfila entonando cánticos, paseando los cirios, abriendo la comitiva dos gendarmes, y cerrándola el alcalde, que luce su banda.

Me acuerdo perfectamente. Eran días de gran alegría para nosotros los colegiales, que sólo deseábamos correr las calles. Para hablar con franqueza, en esas poblaciones tan dadas al amor, las procesiones hacen el caldo gordo á los amantes. En la carrera, las jóvenes se pavonean con sus trajes nuevos. El traje nuevo es de rigor. No hay señorita, por pobre que sea, que esos días no estrene un traje. Y por la tarde, en la obscuridad de la iglesia, ¡cuántas manos se encuentran!

Yo pertenecía á una sociedad musical, presente en todas las solemnidades. Tengo pecados muy grandes sobre mi conciencia. Me acuso de haber dado serenata á mas de un funcionario, que regresaba de París con su cinta roja. Me acuso de haber paseado al Santísimo oficial, á los santos que hacen llover, á las

vírgenes que curan el cólera. Hasta ayudé á la mudanza de un convento de monjas enclaustradas. Las pobres, arrebuajadas en anchos mantos grises, para que no pudiera verse nada de su rostro ni de sus cuerpos, tropezaban, se sostenían, como ánimas en pena sorprendidas por la aurora. Y manos blancas, pequeñas manos de niña, pasaban por el filo de los mantos.

¡Ay! Sí; yo he devorado las colaciones de la sacristía. No se nos pagaba; se nos ofrecían algunos regalos. Yo me acuerdo que el día de las monjas, al llegar al nuevo convento, se nos sirvió por medio de un torno un refrigerio. Las botellas, los platos con golosinas, se sucedían en la pared, como por arte de encantamiento. Y ¡qué botellas, grandes dioses! Botellas de todas las formas, de todos los colores, con toda clase de licores. Frecuentemente he pensado en la extraña cueva que había podido suministrar tanta variedad de vinos finos. Era la confusión en la dulzura.

Después de aquellos días de error, he hecho larga penitencia, y creo haber sido perdonado.

Desde por la mañana se adornan las calles que debe recorrer la procesión. Todos los balcones ostentan colgaduras. En los barrios ricos, son éstas, antiguas tapicerías con dibujos que representan escenas y personajes mitológicos, el olimpo pagano, pálido y desnudo, que acude á ver pasar al olimpo católico

con sus blancas vírgenes y sus Cristos que sangran: ó ya son colchias de seda, quitadas de lecho del alguna marquesa, ó cortinas de damasco descolgadas de sus varillas, telas magníficas de todas clases, en una palabra. La clase media exhibía sus muselinas bordadas, lo mejor que tiene. Y en los barrios pobres las buenas mujeres, antes que no colgar, vistien las ventanas con sus pañoletas, con pedazos de percalina que han cosido apresuradamente. Entonces las calles son dignas del *Dios Grande*.

Se ha barrido la ciudad. En algunos sitios se levantan altares. Estos altares dan lugar á celos, á odios que duran muchos meses. Que el altar del barrio de los Cartujos sea más hermoso que el del barrio de San Marcos: he aquí una cosa que basta para hacer blanquear los cabellos á los devotos. Todo el barrio contribuye al altar. Este ha traído los candelabros, fulano las flores; mengano las blondas. Es una estación, un descanso que el barrio ofrece al cielo.

A lo largo de las estrechas aceras se han colocado dos filas de sillas. Los curiosos esperan con aire de camorristas, riéndose con esa risa provenzal que tiene notas de clarín. Las ventanas se adornan. Cae el sol á plomo, y en las brisas ligeras que se levantan, sueñan á lo lejos las campanas, lanzadas á vuelo, y los redobles de los tambores.

Es la procesión que sale de la iglesia.

La preceden todos los buenos mozos de la ciudad. Es un paseo reglamentario. Van allí para ver y ser vistos. Las muchachas están á las puertas; hay discretos saludos, sonrisas, cuchicheos entre camaradas. Los jóvenes dan así la vuelta á la ciudad, entre dos líneas de miradores empavesados, únicamente para pasar por delante de este ó aquel balcón. Cuando llegan á él, alzan la cabeza, y nada más. El día está hermoso: las campanas repican: los niños tiran puñados de flores de retama y puñados de rosas deshojadas.

Sobre el carmín pálido de las rosas, semejan las flores de retama astros de oro.

Asoman al cabo los dos gendarmes. Detrás vienen los niños del Hospicio, los colegios las cofradías, las viejas devotas, los viejo devotos. Un Cristo se balancea, llevado en alto por un muñidor. Un fraile rechoncho levanta un complicado emblema, que representa todos los instrumentos de la Pasión. Cuatro robustos mozos, cuyos fornidos miembros hacen reventar las blancas sobrepellices, sostienen con cintas una bandera inmensa, donde duerme inocentemente un cordero. Después, por encima de las cabezas, entre el fulgor de los cirios, semiborrado por la luz del sol, incensarios de plata, suben, bajan, trazando un surco de fuego, dejando una ola de humo espeso, cuya blancura rueda un instante, como un girón desprendido de las sobrepellices de muselina que siguen

La procesión avanza lentamente. Es un ruido sordo de pies, que deja oír el rumor ahogado de las voces. Suena un golpe de címbalo: tocan los platillos. Voces agudas, débiles y delicadas, se pierden en el ancho espacio. Se perciben susurros de labios. Y bruscamente se produce un gran silencio. Ya no es más que un resbalón directo, una capilla ardiente al aire libre. A lo lejos, los tambores redoblan una marcha.

Me acuerdo de los penitentes. Los hay de todos los colores; blancos, grises, azules. Estos últimos se han impuesto la ruda misión de enterrar á los ajusticiados. Cuentan entre ellos á los más ilustres nombres de la ciudad; vestidos con una túnica de sarga azul, cubierta la cabeza con un gorro puntiagudo, abiertos dos agujeros en el velo á la altura de los ojos, su aspecto es realmente imponente. Los agujeros del velo están con frecuencia demasiado separados; los ojos miran biceo, bajo esta careta terrorífica. Al ras de la túnica asoman pantalones gris perla y botinas charoladas.

Los penitentes son la gran curiosidad. Una procesión sin penitentes es como un baile sin música.

El clero viene el último. A veces, van niños con dalmáticas, espigas, trigo sobre cojines, coronas, etc. Los devotos retiran sus sillas, se arrodillan, miran ha-

cia arriba; es que se acerca el palio. Es monumental; colgado de terciopelo rojo, coronado de penachos, en andas sobre bastones dorados. He visto á algunos sub-prefectos llevando esta litera inmensa, donde la religión enfermiza hace que la pascen al sol de Junio. Una banda de niños de coro anda hacia atrás, con incensarios que lanzan á todo vuelo. Sólo se oye la salmodia de los sacerdotes y el argentino ruido de las cadenas de los incensarios.

Es el culto paralítico que se arrastra bajo el cielo azul de las antiguas creencias. Se pone el sol, los fulgores rojizos se extinguen en los tejados: tenue y suave luz se esparce con el crepúsculo, y la procesión se pierde en el límpido ambiente del Mediodía, con voces moribundas, sombra melancólica de una edad que baja al sepulcro. Detrás vienen las autoridades en traje de gala, los tribunales, las facultades, sin contar los mayordomos de fábrica con sus faroles esculpidos y dorados. La visión se desvanece.

Las rosas deshojadas, los botones de oro yacen marchitos en el suelo. Solo sube ya del empedrado el olor acre de todas estas flores marchitas.

A veces la noche sorprenden á la procesión al en-

trar en las calles tortuosas del barrio antiguo. Las blancas sobrepellices parecen vagos y pálidos fantasmas; los penitentes se alejan en fila sombría, á lo largo de las aceras: las llamas de los cirios proyectan en las paredes sombras que bailan, estrellas que avanzan con lentitud. Y ante aquellas cruces, ante aquellas banderas, ante aquel palio, cuyos brazos caídos apenas se distinguen en las tinieblas, se siente en las voces como un estremecimiento de pavor.

Es la hora en que los galopines abrazan á las chicleas. El órgano truena en el fondo de la iglesia; el Dios Grande vuelve á entrar en su casa. Entonces, las jóvenes se retiran con un beso en el cuello y una carta amorosa en el bolsillo.

### III.

Cuando paso por los puentes, en las tardes calurosas del verano, el Sena me llama con grandes voces de amistad. Corre ancho, fresco, con amorosa lentitud, ofreciéndose, retardándose en los muelles. El agua tiene los reflejos de las faldas de moaré. Es una querida dócil, y se experimentan deseos irresistibles de darse un chapuzón.

Los propietarios de baños flotantes, consternados ante las lluvias continuas de Mayo, sudan como unos bienaventurados bajo los rayos abrasadores del sol de Junio. En fin, que el agua está buena. Desde las

seis de la mañana aquello es un jubileo. Los calzoncillos no tienen tiempo de secarse, y por la tarde faltan peñadores.

Me acuerdo de mi primera visita á uno de esos baños, á una de esas grandes tinas de madera, donde los banistas giran como pajas que bailan en el fondo de una cacerola de agua hirviendo.

Llegaba de una aldea, en cuyo pequeño riachuelo me había zambullido libremente, y quedé petrificado ante aquellas artesas, donde el agua toma el olor del hollín. Hacía las seis de la tarde, el baño parece un hormigueo. Hay que calcular dónde se irá á caer para no montarse en una espalda ó sepultarse en un vientre. El agua se llena de espuma; las carnes desnudas la cubren de pálidos reflejos, mientras los lienzos colgados en cuerdas, á guisa de techumbre, dejan caer una claridad dudosa.

El zipizape es espantoso. A cada instante al impetu de un brusco movimiento, el agua salta con un ruido que recuerda el estampido distante del cañón. La gente de buen humor golpea el agua, remedando el tic tac de los molinos, y hay quien se ensaya en tirarse de espaldas, para aumentar la zambra é inundar el establecimiento. Mas nada es esto comparado con el griterio, que trae á la memoria la algazara de los colegios en las horas de recreo. En el agua pura, el hombre vuelve á ser niño. Las personas graves que pasean por los muelles dirigen miradas llenas de es-

panto á aquellas telas volantes, entre las cuales ven dar saltos á grandes diablos desnudos.

Las señoras huyen sin volver los ojos.

He pasado, sin embargo, horas muy agradables en el baño, de madrugada, cuando París duerme todavía. No se ven entonces los hombros puntiagudos, las cabezas calvas, los vientres enormes de por la tarde. El baño está casi desierto. Algunos jóvenes nadan como banistas concienzudos. El agua está más fresca después del sueño de la noche. Es más pura más virgen.

Es preciso ir antes de las cinco; la atmósfera está tibia. Nada tan delicioso como seguir los muelles, mirando al agua con ojos de amante codicioso. Va á ser vuestra. En el baño, el agua duerme. No la despertáis. La tomáis en vuestros brazos silenciosamente. Sentís á la corriente deslizarse á lo largo de vuestro cuerpo, desde la nuca hasta los talones, como una caricia fugitiva.

El sol por Levante se refleja en bandas de color de rosa sobre los lienzos del techo. Después, la piel se estremeca á los besos más vivos del río. Hay que envolverse en unas sábanas, y andar por las galerías. Os creéis en Atenas, con los pies desnudos, el cuello libre, y un ligero manto arrollado á la cintura. El

chaleco, los pantalones, la levita, las botas, el sombrero, están lejos. Vuestros miembros se esponjan á placer, dentro de aquel pedazo de tela. La fantasía os transporta á Grecia, en plena primavera, á la orilla del eterno azul del Archipiélago.

Mas cuando llega el tropel de bañistas es menester huir. Traen el calor del empedrado en los talones. El río no es ya la virgen del amanecer, es la hija de las doce del día, que se entrega á todos, ajada, calenturienta con los abrazos de la multitud.

¡Y cuánta fealdad! Las señoras hacen bien en apresurar el paso al atravesar el muelle. El Museo de Antigüedades, desordenado por la mano de algún artista burlón, no presentaría un aspecto tan cómico y lastimoso.

Terrible prueba para un hombre moderno, para un parisiense, la de desnudarse en público. Las personas prudentes no van nunca á los baños fríos. Me enseñaron allí un día á un consejero de Estado, tan digno de compasión con sus hombros puntiagudos y su pobre vientre chato, que siempre que leí su nombre con motivo de algún asunto grave, no pude contener una sonrisa.

Los hay gruesos, delgados, altos, bajos; unos que sobrenadan como vejigas; otros que se hunden y

parecen fundirse como barras de caramelo. Las carnes se deprimen; los huesos se acentúan; las cabezas se esconden en los hombros ó se levantan sobre cuellos de gallinas desplumadas; los brazos parecen patas por su longitud; las piernas se reúnen como los miembros torcidos de los patos. En unos, todo es nalgas; en otros, todo es vientre; algunos carecen de nalgas y de vientre. Galería grotesca, á cuya vista no se da rienda suelta á la risa por la lástima que inspira. Y es lo malo que estos pobres cuerpos conservan el orgullo del traje negro y del portamonedas, que se han lejado en el vestuario. Unos se pavonean, recogen las puntas de sus sábanas, contoneándose como hacendados que tienen casa propia. Otros andan en su desnudez extravagante, con la dignidad de jefes de oficina que atraviesan por entre su pueblo de empleados. Los más jóvenes se la dan de graciosos, como si estuvieran entre bastidores en algún teatrillo; los más viejos olvidan que se han quitado su corsé y que no están al lado de la chimenea, en casa de la hermosa marquesa de B\*\*\*.

Vi durante toda una estación en los baños de Port Royal á un hombre grueso, redondo como un tonel, rojo como un tomate maduro, que se proponía representar el papel de Alcibíades. Había estudiado los pliegues de su sábana delante de algún cuadro de David. Se creía en el Agora; fumaba con gestos que hubiera envidiado un senador romano, y cuando

se dignaba echarse al Sena, era Leandro, atravesando el Helesponto, para reunirse con su Hero, ¡Pobre hombre! Recuerdo su corto tronco, donde el agua dejaba placas violáceas. ¡Oh fealdad humana!

No, prefero mi riacuelo. Allí no hacen falta calzoncillos. ¿Para qué? Los martin pescadores y aguzanieves no se ruborizan. Buscábamos los remansos, las *hoyas*, como se dice en el Mediodía.

Atravesábamos el arroyo á pie enjuto, saltando sobre gruesas piedras, pero las *hoyas* eran trágicas. Algunas de ellas se tragaban todos los años dos ó tres niños. Para aviso de incantos, se colocaban postes junto á la orilla con atroces y terribles amenazas. Maldita la cosa que nos importaban; los tomábamos por blanco, y frecuentemente sólo quedaba un pedazo de plancha, sostenida por un clavo, que el viento balanceaba.

Por la tarde, el agua estaba abrasando. El sol la caldeaba de tal modo, que era preciso dejar que la enfriase la frescura del crepúsculo. Permanecíamos después en la arena durante horas enteras, luchando, tirando piedras á los postes, cogiendo ranas con las manos en el fango. La noche venía; un suspiro inmenso, un suspiro de alivio pasaba sobre los árboles.

Entonces el baño no tenía fin; cuando nos cansábamos, nos echábamos sin salir del agua, á la orilla, en algún sitio poco profundo, con la cabeza apoyada en algún manojito de hierbas. Y así permanecíamos, sintiendo cómo el agua se deslizaba por nuestra piel, con las piernas flotando, cual si las arrastrase la corriente. Era la hora en que se juzgaba severamente á los pasantes del colegio y en que los deberes del día siguiente volaban como el humo de los primeros cigarros.

¡Buen arroyo, en donde aprendí á hacer la plancha en agua tibia en la cual se veían los pececillos blancos: te amo aún como á una querida infantil! Una tarde nos arrebataste á un camarada en una de esas *hoyas* de que tanto nos burlábamos. Quizá esa mancha de sangre sobre tu verde manto ha dejado en mí estremecimientos de deseo por tu delgado hilo de agua. Hay sollozos en tu cháchara de inocente.

## IV.

Sólo conozco una caza, cuyos encantos tranquilos ignoran los parisienses. Aquí hay liebres y perdices en el campo; no se gasta la pólvora en salvas; se desdeñan las alondras, reservando los tiros para las piezas grandes. En Provenza son raras las liebres y perdices los cazadores persiguen á las currucas y demás pajarillos de las zarzas.

Cuando han matado una docena de becafigos, vuelven muy orgullosos á su hogar.

He recorrido á menudo las tierras labradas durante días enteros para llevar tres ó cuatro andarríos. Me hundía hasta los tobillos en el suelo, movedizo como fina arena. Al anochecer, cuando las piernas se negaban ya á sostenerme, regresaba radiante de gozo.

Si por milagro, salía una liebre á mis pies, la miraba correr con santo asombro; hasta tal punto me sorprendía encontrar piezas tan enormes. Me acuerdo de que una mañana vi levantarse junto á mí un bando de perdices; me quedé como alélado ante aquel extraordinario batir de alas, y disparé á la casualidad, acribillando con los perdigones un poste telegráfico.

Por otra parte, confieso sin rubor que he sido siempre un tirador detestable. Si no he matado mal los gorriones, nunca he podido derribar una golondrina.

De aquí, sin duda, el que prefiera la caza al puesto. Imagínate, Ninon, una especie de construcción redonda, hundida en la tierra, elevándose apenas un metro sobre el suelo. Esta cabaña, formada de piedras, se cubre con tejas, que se disimulan del mejor modo posible con los tallos y hojas de las enredaderas. Se creería que era un resto de torreón-

cillo arrasado hasta los cimientos, y oculto en la hierba.

En lo interior, la estrecha pieza recibe luz por saeteras, provistas de vidrios movibles. El reducto tiene de ordinario una chimenea y algún armario; hasta he conocido un puesto donde había diván. Alrededor de la puerta se plantan estacas con ramas secas, donde se cuelgan los reclamos, los pájaros prisioneros encargados de llamar á los pájaros libres.

La táctica es sencilla. El cazador, sentado tranquilamente, espera fumando su pipa. Observa las estacas, y cuando un pájaro se posa sobre alguna de ellas, coge su escopeta con gran calma, la apoya en la aspillera, y dispara casi á boca de jarro. Los provenzales no cazan de otro modo las aves de paso: las codornices en Agosto, y los zorzales en Noviembre.

Partía á las tres de la mañana, con el frío glacial de Noviembre. Tenía que andar una legua, de noche, cargado como un mulo; porque hay que llevar los reclamos, y te aseguro que tantas jaulas no se transportan fácilmente en un país de colinas, yendo por senderos muy poco trillados. Se colocan las cajas en largos bastidores de madera, donde se sujetan y juntan por medio de bramantes.

Cuando llegaba al sitio, era aún de noche; la me-

seta se extendía, profunda, agreste, semejante á un mar de sombras, con sus matorrales espesos que se perdían en el horizonte. Oía en torno mio, en las tinieblas, el murmullo que se produce en las copas de los pinos, esa gran voz confusa que imita los lamentos de las olas. Tenía entonces quince años, y no me sentía siempre muy tranquilo. He aquí ya una emoción, un placer amargo.

Pero no había que perder tiempo. Los tordos son madrugadores. Colgaba mis jaulas, me encerraba en mi puesto.

Era aún muy temprano. No distinguía las ramas de las estacas. Y, sin embargo, oía sobre mi cabeza el agudo silbido de los tordos. Estos diablitos de pájaros viajan por la noche, refunfuñaba; encendía un gran fuego, que brillaba rojo sobre la ceniza. Desde el punto que comienza la caza, es preciso que no salga del puesto la menor ráfaga de humo. Las aves se espantarían. Esperaba el día asando chuletas en las brasas.

E iba de aspillera, en aspillera, espiando el menor fulgor pálido. Nada aún: los brazos desolados de las estacas se divisaban vagamente. Tenía yo mala vista; temía disparar sobre la punta ennegrecida de alguna rama, como más de una vez me ocurriera. No me fiaba únicamente de mi vista; escuchaba. En el silencio resonaban mil ruidos, esos susurros, esos suspiros profundos de la tierra, cuando despierta. Oía el cla-

mor de los pinos, y parecíame que una bandada innumerable de pájaros iba á abatirse sobre el puesto, chillando furiosamente.

Pero las nubes tomaban un tinte lechoso. Sobre el claro ambiente, las estacas cortaban el espacio con irregular energía. Entonces todas mis facultades se concentraban. Permanecía encogido de ansiedad.

¡Qué impresión en el estómago cuando bruscamente veía en una rama la larga silueta de algún tordo. Este se retiraba como saludando al primer rayo de sol, y vuelto á él los ojos, permanecía derecho, recreándose en aquel baño de luz matinal. Tomaba la escopeta con precauciones infinitas, no fuera á chocar con la pared el cañón ó la culata. Tiraba; el pájaro caía. No iba á cogerlo; hubiera podido espantar á otras víctimas.

Y volvía á mi espera, con la calma del jugador que ha acertado una vez y no sabe lo que la suerte le reserva. Todo el placer de esta caza consiste en lo imprevisto, en la mejor ó peor voluntad con que los pájaros acudan á hacerse matar. ¿Se parará otro tordo? Temeroso problema. Por lo demás, yo no era descontentadizo. Cuando no había tordos, tiraba á los pinzones.

Vuelvo á ver hoy el puestecito, al borde de la

gran meseta desierta. Viene de las colinas el fresco aroma del tomillo y del espliego. Los reclamos silban dulcemente entre el gran susurro de los pinos. El sol muestra en el horizonte un mechón de sus cabellos llameantes, y sobre una estaca se ve, en la blanca claridad, un tordo inmóvil.

Id á correr las liebres y no os riáis, porque hariais que mi tordo emprendiera el vuelo.

## V

Tengo dos gatas. La una, Francisca, es blanca como alborada de Mayo. La otra, Catalina, es negra como noche tempestuosa.

Francisca tiene la cabeza ovalada, la cara sonriente de una europea. Sus grandes ojos de un verde pálido llenan su rostro. Su nariz y sus labios de rosa parecen teñidos de carmín. Se creería que se pinta como una virgen enamorada de su cuerpo. Reluciente, regordeta, parisiense hasta la punta de las uñas. Se balancea al andar, toma posturas graciosas, levanta el rabo con el movimiento nervioso de una señorita que se recoge la cola del vestido.

Catalina tiene la cabeza puntiaguda y fina de una diosa de Egipto. Los ojos, amarillos como limas de oro, tienen la fijeza, la dureza impenetrable de las pupilas de un ídolo bárbaro. En las comisuras de sus delgados labios está estereotipada la eterna ironía

silenciosa de las esfinges. Cuando se sienta sobre sus patas traseras, con la cabeza alta é inmóvil, es una divinidad de mármol negro, el gran Pacht hierático de los templos de Tebas.

Pasan ambas el día entero en la arena rojiza del jardín. Francisca se revuelca con el vientre al sol, lamiéndose las manos con la delicadeza de una coquetilla que se las lava con jabón de almendras dulces. Se adivina en su aire ligero y mundano que no tiene tres ideas en la cabeza.

Catalina piensa. Piensa, mirando sin ver, penetrando con sus miradas en el mundo desconocido de los dioses. Durante horas permanece derecha, implacable, sonriendo con su extraña sonrisa de animal sagrado.

Cuando acarició á Francisca con la mano, arquea el lomo, lanzando un maullido ligero de beatitud. ¡Es tan feliz con que se ocupen de ella! Alza la cabeza con movimientos cariñosos; me devuelve mi halago frotando su nariz en mis mejillas. Su pelo se estremece; su cola ondula con lentitud, y acaba por caer en dulce desmayo, con los ojos cerrados, roncando suavemente.

Cuando quiero acariciar á Catalina, evita mi mano. Prefiere vivir solitaria, sumida en su éxtasis religioso. Tiene el pudor de una diosa, á quien irrita y hiere

gran meseta desierta. Viene de las colinas el fresco aroma del tomillo y del espliego. Los reclamos silban dulcemente entre el gran susurro de los pinos. El sol muestra en el horizonte un mechón de sus cabellos llameantes, y sobre una estaca se ve, en la blanca claridad, un tordo inmóvil.

Id á correr las liebres y no os riáis, porque hariais que mi tordo emprendiera el vuelo.

## V

Tengo dos gatas. La una, Francisca, es blanca como alborada de Mayo. La otra, Catalina, es negra como noche tempestuosa.

Francisca tiene la cabeza ovalada, la cara sonriente de una europea. Sus grandes ojos de un verde pálido llenan su rostro. Su nariz y sus labios de rosa parecen teñidos de carmín. Se creería que se pinta como una virgen enamorada de su cuerpo. Reluciente, regordeta, parisiense hasta la punta de las uñas. Se balancea al andar, toma posturas graciosas, levanta el rabo con el movimiento nervioso de una señorita que se recoge la cola del vestido.

Catalina tiene la cabeza puntiaguda y fina de una diosa de Egipto. Los ojos, amarillos como limas de oro, tienen la fijeza, la dureza impenetrable de las pupilas de un ídolo bárbaro. En las comisuras de sus delgados labios está estereotipada la eterna ironía

silenciosa de las esfinges. Cuando se sienta sobre sus patas traseras, con la cabeza alta é inmóvil, es una divinidad de mármol negro, el gran Pacht hierático de los templos de Tebas.

Pasan ambas el día entero en la arena rojiza del jardín. Francisca se revuelca con el vientre al sol, lamiéndose las manos con la delicadeza de una coquetilla que se las lava con jabón de almendras dulces. Se adivina en su aire ligero y mundano que no tiene tres ideas en la cabeza.

Catalina piensa. Piensa, mirando sin ver, penetrando con sus miradas en el mundo desconocido de los dioses. Durante horas permanece derecha, implacable, sonriendo con su extraña sonrisa de animal sagrado.

Cuando acaricié á Francisca con la mano, arquea el lomo, lanzando un maullido ligero de beatitud. ¡Es tan feliz con que se ocupen de ella! Alza la cabeza con movimientos cariñosos; me devuelve mi halago frotando su nariz en mis mejillas. Su pelo se estremece; su cola ondula con lentitud, y acaba por caer en dulce desmayo, con los ojos cerrados, roncando suavemente.

Cuando quiero acariciar á Catalina, evita mi mano. Prefiere vivir solitaria, sumida en su éxtasis religioso. Tiene el pudor de una diosa, á quien irrita y hiere

todo contacto humano. Si logro colocarla en mis rodillas, se agazapa, alarga la cabeza, está alerta, pronta á escapar de un salto. Sus nerviosos miembros, su delgado cuerpo, permanecen inertes bajo mis dedos que la acarician. No se digna descender á la alegría del amor de un mortal.

Así, pues, Francisca es una hija de París, Loreta ó Marquesa, criatura ligera y encantadora, que se vendería por un elogio á su traje blanco; y Catalina es la hija de alguna ciudad en ruinas, que está no sé dónde, allá abajo, donde nace el sol. Pertenecen á dos civilizaciones diferentes: muñeca moderna, ídolo de cera, nación muerta.

¡Ah, si pudiese leer en sus ojos! Las tomo en brazos, las miro fijamente para que me cuenten sus secretos. No pestañean, y son ellas las que me estudian á mí. Nada leo en la transparencia de sus ojos, que se abren como agujeros sin fondo, como pozos vidriosos de claridad pálida, donde nadan chispas ardientes.

Y Francisca ronca con más ternura, mientras los ojos amarillos de Catalina me atraviesan como hojas de acero.

Ultimamente Francisca ha dado á luz. Esta atolon-

drada tiene excelente corazón. Cuida con exquisita ternura al gatito que se le ha dejado. Lo coge delicadamente por el cuello y lo pasea por todos los rincones de la casa.

Catalina la observa sumida en profundas reflexiones. El gatito le interesa. Toma, al mirarlo, actitudes de filósofo antiguo, que piensa en la vida y muerte de las criaturas, construyendo en su imaginación todo un sistema de filosofía.

Ayer, mientras la madre había salido, se puso en cuclillas delante del pequeño. Le olió, le volvió con la pata. Después, bruscamente, se lo llevó á un rincón oscuro. Allí, creyéndose bien resguardada, se plantó delante del gatito, con los ojos brillantes y el lomo erizado, como una sacerdotisa que se apresta á hacer un sacrificio. Iba, según creo, á destrozar de una dentellada la cabeza de la víctima, cuando me apresuré á intervenir y á echarla. Al huir, ágil, silenciosa, me dirigió diabólicas miradas.

Pues bien: yo prefiero á Catalina; la amo, porque es pérfida y cruel como una bestia del infierno. ¿Qué me importan las gracias ligeras de Francisca, sus

muecas deliciosas, sus actitudes de coqueta? Todas las hijas de Eva tienen su blancura y sus halagos. Mas no he encontrado ninguna hermana de Catalina, criatura perversa y fría, ídolo negro que vive en el eterno pensamiento del mal.

## VI.

Las rosas de los cementerios extienden sus anchas hojas, de una blancura de leche ó de un rojo sombrío. Las raíces beben en el fondo de los ataúdes la palidez de los senos virginales, el brillo sangriento de los corazones llagados. Esta rosa blanca debe su vida á una niña, muerta á los diez y seis años; aquella roja es la última gota de sangre de un hombre que cayó en la lucha.

¡Oh flores espléndidas, flores vivientes, donde hay algo de nuestros muertos!

En el campo, los ciruelos y los albaricoques elevan gallardamente sus ramas á espaldas de la iglesia, á lo largo de los muros ruinosos del pequeño cementerio. El sol dora los frutos: el aire comunica sabor exquisito. Y el ama del cura hace con ellos dulces que tienen fama en diez leguas á la redonda. Los he comido; nada hay que se les pueda comparar.

Conozco uno de esos cementerios de aldea, donde hay groselleros soberbios, altos como árboles. Las grosellas rojas parecen, entre las hojas verdes, ramas de cerezas. He visto al sacristán, por la mañana, con un panecillo debajo del brazo, desayunarse tranquilamente, sentado en el filo de alguna losa funeraria. Le rodeaba una banda de gorriones. Cogía las grosellas, y echaba migas á los pájaros; unos y otro comían con gran apetito al lado de los muertos.

La hierba crece lozana y tupida. En un rincón, las amapolas se extienden en roja alfombra. El aire sopla en grandes ráfagas, trayendo de la llanura el buen olor del heno recién cortado. Al mediodía las abejas zumban al sol, las lagartijas grises permanecen inmóviles, con la boca abierta, bebiendo la luz, al borde de sus agujeros. Los muertos tienen calor; aquello no es ya un cementerio; lo invade la vida universal; el alma de los muertos pasa á los troncos de los árboles; el ayer y el mañana se funden en un beso. Las flores son las sonrisas de las jóvenes; los frutos, la recompensa del trabajo de los hombres.

Allí no es crimen el coger las violetas y las amapolas. Los niños acuden á hacer ramos con ellas. El cura no se incomoda cuando se suben á los ciruelos. Los ciruelos son del cura, pero las flores son de todo el mundo. A veces es preciso segar el cementerio; la hierba está tan alta, que oculta las cruces de madera; entonces, un jumento que pertenece al

cura se come el forraje. La aldea no halla en esto ningún mal; ninguno de los feligreses acusa al juicio de morder el alma de los muertos.

Mathurina había plantado un rosal en la tumba de su prometido, y todos los domingos del mes de Mayo iba á cortar una rosa, que prendía en su jubón. Pasaba el día aspirando el aroma de su amor desaparecido. Cuando bajaba los ojos, creía que su novio la sonreía.

Me gustan los cementerios en los días de sol claro. Voy á ellos con la cabeza desnuda, olvidando mis odios; como á una ciudad santa donde todo es amor y perdón.

Una de estas últimas mañanas me encaminé al Père Lachaise. Las filas de blancas tumbas se destacaban en la limpidez azul del horizonte. Masas de árboles se alzaban en la colina, dejando ver, por entre el encaje, aun naciente, en sus hojas, los soberbios sepulcros, los grandes mausoleos. La primavera es compasiva con los campos desiertos, donde reposan nuestros muertos bien amados; cubre de blanco césped las alamedas que recorren pausadamente las jóvenes viudas; blanquea los mármoles con su luz alegre y pura. A lo lejos se asemeja el cementerio á verde ramo gigantesco, salpicado aquí y allí de ma-

nojos de flores de espinos blancos. Las tumbas son como las flores de la hierba y del follaje.

Me interné con paso lento por las calles de árboles. El silencio era imponente. ¡Qué aromas tan penetrantes! ¡Qué ráfagas, venidas no se sabe de dónde, templadas como alientos acariciadores de mujeres que no se ven! Se siente que todo un pueblo duerme en aquella tierra que se conmueve y queja bajo el pie del transeunte.

Se escapa de cada arbusto, de cada hendedura de las losas, una respiración regular y dulce como la de un niño, que flota á ras de suelo, con la paz inefable del último sueño.

Muchos inviernos han pasado sobre el busto de Musset. Lo he encontrado más pálido, más enfermizo. Las últimas lluvias le han vestido de nuevo. Un rayo de sol que cae de un árbol vecino, ilumina con viva claridad el perfil fino y nervioso del poeta. Este medallón, con su eterna sonrisa, tiene un encanto que entristece.

¿A qué atribuir el extraño poder que Musset ha ejercido en mi generación? Hay pocos jóvenes que, después de haberlo leído, no hayan conservado en su corazón una dulzura eterna. Y sin embargo, Musset no nos enseñó á vivir ni á morir; cayó al paso; sólo

pudo, en su agonía, levantarse de rodillas para llorar como un niño. No importa; le amamos; le amamos verdaderamente, como se ama á una querida que nos fecunda el corazón, martirizándolo.

Y es que Musset lanzó el grito de desesperación del siglo; es que fué el más joven, el que más padeció de todos nosotros.

El sauce que manos piadosas plantaron delante de su tumba está siempre lánguido. Nunca este sauce, á cuya sombra quiso dormir, ha crecido vigoroso y libre, en la fuerza de la savia. Sus hojas amarillas cuelgan tristemente; sus ramas se inclinan hacia el suelo. Quizá sus raíces van á beber en el corazón del muerto todas las amarguras de una vida derrochada.

Permanecí pensativo largo rato. Allá abajo zumbaba París. En el cementerio, el grito de algún pájaro, el susurro de algún insecto, el chasquido de una rama que se rompía súbitamente. Después, silencio profundo, en medio del cual se oía mejor el respirar de las tumbas. Sólo un vecino del barrio, algún modesto rentista sin duda, avanzaba suavemente por la alameda, en zapatillas, con las manos á la espalda, como honrado individuo de la clase media que aspira las primeras brisas tibias.

Mis recuerdos se despertaban. Me hablaban de mi

juventud, de la época feliz en que recorría los senderos de mi querida Provenza. Musset era entonces mi compañero. Le llevaba en el bolsillo; y detrás de la primera zarza, soltaba mi escopeta sobre la hierba, me sentaba, y leía al poeta, á la sombra ardiente del Mediodía, perfumada con el aroma de la salvia y del tomillo.

Le debo mis primeras penas y mis primeras alegrías. Hoy aún, en la pasión de análisis exacto que me devora, cuando me suben al rostro oleadas repentinas de juventud, pienso en este desesperado, y le agradezco haberme enseñado á llorar.

## VII.

¡Mayo, mes de las flores, mes de los nidos! El sol sonríe discretamente, y quiero creer en el sol. Me lanzo á la calle á gozar de la alegre mañana, atento sólo á la alegría de los gorriones.

Si esta tarde llueve, perdóneme el cielo mi canto de alegría que saluda á la primavera.

En el parque de Monceau, una joven casada, que iba á ser madre, se había sentado delante de un prado. Llevaba traje de seda gris. Sus manecitas enguantadas, los encajes de la falda y chaqueta, la

delicada palidez de su rostro, demostraban la elegante y rica ociosidad de su vida. Era uno de los seres dichosos de este mundo.

La joven contemplaba dos gorriones que saltaban airosamente en la hierba. Uno detrás de otro, venían a coger tallitos, pajitas, y volaban á un árbol inmediato. Construían su nido. La hembra cogía delicadamente las briznas de hierbas, las trenzaba con los materiales ya reunidos, y luego los aplastaba con el peso tibio y palpitante de su cuerpos. Era un ir y venir furtivo, una obra de amor en que la ternura suplía á la fuerza.

La desconocida vestida de seda gris miraba á los dos amantes tan solícitos en preparar la cuna de sus hijos. Aprendía la ciencia de los pobres, que sólo tienen un puñado de paja y el calor de sus caricias para proteger á sus pequeños contra el frío de la noche.

Se sonrió con triste dulzura, y á través de sus ojos pensativos, creí leer en su mente:

«¡Ay! Soy rica; no puedo gozar de la alegría de estos pájaros. Un ebanista construye en este momento la cuna de palo de rosa, en que una nodriza normanda ó picarda mecerá á mi hijo; una fábrica teje las telas de lana ó hilo que harán entrar en calor sus miembros delicados. Una obrera prepara la canastilla. Una matrona prodigará los primeros cuidados al recién nacido. Sólo á medias seré la madre

del querido niño; le echaré desnudo al mundo; no seré la única acreedora á su agradecimiento. Y estos pajarillos construyen la cuna, tejen y cosen, lo crean todo por un milagro de amor; convierten en tibio lecho el primer agujero que encuentran. La ternura que les guía en su trabajo es envidiada por las jóvenes madres.»

En el campo los nidos brotan naturalmente en los vallados y en los árboles, como flores vivientes. Se abren, se despliegan al primer rayo de sol. Dejan escapar gorjeos á la hora en que los espinos blancos exhalan sus aromas.

Los pinzones y los jilgueros, eligen los arbustos; los cuervos y las urracas se encaraman á las más altas ramas de los álamos; las alondras y las curruacas anidan en el suelo, en los trigos y las zarzas. Todos estos amantes, celosos de su ternura, necesitan el gran silencio de los campos. Bien sé que hay miserables que violan los nidos para desplumar las crías ó comerse los huevos en tortilla. Por eso los pájaros se ocultan más cada año; huyen al desierto.

Únicamente las golondrinas y los gorriones se atreven á confiar sus amores á las paredes y árboles de París. Viven, aman entre nosotros. Tenemos también canarios enjaulados que anidan é incuban. Pero, ¡qué amores tan tristes! Parece que estos canarios se han casado ante el juez municipal. Su unión forzada, su vida entre alambres, es tonta como el matrimonio.

Sus crías, torpes y tristes, no dan nunca los libres aletazos de los hijos del amor.

Es preciso ver á los gorriones libres, en los agujeros de los antiguos muros; á las golondrinas en las repisas de las chimeneas. Estos sí que se aman y conciben á la luz del sol; no hay entre ellos más que casamientos de inclinación.

Las golondrinas convierten á París en su estación de verano. Al llegar, visitan las cunas vacías que abandonaron al sentirse los primeros fríos. Reparán la casa ruinosa; la consolidan, la visten de plumón. Y los poetas y los enamorados que pasan, abiertos el corazón y el oído, oyen los gritos de ternura de las pequeñas crías dominando el ruido de los carruajes.

Pero el verdadero hijo de París, el pilluelo del aire, es el gorrión libre, que lleva la blusa gris del obrero. Es popular, burlón, desvergonzado; su grito parece un remedo; su batir de alas una mueca; en los movimientos de su cabeza hay un no sé qué de truhanesco y agresivo.

Prefiere las alamedas llenas de polvo, los boulevares abrasados, á las frescas sombras de Meudon y de Montmorency. Le gusta el zipizape de las calles: bebe en el arroyo, come pan, y se pasea tranquilamente por las aceras. Ha dejado los campos, en

que se fastidiaba en compañía de animales tontos é incivilizados, para venir á vivir entre nosotros, alojándose bajo nuestras tejas, alumbrándose por las noches con la luz del gas, y haciendo durante el día sus pequeños negocios en la calle, como paseante ú hombre ocupado.

El gorrión es un parisiense que no paga contribución. Es el titi de la nación alada, y experimenta verdadera debilidad por el alajú y la civilización moderna.

En los jardines públicos, sobre todo en el mes de Mayo, debe estudiarse el atrevimiento y la diligencia de los gorriones. Hay gentes que van al Jardín de Plantas para estacionarse delante de las verjas y contemplar los animales encerrados. Si visitáis algún día la casa de fieras, mirad los pájaros sueltos, los gorriones que vuelan al aire libre.

Los gorriones entonan junto á las jaulas cantos de triunfo. Celebran en alta voz su libertad. Entran por entre las rejas impunemente; las llenan con su vuelo; son la eterna desesperación de los animales cautivos; roban las migajas de pan á los monos y á los osos; los primeros les amenazan con el puño; los segundos protestan con balanceos de cabeza, llenos de impaciencia desdeñosa. Los gorriones escapan. Son la cria-

tura libre y alegre en aquel arca donde el hombre pretende encerrar á la creación.

En Mayo, los gorriones del Jardín de Plantas construyen sus nidos bajo las tejas de las casas inmediatas. Son más carinosos; procuran quitar una hebra de lana ó de crin de la piel de los animales. Cierta día vi que un león alargaba su poderosa cabeza sobre las patas extendidas, mirando á un gorrión que saltaba atrevidamente por entre los barrotes de su jaula. El feroz animal tenía los ojos entornados en actitud de meditación triste y penosa; pensaba, sin duda, en los desiertos sin fin, y dejó que el gorrión le arrancara un pelo rojo de su pata.

## VIII.

He ido á los Mercados una de estas últimas madrugadas. París tiene pocos atractivos tan de mañana. Aún no ha comenzado su tocado. Se parece á un vasto comedor, aún templado aún pringoso desde la cena de la víspera; los huesos ruedan por el suelo; los desperdicios están amontonados sobre el mantel. La familia se fué á la cama sin levantar la mesa, y solo al día siguiente la criada da cuatro escobazos y pone manteles limpios para el desayuno.

En los mercados la batahola es enorme. Es la despensa colosal donde se encierra al alimento de todo París. Cuando éste abra los ojos, tendrá ya el vien-

tre lleno. A la claridad indecisa de la mañana, entre el murmullo de la multitud, se ven colgar cuartos rojos de carne, cestos de peces, cuyas escamas brillan al sol con resplandores argentinos; montañas de legumbres, que salpican la sombra de manchas blancas y verdes. Es un desplome de comestibles, de carretas vaciadas sobre el pavimento, de cajas volcadas; de sacos abiertos que dejan caer su contenido; una marea creciente de huevos, de frutas, de aves, que amenaza invadir las calles inmediatas é inundar á París entero.

Avanzaba curiosamente por en medio de esta confusión, cuando vi á unas mujeres que hundían sus manos en anchos montones de color negruzco extendidos en el suelo. Bailaba el fulgor de los faroles, y creí al principio que se trataba de desperdicios de carne que se vendían con rebaja.

Me aproximé; me había equivocado. Aquellos montones eran manojos de rosas.

Toda la primavera de las calles de París se arrastra sobre ese suelo fangoso entre los comestibles de los Mercados. Los días solemnes, la venta comienza á las dos de la mañana. Los jardineros de las afueras traen sus flores en grandes ramos, que tienen un precio corriente según la estación, como los nabos y las horta-

lizas. Esta venta se efectúa por la noche. Los revendedores, los mercaderes al por menor, meten los brazos hasta los codos en las carretadas de rosas; parece que ejecutan una mala acción: parece que mojan sus manos en algún baño sangriento.

Es cuestión de tiempo. Los bueyes abiertos en canal que chorrean sangre, serán lavados y adornados con guirnaldas de flores artificiales; las rosas que se pisotean, montadas en mimbres, despedirán suave aroma entre su collar de hojas verdes.

Me detuve ante estas pobres flores moribundas. Estaban húmedas aún, atadas brutalmente con cuerdas que cortaban sus tallos delicados. Conservaban todavía el olor fuerte de las coles en cuya compañía habían venido. Y había algunos ramos rodando por el suelo que agonizaban.

Cogí uno de estos ramos; se hallaba lleno de fango por un lado; se le lavará en un cubo de agua, y recobrará su aroma delicado. Algunas manchas de lodo que acaso queden en el fondo de los pétalos, demostrarán únicamente su visita al arroyo. Los labios que le besen por la tarde serán quizá menos puros que él.

Entonces, en medio del abominable estruendo de los Mercados, recordé el paseo que di contigo, Ninon, hará unos diez años. Nació la primavera; las tiernas

hojas brillaban al claro sol de Abril. El senderito que seguía la costa estaba limitado por extensos campos de violetas. Al pasar, se sentía subir grato aroma, que ponetraba y enlanguidecía el alma.

Te apoyaste en mi brazo; estabas rendida; te adormecía el amor bajo la influencia del oloroso ambiente. El campo estaba luminoso y los mosquitos volaban en los rayos del sol. El silencio era inmenso. Nuestro beso fué tan discreto, que no asustó á los pinzones que nos espían desde los cerezos en flor.

Al revolver un recodo del camino, vimos en una pradera á algunas viejas encorvadas que cogían violetas, y las echaban en grandes cestos. Llamé á una de ellas.

—¿Quiere V. violetas? (me preguntó) ¿Cuántas? ¿Una libra?

Vendía sus flores por libras; huímos desolados; creímos ver á la primavera abriendo en la poética campiña una tienda de comestibles. Me deslicé por encima del vallado, y robé algunas violetas macilentas, que tuvieron para tí nuevo atractivo. Pero he aquí que en el bosque, en lo más escondido, sobre una eminencia, crecían violetas, violetas muy pequeñas, muertas de miedo, que trataban de ocultarse bajo las hojas con mil astucias.

Tiraste en el acto las violetas robadas, aquellas tontas de violetas que crecían en campos labrados y se vendían por libras. Querías flores libres, hijas del

rocío y del sol de levante. Durante dos horas estuve rebuscando en la hierba. En cuanto encontraba una flor, corría á vendértela. Tú me la comprabas con un beso.

Y pensaba yo en esas cosas lejanas, entre los olores, ante el ruido ensordecedor de los Mercados, mirando las pobres flores muertas en el empedrado. Me acordaba de mi amante y de aquel ramo de violetas secas que tengo en casa, en el fondo de un cajón. Conté, al volver, estas pobres flores ajadas. Había veinte, y sentí sobre mis labios la dulce quemadura de veinte besos.

## IX.

He visitado un campamento de bohemios establecido enfrente del puesto de guardia de la puerta de Saint-Ouen. Estos salvajes deben reirse mucho de la tontería de esta ciudad, que tanto se molesta por ello. Me ha bastado seguir á la multitud; todo el distrito se agrupaba en torno de sus tiendas, y he pasado la vergüenza de ver á gentes, cuyo aspecto no es de imbéciles del todo, llegar en coche descubierto y acompañadas de lacayos con libreas.

Quando este pobre Paris experimenta alguna cu-

riosidad, no le duelen prendas. He aquí el caso de los bohemios de que se trata. Habían venido para componer cacerolas y calderos. Pero al observar desde el primer día la turba de granujas que les miraba, comprendieron con qué clase de población tenían que habérselas. Se apresuraron, pues, á abandonar los calderos y cacerolas. Viendo que se les consideraba como un espectáculo curioso, consintieron con burlona condescendencia en exhibirse á dos sueldos la entrada. Una empalizada rodea el campamento, y hay dos hombres colocados junto á dos aberturas muy estrechas, recogiendo las ofrendas de las señoras y caballeros que quieren visitar la pocilga. Es un tropel, una irrupción de espectadores. Ha sido preciso enviar agentes de orden público. Los bohemios vuelven á veces la cabeza para no reirse en las narices de los tontos, que, en su apresuramiento, les echan monedas de plata.

Yo me los figuré por la noche, cuando ya no quedaba nadie, contando la colecta. Han atravesado toda Francia entre los sofiones de los campesinos y la desconfianza de los guardas de campo. Llegan á Paris con el temor de que se les encierre en el fondo de alguna mazmorra, y se despiertan en medio de este sueño dorado de un pueblo de damas y caballeros que se extasia delante de sus andrajos. ¡Ellos, ellos, á quienés se arroja de ciudad en ciudad! Me parecen verlos alzarse en el talud de las fortificaciones, en-

vueltos en sus harapos y lanzar una gran carcajada de desprecio sobre París dormido.

Dentro de la empalizada hay siete u ocho tiendas, colocadas de modo que dejan entre sí como una especie de calle. Detrás de ellas, caballos físicos, pequeños y nerviosos, pacen la hierba chamuscada. Bajo jirones de viejos cobertizos se ven las ruedas bajas de los carros.

En el interior reina un hedor insoportable de suciedad y de miseria. El suelo está ya reducido a polvo, desmoronado, putrefacto. Sobre la empalizada se han expuesto al aire jergones, mantas descoloridas, colchones cuadrados en que dos familias deben dormir cómodamente; todo el menaje de un hospital de leprosos puesto a secar al sol. En las tiendas levantadas al uso árabe, muy altas, y abriéndose como las colgaduras de un lecho, hay amontonados harapos, banquillos, objetos que carecen de forma y de color, y duermen allí sobre una densa capa de grasa, de tonos vigorosos, propios para entusiasmar a un pintor.

He creído reconocer la cocina al extremo del campamento, en una tienda más estrecha que las otras. Había allí algunas marmitas de hierro y trévedes: hasta me ha parecido ver un plato. Por otra parte, ni la menor sombra de fuego. Las marmitas sirven quizá para preparar el potaje del sábado.

Los hombres son altos, fuertes, tienen la cara re-

donda y los cabellos muy largos, formando bucles, de un negro brillante y aceitoso. Van vestidos con todos los guñapos recogidos en el camino. Uno de ellos se paseaba embozado en una cortina de cretona con grandes ramos amarillos. Otro llevaba una chaqueta, que debía ser un frae al que se había cortado la cola. Muchos ostentaban faldas de mujer. Todos se sonreían, con sus largas barbas, caras y sedosas. Para cubrirse la cabeza, parecían preferir la copa de algún sombrero viejo de fieltro, que habían convertido en casquete, quitándole las alas.

Las mujeres son también altas y robustas. Las viejas, enjutas, horrorosas; en su negra desnudez y con sus cabellos sueltos, parecen hechiceras cocidas al fuego del infierno. Entre las jóvenes las hay muy hermosas, bajo su capa de grasa; la tez cobriza, con grandes ojos negros de extremada dulzura. Estas se hacen las coquetas: sus cabellos colgaban por detrás de las orejas en dos gruesas trenzas, atadas entre sí con cintas de color rojo. Con sus faldas chillenas las espaldas cubiertas de un chal anudado á la cintura, y en la cabeza un pañuelo que sujetaban sobre su frente, se las creería reinas barbaras caídas de su trono.

Y los niños, todo un rebaño de niños, bullía sin cesar.

Había uno en camisa, con un chaleco larguísimo de hombros, que le golpeaba las pantorrillas, tenía en

la mano un hermoso escarabajo azul. Otro, muy pequeño, de dos años a lo más, desnudo completamente, se paseaba muy grave entre las risas estrepitosas de las muchachas del barrio; y estaba tan sucio el pobre niño, tan verde y tan rojo, que se le hubiera tomado por un bronce florentino, por una de esas encantadoras figuritas del Renacimiento.

Toda la horda permanecía impasible ante la ruidosa curiosidad de la multitud. Hombres y mujeres duermen bajo las tiendas; una madre tenía el seno al aire, moreno como una calabaza ennegrecida por el uso; daba de mamar a un pequesuelo tan rojizo, que se hubiese dicho que era de cobre. Otras mujeres en corchillas, miraban seriamente á estos extraños parisienses que escarban con avidez en el fango. Pregunté á una de ellas lo que pensaba de nosotros; se sonrió débilmente sin contestar.

Una hermosa joven de veinte años se paseaba entre los budoques, sobejeando á las damas de sombrero y traje de seda, á las cuales ofrecía decirles la buena ventura. La vi funcionar. Tomó la mano de una señorita, escondiéndola en la suya con tantas zalamerías, que la mano acabó por abandonarse á ella. Entonces dió á entender que era preciso poner una moneda en la mano; no bastaba una moneda de cincuenta céntimos; quiso dos, y aun hablaba de cinco francos.

Al cabo de algunos momentos, después de haberle

prometido larga vida, hijos, mucha felicidad, cogió las dos monedas, hizo con ellas la señal de la cruz sobre el borde del sombrero de la joven, y á la palabra *amén*, las echó en su bolsa, una bolsa hinchada, donde entrevi algunos puñados de monedas de plata. Es verdad que vende un talismán: reme con los dientes un pedacito de una substancia rojiza, que parece ser corteza seca de naranja; la envuelve en la punta del pañuelo de la persona á quien acaba de decir la buena ventura; después, recomienda que se la añada pan, sal y azúcar. Esto debe impedir todas las enfermedades y conjurar el mal espíritu.

Y la hechicera desempeña su papel con pasmosa gravedad. Si alguien se guarda alguna de las monedas que tiene en la mano, jura que sus buenos deseos se convertirán en males espantosos. Esto es ingenuo, pero el gesto y el acento son excelentes.

En la pequeña ciudad provenzal donde me crié, se tolera á los bohemios, pero éstos no despiertan tanta curiosidad. Se les acusa de comer los gatos y perros que se pierden, lo cual es causa de que los buenos vecinos los miren de soslayo. Las gentes elegantes vuelven la cabeza cuando pasan a su lado.

Llegan con su casa portátil, y se instalan en algún rincón abandonado de los arrabales. Ciertos sitios están habitados todo el año por tribus de niños harapientos, hombres y mujeres tendidos al sol. He visto entre ellos criaturas hermosísimas. Nosotros, los ga-

lopines, que no experimentábamos la repugnancia de las gentes elegantes, íbamos á mirar al fondo de los carros donde esos infelices duermen en el invierno. Y me acuerdo que un día, sintiendo oprimido mi corazón por una grave pena de escolar, me figuré que montaba en uno de esos carros que partían, y acompañando á las altas y hermosas jóvenes, cuyos ojos negros me daban miedo, me iba muy lejos, al fin del mundo, rodando siempre por los caminos.

## X.

Un joven químico, amigo mío, me dijo una mañana:

—Conozco a un viejo sabio que se ha retirado á una casita del boulevard del Infierno para estudiar en paz la cristalización de los diamantes. ¿Quieres venir á verlo?

Acepté con secreto terror. Un hechicero me habría asustado menos, porque el diablo no me inspira mucho miedo; pero temo al dinero, y confieso que el hombre que encontrarse la piedra filosofal me infundiría respetuoso espanto.

Por el camino, mi amigo me dió algunos detalles acerca de la fabricación de las piedras preciosas. Nu-

estros químicos se ocupan en ella hace largo tiempo; pero los cristales que han obtenido son tan pequeños y su coste se eleva tanto, que la experiencia ha sido considerada como mera curiosidad científica. La cuestión consiste, pues, en hallar agentes más poderosos, procedimientos más económicos.

Al fin llegamos. Mi amigo, antes de llamar me previno que al viejo sabio no le gustaban las visitas, y que probablemente nos recibiría muy mal. Era yo el primer profano que penetraba en el santuario.

El químico nos abrió. Debo confesar que al principio, su aire, un sí es no es estúpido, como de zapatero escuálido y embrutecido no me produjo buena impresión. Acogió á mi amigo afectuosamente, resignándose á recibirme con un sordo gruñido, como si se tratara de un perro que perteneciera á su joven discípulo. Atravesamos un jardín completamente inculto. En el fondo estaba la casa, compuesta de cuatro paredones ruinosos. El sabio había derribado todos los tabiques, para formar una sola habitación, vasta alta. Había allí un material completo de laboratorio; aparatos extraños, cuyo uso ni siquiera traté de explicarme. Como único lujo, como únicos muebles, un banco y una mesa de madera negra.

Allí he experimentado uno de los mayores deslumbramientos de mi vida. A lo largo de las paredes, en el suelo, había colocados fondos de cestos viejos, cuyos mimbres reventaban; estaban llenos hasta los

lopines, que no experimentábamos la repugnancia de las gentes elegantes, íbamos á mirar al fondo de los carros donde esos infelices duermen en el invierno. Y me acuerdo que un día, sintiendo oprimido mi corazón por una grave pena de escolar, me figuré que montaba en uno de esos carros que partían, y acompañando á las altas y hermosas jóvenes, cuyos ojos negros me daban miedo, me iba muy lejos, al fin del mundo, rodando siempre por los caminos.

## X.

Un joven químico, amigo mío, me dijo una mañana:

—Conozco a un viejo sabio que se ha retirado á una casita del boulevard del Infierno para estudiar en paz la cristalización de los diamantes. ¿Quieres venir á verlo?

Acepté con secreto terror. Un hechicero me habría asustado menos, porque el diablo no me inspira mucho miedo; pero temo al dinero, y confieso que el hombre que encontrarse la piedra filosofal me infundiría respetuoso espanto.

Por el camino, mi amigo me dió algunos detalles acerca de la fabricación de las piedras preciosas. Nu-

estros químicos se ocupan en ella hace largo tiempo; pero los cristales que han obtenido son tan pequeños y su coste se eleva tanto, que la experiencia ha sido considerada como mera curiosidad científica. La cuestión consiste, pues, en hallar agentes más poderosos, procedimientos más económicos.

Al fin llegamos. Mi amigo, antes de llamar me previno que al viejo sabio no le gustaban las visitas, y que probablemente nos recibiría muy mal. Era yo el primer profano que penetraba en el santuario.

El químico nos abrió. Debo confesar que al principio, su aire, un sí es no es estúpido, como de zapatero escuálido y embrutecido no me produjo buena impresión. Acogió á mi amigo afectuosamente, resignándose á recibirme con un sordo gruñido, como si se tratara de un perro que perteneciera á su joven discípulo. Atravesamos un jardín completamente inculto. En el fondo estaba la casa, compuesta de cuatro paredones ruinosos. El sabio había derribado todos los tabiques, para formar una sola habitación, vasta alta. Había allí un material completo de laboratorio; aparatos extraños, cuyo uso ni siquiera traté de explicarme. Como único lujo, como únicos muebles, un banco y una mesa de madera negra.

Allí he experimentado uno de los mayores deslumbramientos de mi vida. A lo largo de las paredes, en el suelo, había colocados fondos de cestos viejos, cuyos mimbres reventaban; estaban llenos hasta los

bordes de piedras preciosas. Cada cesto contenía una clase distinta de piedras. Los rubies, las amatistas, las esmeraldas, los záfiro, las turquesas, los ópalos, amontonados en los rincones, como carretadas de guijarros a la orilla de los caminos, brillaban con fulgores vivisimos, iluminando la sala con el centelleo de sus flamas. Eran braseros, carbones encendidos, verdes, rojos, violáceos, azules, de color rosa. Se habría creído que había allí millones de ojos de hadas que se reían en la sombra, á flor de tierra. En ningún cuento árabe se da idea de tan soberbio tesoro; ninguna mujer ha soñado con semejante paraíso.

No pude contener un grito de admiración.

—¡Qué riqueza! (exclamé.) ¡Hay aquí un Potosí!

El viejo sabio se encogió de hombros, mirándome con profunda compasión.

—E da uno de estos montones cuesta algunos francos (me dijo con voz lenta y sorda). Mañana los sembraré á manera de grava las alamedas de mi jardín.

Después volviéndose á mi amigo, continuó, cogiendo las piedras á puñados:

—Vea V. estos rubies. Son los más hermosos que he obtenido.... No estoy satisfecho de estas esmeral-

das, son demasiado puras; las naturales tienen todas alguna mancha; no quiero que las mías sean mejores.... Lo que más me desespera es que no he dado aún con los diamantes blancos. He vuelto ayer á mis experimentos; cuando el éxito corone mis esfuerzos, abré concluido mi obra; moriré feliz.

El sabio se había crecido á mis ojos; ya no le encontraré estúpido. Comencé á temblar ante aquel viejecillo pálido, que podía arrojarse sobre París una lluvia milagrosa.

—¿Pero no tiene V. miedo á los ladrones? (le pregunté.) Veo en la puerta y ventanas sólidos barrotes de hierro; es sin duda una precaución.

—Si, tengo miedo á veces (murmuró); miedo de que los imbéciles me maten antes de que haya encontrado el diamante blanco.... Esos guijarros que mañana carecerán de valor, podrían tentar hoy á mis herederos. Son estos los que me causan espanto; saben que haciéndome desaparecer, sepultarian conmigo los secretos de mi fabricación, y conservarían así todo su valor á este pretendido tesoro.

Se quedó pensativo y triste. Nos habíamos sentado sobre los montones de diamantes, y le veía con la mano izquierda escondida en el cesto de rubies, y la derecha dejando caer maquinalmente puñados de esmeraldas. Los niños hacen correr de igual modo la arena entre sus dedos.

Al cabo de un instante de silencio:

—¿Debe V. llevar una vida intolerable! (exclamó). Vive V. aquí odiado por los hombres. ¿No tiene usted ninguna distracción?

Me miró con aire de sorpresa.

—Trabajo (me contestó sencillamente); nunca me enoja. Cuando estoy de buen humor, me echo alguno de esos guijarros en el bolsillo, y me instalo en un extremo del jardín, detrás de una torrecilla que dá al boulevard Alli, de vez en cuando, tiro un diamante al medio del paseo...

Se reía, recordando esta excelente broma.

No puede V. imaginarse los gestos de las personas que encuentran mis guijarros. Se estremecen, miran hacia atrás; después huyen pálidos como muertos. ¡Ah, las pobres gentes; qué buenos ratos me hacen pasar! Me divierto mucho.

Su voz cascada me causaba un malestar inexplicable. Evidentemente, se burlaba de mí.

—¡Hein, joven! (prosiguió); tengo con que comprar muchas mujeres; pero soy un viejo enclenque... Ud. comprende que si la ambición me poseyera, la tiempo que sería rey de alguna parte.... ¡Bah! No será causa de que muera ni una mosca. Soy bueno y dejo vivir á los hombres.

No podía decir más políticamente que, si tal fuese su capricho, me enviaría al cadalso.

Oleadas de sangre se me subían á la cabeza; en mis oídos sonaban todas las campanas del vértigo. Los ojos de hada de la pedrería me deslumbraban con sus miradas agudas, rojas, violáceas, verdes, azules, rosas. Había cerrado las manos sin saberlo; tenía en la izquierda un puñado de rubíes y en la derecha un puñado de esmeraldas. Y, para no ocultar nada, experimentaba el deseo irresistible de deslizar mi carga en los bolsillos.

Tiré aquellos guijarros malditos, y huí, oyendo el galope de los caballos de los gendarmes sobre mi cráneo.

## XI.

Había ido á Versalles, y subía el vasto patio de los Mariscales; soledad de piedra, que me ha recordado con frecuencia la landa desierta de la Crau, cuyo mar de guijarros verdea al sol.

Había visto el castillo el invierno anterior, en días de nieve, con su tejado plumizo, majestuoso y triste, como el palacio real del frío. En el verano está todavía más triste, más melancólico, más abandonado, entre las brisas templadas y el follaje vigoroso de los árboles del parque. A cada nueva estación, los viejos troncos se cubren con un manto de jóvenes hojas. El castillo agoniza, la savia de la vida no circula ya por sus piedras que se desmoronan; la ruina

avanza implacable, royendo los ángulos, destruyendo los escudos, adelantando sin fatigarse en su obra de destrucción.

Las casas, tugurios ó palacios, tienen sus enfermedades, de que languidecen y mueren. Son grandes cuerpos vivientes, seres con infancia y vejez, unas robustas hasta la muerte; otras enclenques y vacilantes antes de tiempo. Me acuerdo de casas entrevistas desde las portezuelas de un vagón, á la orilla del camino; construcciones nuevas, discretos pabellones, castillos desiertos, torreones derruidos. Y todos estos organismos de piedra me hablaban, me contaban la salud con que vivían, el mal de que agonizaban. Cuando el hombre cierra puertas y ventanas y parte, la sangre de la casa se va con él. El edificio se arrastra algunos años al sol, con la faz amarillenta de los moribundos; despues, en una noche de invierno, sopla una ráfaga de viento y se lo lleva.

De este abandono inuere el castillo de Versalles. Fué construido demasiado grande para la vida que el hombre puede infundirle. Se necesitaría todo un pueblo de habitantes para que se animaran aquellos corredores sin fin, aquellas filas de habitaciones inmensas. Patentiza el error colosal del orgullo de un rey que, al construirle, lo condenó á la ruina al darle tales extraordinarias proporciones. La gloria de Luis XIV no llena siquiera la cámara donde dormía.

frio aposento en que su real ceniza sólo representa un puñado de polvo más.

Subía, repito, el patio de los Mariscales, y vi, á la derecha, en un ángulo oculto de esta banda, á la buena vieja, á la Sarcleuse legendaria que, desde hace cincuenta años, arranca la hierba del pavimento. Desde por la mañana hasta por la noche está allí, en aquel campo de piedras, luchando contra la invasión, contra la ola creciente de las amapolas y de los aelies silvestres. Avanza, encorvada, mirando todas las hendeduras, espiando los verdes tallos, el ligero musgo. Necesita mas de un mes para ir de una punta á otra de su desierto. Y detras de ella, la hierba vuelve á brotar tan espesa, tan implacable, que, cuando comienza de nuevo su eterna tarea, encuentra otra vez las mismas plantas, los mismos rincones del cementerio invadidos por las flores crasas.

La Sarcleuse conoce la flora de estas ruinas. Sabe que las amapolas prefieren el lado Sur, que el diente de león crece al Norte, que á los aelies les gustan las hendeduras de los pedestales. El musgo es una lepra que se extiende por todos lados. Hay plantas persistentes, cuya raíz arranca, y que renacen sin cesar. Tal vez ha caído en aquel sitio una gota

de sangre; acaso está allí enterrada el alma de un malvado, que impulsa de continuo al exterior las púas rojizas de los cardos. En este cementerio de la monarquía, los muertos tienen una extraña eflorescencia.

Mas hay que oír á la Sarcleuse contar la historia de estas hierbas. No han brotado en todas las épocas con el mismo vigor. Bajo Carlos X, su invasión fué tímida; formaban comun césped ligero, blanco tapiz de verdura, que se hundía suavemente bajo el pie de las damas. La corte venía aún al palacio; los talones de los cortesanos hacían en una mañana el trabajo en que la Sarcleuse emplea más de un mes. Bajo Luis Felipe, las plantas avanzaron; el castillo, poblado de los fantasmas pacíficos del Museo Histórico, empezaba á no ser ya sino el palacio de las sombras. En fin: en tiempos del segundo Imperio, la invasión triunfó; creció la hierba impudentemente, tomó posesión de su presa, y amenazó durante un momento ganar las galerías, cubrir con verde manto los departamentos, grandes y pequeños.

He soñado que veía á la Sarcleuse con su vieja saya de indiana, encorvada, andando lentamente, lleno el delantal de hierbas. Es la última defensa que

impide á las ortigas subir y ocultar la tumba de la monarquía. Cuida, como mujer santa, este desierto, donde crecen las hierbas de las sepulturas.

Me ha imaginado que era la sombra de alguna marquesa, que volvía de uno de los bosquecillos del parque, y profesaba la religión de aquellas ruinas. Lucha sin cesar con sus pobres dedos rígidos con el musgo implacable. Se obstina en su vana tarea, comprendiendo que si se detuviese un instante, la ola de verdura se desbordaría y la anegaría á ella misma. A veces, cuando se yergue, dirige una intensa mirada al campo de piedras, vigila los rincones distantes donde la vegetación es más espesa, y permanece así un momento, con la frente pálida, penetrada tal vez de la inutilidad de sus buenos deseos, feliz con la alegría amarga de ser el último consuelo de tanta desolación.

Pero llegará un día en que los dedos de la Sarcleuse se pondrán aún más rígidos. Entonces el castillo rodará á una última ráfaga de viento. El campo de piedras quedará á merced de las ortigas, de los cardos, de la maleza. Se convertirá en un zarzal inmenso, cubierto de plantas torcidas y amargas. Y la Sarcleuse se perderá en la espesura, separando matas de hierba más altas que ella, abriéndose paso por entre tallos de grama, grandes como jóvenes abedules, luchando aún hasta que las ramas la cerquen por todas partes, se enlacen á su talle, á sus

brazos, á su garganta, y la arrojen muerta á ese mar, que la arrastrará en la ola siempre creciente de su verdura.

## XII.

La guerra, la infame guerra, la guerra maldita! Nosotros no la conocíamos, nosotros, que no teníamos aun veinte años en 1859. Estábamos entonces en el colegio, y ese nombre terrible no despertaba en nosotros más que el alegre recuerdo de días de vacaciones.

Y sólo veíamos en nuestra memoria las noches templadas en que el pueblo se reía en calles y plazas: por la mañana, la noticia de una victoria había pasado sobre París como un soplo de fiesta, y al comenzar el crepúsculo las tiendas se iluminaban, los granujes tiraban petardos. A la puerta de los cafés había señores bebiendo cerveza y hablando de política, mientras allá abajo, en algún rincón perdido de Italia ó de Rusia, los muertos, tendidos de espaldas, miraban con sus grandes ojos abiertos, vidriosos y sin luz, cómo nacían las estrellas.

En 1859, cuando se supo la victoria de Magenta, recuerdo que, al salir del colegio, iba por la plaza de la Sorbona, para ver, para pasearme, para participar de aquella fiebre que invadía las calles. Tropecé con un grupo de galopines que gritaban: «¡Vic-

toria, victorial! Me recreaba ya ante la expectativa de un día de fiesta. Y entre aquellas risas, entre aquellos gritos, ó sollozos. Era un viejo zapatero remendón, que lloraba en el fondo de su chiribitá. El pobre hombre tenía dos hijos en el ejército de Italia.

Desde entonces, aquellos sollozos han resonado con frecuencia en mis oídos. A cada rumor de guerra, me parece que el viejo zapatero, que el pueblo de cabellos blancos, se oculta para llorar en medio del fronético entusiasmo de la muchedumbre.

Me acuerdo aún de la otra guerra, de la campaña de Crimea. Tenía á la sazón trece años; vivía en provincias; la guerra no me importaba un ardite, reduciéndose para mí al continuo paso de tropas, cuyo desfile se había convertido en una de nuestras diversiones favoritas.

Por la pequeña ciudad del Mediodía en que habitaba, atravesaron, á lo que creo, casi todos los soldados que fueron á Oriente. Un diario de la localidad anunciaba de antemano los regimientos que debían pasar. La partida se verificaba á las ocho de la mañana. Desde las cuatro estábamos en la carretera. Ningún alumno externo faltaba á la cita.

¡Ah, los gallardos mozos, los coraceros, los lanceiros, los dragones, los húsares! Teníamos debilidad

por los ceraceros. Cuando el sol aparecía y sus rayos oblicuos se reflejaban en las corazas, retrocedíamos, ciegos, deslumbrados, como si un regimiento de astros á caballo desfilase ante nosotros.

Después sonaban las trompetas, y partir.

Echábamos á correr detrás de los soldados. Los seguíamos á los anchos caminos blanquecinos. La música tocaba, agradeciendo su hospitalidad á la población. La claridad de la atmósfera, la limpidez de la mañana, todo tenía aire de fiesta.

Recuerdo haber andado de esta manera millas y más millas. Ibamos al paso, atados los libros á la espalda con una correa, á modo de cartuchera. No debíamos acompañar nunca á los soldados más allá de la Pendrière; pero llegábamos hasta el puente; después remontábamos la costa; luego continuábamos hasta la próxima aldea.

Y cuando el miedo se apoderaba de nosotros y decidíamos detenernos, nos encaramábamos en algún ribazo, y desde allí seguíamos al regimiento con la vista, por entre los pliegues del terreno, á lo largo de los recodos del camino; le veíamos perderse y borrarse, con sus mil pequeñas llamas, en la luz brillante del horizonte.

Aquellos días nadie se cuidaba del colegio. Hacíamos novillos; nos entreteníamos con los guijarros del camino, y era frecuente el bajar al río y permanecer allí hasta la noche.

En el Mediodía se quiere poco á los soldados. Los he visto llorar de cansancio y de rabia, sentados en las aceras, con su boleta de alojamiento en la mano; los propietarios; los pequeños rentistas, que inventaban mil sutilezas; los ricos negociantes, que obraban con menos miramientos, todos se habían negado á recibirlos. Era menester que la autoridad interviniese.

La nuestra era la casa del buen Dios. Mi abuela, natural de la Beauce, amaba á aquellos hijos del Norte, que le recordaban su país. Conversaba con ellos, les preguntaba el nombre de su aldea, y ¡qué gozo cuando esta aldea estaba cerca de la suya!

Se nos enviaban dos hombres de cada regimiento. No podían quedarse en casa; los mandábamos á la posada, mas no sin que antes mi abuela les hiciera sufrir un interrogatorio en toda regla.

Me acuerdo que un día llegaron dos que eran de su mismo pueblo. Estas no consintió que partiesen. Les hizo comer en la cocina. Ella misma les sirvió el vino. Cuando volví del colegio, fuí á ver á los soldados. Hasta creo que bebí con ellos.

Había uno bajo y otro alto; en el momento de partir, los ojos del alto se llenaron de lágrimas. Había dejado en su país á su pobre vieja y daba gracias con efusión á mi abuela, que le recordaba su querida Beauce, todo lo que dejaba detrás de sí.

—¡Bahl (le dijo mi abuela) Ya volverá usted y traerá su cruz.

Pero él movió dolorosamente la cabeza.

Pues bien (agregó mi abuela); si V. vuelve por aquí, será preciso que venga V. á verme. Le guardaré una botella de este vino que tan bueno le ha parecido.

Los dos pobres muchachos se echaron á reir. Esta invitación les hizo olvidar por el momento su desgraciada suerte, y se vieron, sin duda, de regreso, obsequiados en aquella casa hospitalaria, brindando por los peligros pasados. Prometieron formalmente no faltar.

¡Qué de regimientos no seguí entonces, y cuántos infelices soldados no vinieron á llamar á nuestra puerta! Nunca olvidaré la procesión interminable de aquellos hombres que iban á la muerte. A veces al cerrar los ojos, los vuelvo á ver, recuerdo ciertas fisonomías y exclamo: «¿En qué zanja oculta yacerá aquél?»

El paso de tropas empezó á ser menos frecuente, y un día se vió pasar á los soldados en sentido inverso, lisiados, exánimes, arrastrándose por los caminos. Ya no íbamos á esperarlos. No eran nuestros hermosos soldados. No merecían que arrostrásemos el enojo del maestro.

El triste desfile duró largo tiempo. El ejército sembraba de moribundos el camino. A veces, mi abuela decía:

—¿Y los dos paisanos, te acuerdas, nos habrán olvidado?

Pero una tarde, á la hora del crepúsculo, un soldado llamó á nuestra puerta; venía solo; era el bajo.

—El camarada ha muerto,—dijo al entrar.

Mi abuela trajo la botella.

—Sí, beberé solo,—añadió.

Y cuando se vió allí, á la mesa, levantando su vaso y buscando el del compañero para brindar, lanzó un gran suspiro, y murmuró:

—Soy el encargado de ir á consolar á su vieja. Preferiría haberme quedado allá abajo en su lugar.

Andando el tiempo tuve á Chauvin por camarada en una oficina. Eramos ambos modestos empleados, y nuestras mesas se tocaban en el fondo de una habitación oscura, agujero excelente para no hacer nada esperando la hora de salida.

Chauvin había obtenido el grado de sargento y volvía de Solferino, con fiebres cogidas en los arrozales del Piamonte. Maldecía sus dolores, pero se consolaba, culpando á los austriacos. Estos bribones le habían puesto de aquella suerte.

¡Qué de horas pasadas en hablar! Tenía á mi antiguo soldado, y estaba resuelto á no soltarle mientras no le arrancara ciertas verdades. No me curaba de las palabras sonoras, gloria, victoria, laureles guerreros, que adquirían en su boca soberbia resonancia. Le atacaba en los detalles insignificantes. Consentía en oír el mismo relato veinte veces para apoderarme de su sentido verdadero. Sin imaginarlo, Chauvin me hizo preciosas confidencias.

En el fondo era ingenuo como un niño. No se alababa; se expresaba simplemente de la manera acostumbrada en la jerga militar; era un «fanfarrón inconsciente», un buen muchacho, convertido por el cuartel en insoportable charlatán.

Era fácil ver que tenía relatos, palabras dispuestas para cada ocasión. Adornaba sus anécdotas con frases hechas, como: «tropas invencibles»: «valientes oficiales salvados en medio de la carnicería por el heroísmo de los soldados». Por espacio de dos años estuve oyendo referir durante cuatro horas al día la campaña de Italia. No me quejo, sin embargo. Chauvin completó mi instrucción.

Merced á él, gracias á sus confesiones involuntarias, conozco la guerra, la verdadera guerra, no aquella cuyos episodios heroicos refieren los historiadores, sino la que infunde miedo á la luz del y sol resbala en la sangre como una prostituta borracha.

Preguntaba á Chauvin:

—¿Y los soldados, iban alegremente al fuego?

—¡Los soldados! Se les obligaba á ir. Me acuerdo de unos reclutas que no habían visto nunca el fuego, y que se encabritaban como caballos asustadizos. Tenían miedo; por dos veces emprendieron la fuga; pero se les hizo avanzar, y una batería mató la mitad. Era preciso verlos entonces, ciegos, cubiertos de sangre, arrojándose como lobos sobre los austriacos. Estaban desconocidos; lloraban de rabia; querían morir.

—Es un aprendizaje necesario, — decía yo para alentarle.

—Y duro, á fe mía (continuaba). Créalo V.; los más valientes sienten sudores fríos. Es necesario estar chispa para batirse. Entonces, ya no se ve nada; se adelanta uno, descargando golpes como un loco.

Y abandonándose á sus recuerdos.

—Cierta día (agregaba), se nos había colocado á cien metros de una aldea ocupada por los austriacos, con orden de no movernos ni disparar. Pero he aquí que el enemigo nos acribilla con una granizada de balas. No había medio de escapar á ellas. A cada descarga bajábamos la cabeza. Vi á algunos que se tiraban al suelo. Aquello era vergonzoso. Así estuvimos durante un cuarto de hora. A dos de mis camaradas se les puso blanco el cabello.

Luego seguía:

—No, V. no tiene la menor idea de lo que esto es. Los libros disimulan la verdad.... Vea V.: la noche de Solferino no sabíamos siquiera si habíamos quedado vencedores. Corrían rumores de que los austriacos iban a venir a concluir con nosotros. Le juro a V. que estábamos con el alma en un hilo. Así, al día siguiente, cuando se nos hizo levantar antes del alba, temblábamos; temíamos que la batalla se reanudase con más vigor. Seguramente habríamos sido vencidos; porque no nos quedaban dos átomos de fuerza. Cuando se dijo: «La paz está firmada», todos nos pusimos a dar cabriolas. Hubo una explosión de alegría salvaje. Los soldados se cogían de las manos y bailaban como las niñas. No miento: estaba allí; nuestro gozo era indescriptible.

Chauvin, que me veía sonreír, se imaginaba que yo no podía creer que el ejército francés tuviera tanto amor a la paz. Su sencillez era adorable. A veces le hacía ir muy lejos. En una ocasión le pregunté:

—Y V., ¿no tenía miedo?

—¡Oh! Yo (respondía, riéndose modestamente), era como los demás.... Ignoraba lo que hacía. ¿Cree usted que sabe uno si es valiente? Se tiembla y se dan golpes; esta es la verdad.... Un día me derribó una bala ya fría. No me moví, pensando que, si me levantaba, acaso lo pasaría peor.

## XIII.

... Ha muerto como un caballero: como vivió.

¿Vds. se acuerdan, amigos míos, de aquella hermosa primavera, cuando íbamos a estrecharle la mano a su casita de Clamart? Santiago nos acogía con su bondadosa sonrisa. Y comíamos bajo el emparrado, mientras allá abajo en el horizonte, se elevaba de París un sordo murmullo, a la caída del crepúsculo.

¿Vds. no han conocido bien su vida? Yo, que me he mecido en la misma cuna que él, puedo decir a Vds. quién era. Vivía en Clamart, desde hacía dos años, con aquella joven, alta y rubia, que se moría tan dulcemente. Es toda una historia, conmovedora y delicada.

Santiago había encontrado a Magdalena en la fiesta de Saint-Cloud. La amó, porque estaba triste y sufría. Quería, antes de que la pobre niña bajase al sepulcro, hacerle gozar las dulzuras del amor. Y fué a ocultarse con ella a aquel pliegue del terreno de Clamart, donde las rosas crecen como las enredaderas.

Vds. conocen la casa. Era muy modesta, blanca; estaba oculta entre el follaje, como un nido. Al pisar

el umbral, se respiraba ya un cariño discreto. Poco á poco se había ido apoderando de Santiago un amor infinito por la moribunda. Veía cómo el mal la hac a palidecer cada vez más. Magdalena, semejante á esas lámparas de los templos que despiden un vivo fulgor antes de extinguirse, sonreía, iluminaba con sus ojos azules la casita blanca.

Durante dos años, la pobre niña apenas salió. Llenaba el jardín con su ser encantador, con sus trajes claros, con sus pasos ligeros. Ella plantó los alelies de color jaspeado con que formaba los ramos que nos regalaba. Y los geranios, los heliotropos, los claveles, todas estas flores, sólo vivían por ella y para ella. Era el alma de aquel pedazo de tierra.

Después, en el otoño, Vds. recordarán que Santiago vino á decirnos con su voz lenta: «Ha muerto» Había muerto bajo el emparrado, como una niña que se duerme á la hora pálida en que el sol se pone. Había muerto en medio del follaje, en el nido oculto donde el amor la había mecido por espacio de dos años.

Yo no había vuelto á ver á Santiago. Sabía que continuaba en Clamart, viviendo bajo el emparrado, con el recuerdo de Magdalena. Desde que empezó el sitio, estaba tan abatido por la fatiga, que no pensaba ya en él, cuando el 13 por la mañana, al oír que se

batian por el lado de Meudon y de Sèvres, se despertó bruscamente en mi memoria el recuerdo de la casita blanca, oculta bajo las verdes hojas. Y me acordé de Magdalena, y de Santiago, y de todos nosotros, y me imaginé que estábamos en el jardín, tomando el té, en medio de la calma religiosa de la tarde, mientras París murmuraba sordamente en el horizonte.

Entonces salí por la puerta de Vanves. Los caminos estaban obstruidos con los heridos. Llegué á los Molinos, y allí supe la ventaja obtenida; pero cuando di la vuelta al bosque y me hallé sobre la colina, una emoción terrible me oprimió el corazón.

Enfrente de mí, en medio de los campos pisoteados, asolados, sólo vi, en lugar de la casita blanca, un agujero por donde la metralla y el incendio habían pasado. Bajé la colina con las lágrimas en los ojos.

¡Ah, amigos míos, qué espectáculo tan espantoso! El seto de espinos había sido destruido por las bombas. Los alelies, los blancos heliotropos, yacían triturados, machacados; apenas tanto el verlos, que me inspiraron compasión; me pareció que tenía ante los ojos los miembros ensangrentados de algún infeliz amigo.

La casa estaba hundida por un lado. Por la brecha

abierta dejaba ver la habitación de Magdalena; aquella habitación pudica con colgaduras de seda de color de rosa, cuyas cortinas, siempre corridas, se divisaban desde el camino. La habitación, brutalmente allanada por el cañón prusiano, el nido del amor, hoy visible desde todo el valle, me han destrozado el alma, y me he dicho que estaba en medio del cementerio de nuestra juventud. El suelo cubierto de restos, la tierra levantada por los obuses, se parecían á esos terrenos que acaba de remover el azadón de los sepultureros y bajo los cuales se adivinan ataúdes recién depositados.

Santiago había debido abandonar la casa acribellada por la metralla. Avancé más; me acerqué al emparrado, que, por milagro, estaba intacto. Allí, en la tierra, entre un mar de sangre, dormía Santiago, con el pecho agujereado por más de veinte heridas. No quiso dejar el sitio donde había amado, había muerto donde murió Magdalena.

Recogí á sus pies su cartuchera vacía, su chassepot roto, y vi que las manos del pobre muerto estaban ennegrecidas por la pólvora. Santiago, sólo con su arma, había defendido durante cinco horas el blanco fantasma de Magdalena.

## XIV.

¡Pobre Neuilly! Recordaré por largo tiempo el tris-

te paseo que di ayer, 25 de Abril de 1871. A las nueve, tan pronto como se anunció el armisticio entre París y Versalles, dirigióse una multitud considerable á la puerta Maillot. Esta puerta no existe ya; las baterías del ferín de Courbevoie y del Mont-Valérien la han reducido á un montón de escombros. Cuando franqué esta ruina, los guardias nacionales se ocupaban en reparar el destrozo; trabajo perdido, porque algunos cañonazos bastarán para hacer volar los sacos de tierra y los adoquines allí colocados.

A partir de la puerta Maillot, se camina sobre ruinas. Todas las casas de las inmediaciones se han desplomado. Por las abiertas ventanas se ven muebles lujosos; una cortina hecha jirones pende de un balcón; un canario salta todavía en su jaula, colgada en la cornisa de un tejadillo. Cuanto más se avanza, mayor es el desastre que se contempla. El paseo está sembrado de escombros; se ve por todas partes la obra de los obuses; se creería estar en el *ciacrucis* doloroso, en el calvario maldito de la guerra civil.

Pensando escapar al horror de aquella carretera, á lo largo de la cual se tropieza á cada paso con mares de sangre, tomé por los caminos de travesía. ¡Ay! En ellos el espectáculo es aún más terrible. Allí se han batido á brazo partido, con arma blanca. Las casas

han sido ocupadas y vueltas á ocupar diez veces; los soldados de uno y otro bando han derribado los tabiques para avanzar por dentro; las paredes perdonadas por los obuses han sido echadas abajo con las picotas. Los jardines, sobre todo, han padecido extraordinariamente. ¡Pobres jardines, en plena primavera! En las cercas que los protegen hay aberturas enormes; los paseos están pisoteados, asolados. Y sobre esta primavera manchada de sangre, florece solamente un mar de lilas. Ningún mes de Abril ha visto semejante flora. Los curiosos penetran en los jardines por las brechas, y vuelven cargados de haces de lilas, de ramos tan pesados, que los manojos se les van cayendo, y al poco rato las calles de Neuilly están alfombradas de flores, como para el paso de alguna procesión.

Las grietas de las casas, los agujeros de los muros, inspiran compasión á la muchedumbre; pero hay todavía algo más triste. Es la fuga de la desgraciada aldea. Huyen tres ó cuatro mil personas, que se dirigen á París con una cestita llena de ropa blanca y un enorme reloj de zinc entre los brazos. Todos los coches del tránsito han sido ocupados. Hasta he visto llevar armarios con lunas de cristal sobre ungarillas, cual si se tratara de heridos que el menor choque podría matar.

Los habitantes han padecido atrocemente. He conversado con uno de los fugitivos, que ha estado

quince días encerrado en una cueva con otras treinta personas. Los desventurados se morían de hambre. Uno de ellos tuvo la abnegación de querer ir por pan, y fué herido al salir de la cueva. Su cadáver permaneció durante seis días en los primeros escalones. ¿No es esto una verdadera pasadilla? La guerra que deja así que los cadáveres se pudran en medio de los vivos, ¿no es una guerra impía? Tarde ó temprano, la patria castigará estos crímenes.

Hasta las cinco, la multitud se ha paseado por el teatro de la lucha. He visto á niñas que venían pascando á paso de los Campos Eliseos, jugando al corro entre los escombros. Y sus madres, sonrientes, conversaban entre sí, defeniéndose á veces con ademanes de horror encantador. Extraño pueblo éste de París, que se olvida de sí mismo entre los cañones cargados, y lleva su simpleza hasta querer ver si las granadas entran bien en las bocas de bronce. En la puerta Maillot, los guardias nacionales han tenido que incomodarse con unas señoras que querían, á todo trance, tocar una ametralladora, para poder explicarse su mecanismo.

Quando dejé á Neuilly, á eso de las siete, aún no había sonado ningún cañonazo. La muchedumbre regresaba lentamente á París. En los Campos Eli-

esos se hubiera creído que la gente volvía, un poco tarde, de las carreras de Longchamps. Y mucho tiempo después, hasta bien entrada la noche, hubo en las calles de París, paseantes, familias enteras, encorvadas bajo fardos de lilas. De la aldea siniestra donde los hermanos se degüellau; de la carretera maldita, de las casas desplomadas sobre lagos de sangre, sólo hay á estas horas ramos olorosos y floridos en nuestras chimeneas.

Acabamos de tener tres días de sol. Los boulevares están llenos de paseantes. Lo que me causa más asombro es el aspecto animado de las plazas y jardines públicos. En las Tullerías, las mujeres bordean á la sombra de los castaños, y los niños juegan, mientras allá abajo, del lado del Arco de Triunfo, estallan las bombas. El ruido insoportable de la artillería apenas hace volver la cabeza á los niños. Hay madres que llevan uno pequeño en cada mano, y van á examinar de cerca las formidables barricadas construidas en la plaza de la Concordia.

Pero el rasgo característico es la alegre cita que los parisienses se han dado por espacio de ocho días en las alturas de Montmartre. Hay hacia el Oeste un terreno baldío; allí ha acudido todo París, como á una partida de campo. Era aquel un magnífico

anfiteatro para asistir desde lejos á la batalla que se libraba desde Neuilly hasta Asnières. Se llevaban sillas de tijera. Algunos industriales habían colocado bancos; por dos sueldos, se estaba allí como en el patio de un teatro. Las mujeres, sobre todo, iban en gran número. De vez en cuando se oían estrepitosas carcajadas. A cada bomba, cuya explosión se percibía allá lejos, se encontraba algún chiste gracioso, que recorría los grupos como alegre chispa. Hasta he visto personas que acudían provistas de su desayuno, un trozo de chacina y pan. Para no perder su sitio, comían de pie, enviando por el vino á alguna taberna de la vecindad. Las muchedumbres sienten la necesidad de los espectáculos. Cuando los teatros se cierran y se abre la guerra civil, van á mirar cómo se matan unos á otros, con la misma curiosidad chocarrera que esperan el quinto acto de un melodrama.

—Están tan lejos (decía una encantadora joven, rubia y pálida), que no asusta el verles dar el salto mortal. Cuando la metralleta hace de un hombre dos, parece que se dobla como una madeja de seda.

## LAS CUATRO JORNADAS

DE

JUAN GOURDON

I.

PRIMAVERA.

Aquella mañana, á eso de las cinco, el sol entró con brusco alborozo en el cuartito donde dormía en casa de mi tío Lázaro, párroco del lugarejo de Dourgues. Una ancha ráfaga amarilla cayó sobre mis párpados cerrados, y al despertarme, me encontré en plena luz.

Mi habitación, blanqueada con cal, adornada con muebles de madera blanca, era muy alegre. Me asomé á la ventana, y vi el Durance, que corría tranquilo y apacible en medio del negro verdor del valle. Soplos frescos me acariciaban el rostro; los murmullos del río y de los árboles parecían llamarme.

Abrí la puerta suavemente. Necesitaba, para salir, atravesar la habitación de mi tío. Me adelanté sobre la punta de los pies, temiendo que el ruido de mis gruesos zapatos no despertase al digno varón, que dormía aún con el rostro sonriente, y temblaba al

pensar que la campana de la iglesia podía tocar el *Angelus*. Mi tío Lázaro, desde hacía algún tiempo, seguíame por todas partes con aire triste y enojado. Me habría quizá impedido ir allá abajo á la orilla del río, á ocultarme entre los sauces y acechar al paso á Babet, la joven alta, morena que había nacido para mí con la nueva primavera.

Pero mi tío dormía con sueño profundo. Tuve como remordimientos de engañarle y escaparme de aquel modo. Me detuve un momento á contemplar su semblante, que el reposo tornaba más dulce. Me acordé con enternecimiento del día en que fué á buscarme á la casa que dejaba fría y desamparada el cadáver de mi madre. Desde entonces, ¡cuánto cariño, cuánta abnegación, qué de sabios consejos!

Me había dado su ciencia y su bondad, toda su inteligencia y todo su corazón.

Estuve tentado á gritarle:

—¡Levántese V., tío Lázaro! Vamos á dar juntos un paseito por la alameda que tanto le gusta, á la orilla del Durance. El aire fresco y el sol naciente le rejuvenecerán á V. ¡Verá V. qué valiente apetito hay á la vuelta!

Mas, ¿y Babet, que iba á bajar al río? No podría esperarla; no podría ver sus sayas claras. Mi tío estaría á mi lado; tendría que bajar los ojos. ¡Se debía estar tan bien á la sombra de los sauces, echado boca abajo, sobre la fina hierba! A este pensamiento se

apoderó de mi dulce languidez, y lentamente, paso á paso, reteniendo el aliento, gané la puerta. Bajé la escalera, salí al campo, y eché á correr como un loco, aspirando el aire tibio de la alegre mañana de Mayo.

El cielo estaba blanco en el horizonte, con tintas de azul rosa de delicadeza exquisita. El sol, pálido, semejaba una gran lámpara de plata, cuyos rayos caían en el Durance como un chaparrón de luces. Y el río, ancho y apacible, extendiéndose con pereza sobre la arena roja, iba de un extremo á otro del valle, como una sábana de metal en fusión. En el ocaso, una línea de colinas bajas y puntiagudas figuraba sobre la palidez del cielo ligeras manchas violáceas.

Hacia diez años que vivía en aquel rincón delicioso. ¡Cuántas veces me había esperado mi tío Lázaro para tomarme la lección de latín! El buen hombre quería que fuese un sabio. Yo, mientras tanto, estaba al otro lado del Durance, persiguiendo las picazas, explorando un ribazo al cual aún no había subido. A la vuelta eran las reconvenções: el latín había sido olvidado; mi pobre tío me reñía porque llevaba los pantalones rotos, estremeciéndose si por debajo veía la piel acardenalada. El valle era mío, completamente mío; lo había conquistado con mis piernas, era su verdadero propietario por derecho de amistad; y aquel pedazo de río, aquellas dos leguas de

terreno, ¡cómo las amaba; qué bien nos entendíamos! Conocía todos los caprichos de mi querido tío, sus cóleras, sus gracias, su distinta faz á cada hora del día.

Aquella mañana, al llegar á la orilla del agua, tuve como un destumbramiento al verla tan tranquila y tan blanca. Nunca me había parecido su aspecto tan risueño. Me deslicé rápidamente bajo los sauces, en un claro adonde el sol trazaba ancho círculo de luz sobre la negra hierba. Allí me eché boca abajo, con el oído atento, mirando por entre los sauces el sendero por donde debía aparecer Babet.

—¡Oh! Aún debe dormir el tío Lázaro,—pensaba yo.

Y me tendía más á la larga sobre el césped; el sol me calentaba suavemente la espalda, mientras que con el pecho, hundido en la hierba, sentía la frescura del terreno.

No había mirado nunca la hierba desde muy cerca, ni fijado los ojos en los tallitos de musgo. Esperando á Babet, curioseaba con mi mirada las matas de musgo, que me parecían realmente un mundo completo. En ellas veía calles, paseos, plazas, ciudades enteras. En el fondo distinguía una gran mancha de sombra, donde las hojas de la primavera anterior se pudrían de tristeza: después, los tallos ligeros se erguían, se estiraban, se encorvaban, figurando delicadas columnatas, naves de iglesias, bos-

ques vírgenes. Vi dos insectos pequeñísimos que se paseaban en medio de aquella inmensidad: sin duda estaban perdidos, porque iban de columna en columna, de calle en calle, con aire extraviado é inquieto.

Precisamente en aquel momento, al levantar los ojos, vi en lo alto del sendero las blancas sayas de Babet, destacándose sobre la tierra negra. Reconocí su túnica de indiana gris con florecillas azules. Me agazapé más en la hierba; oí que mi corazón golpeaba el suelo, levantando mi cuerpo con pequeñas sacudidas. Mi pecho ardía ahora, no sintiendo ya la frescura del rocío.

La joven descendía airosamente; las sayas, al rasar el suelo, tenían movimientos que me trastornaban. La vela de abajo á arriba, completamente recta, con su continente altivo y feliz. No sabía que yo estaba allí, detrás de los sauces; andaba con paso resuelto; corría sin cuidarse del viento, que levantaba una punta de su vestido; distinguía sus pies, que avanzaban de prisa, muy de prisa, y una faja de sus medias blancas del ancho de la mano, que me hacía ruborizar de una manera dulce y penosa.

¡Oh! Entonces ya no vi nada, ni el Durance, ni los sauces, ni la blancura del cielo. ¡Cómo me burlaba del valle! Ya no era mi amigo; nada me importaban su alegría ni su tristeza; despreciaba á mis camaradas los guijarros y los árboles de los ribazos. Si el río hubiese desaparecido súbitamente, sorbido por

la tierra, no sería yo quien le hubiera echado de menos.

¡Y la primavera! Para nada me acordaba de la primavera. Aunque me hubiera arrebatado el sol que me calentaba las espaldas y sus hojas, sus rayos, sus mañanas de Mayo, habría permanecido allí en éxtasis, contemplando á Babet, que bajaba por el sendero balanceando graciosamente su cuerpo; Babet había ocupado en mi corazón el lugar del valle; Babet era la primavera. Nunca nos habíamos hablado. Los dos enrojecíamos cuando nos encontrábamos en la iglesia de mi tío Lázaro. Habría jurado que me detestaba.

Conversó aquel día durante breves minutos con las lavanderas. Sus risas perladas llegaban hasta mí, juntas con la gran voz del Durance. Después se bajó para coger un poco de agua en el hueco de la mano, pero la orilla estaba alta; resbaló, y se agarró á la hierba.

No sé cómo no se me heló la sangre. Me levanté bruscamente, y sin vergüenza, sin rubor, corrí cerca de la joven. Me miró asustada; luego se sonrió. Por mi parte, me incliné á riesgo de caer; logré coger agua en mi mano derecha, cuyos dedos apreté, y tendí á Babet esta nueva copa, invitándola á que bebiese.

Las lavanderas se reían; Babet, confusa, no se atrevía á aceptar; vacilaba, medio volvía la cabeza.

Al cabo se decidió, y apoyó delicadamente los labios en las puntas de mis dedos; mas había tardado mucho; toda el agua se había ido. Entonces soltó una carcajada, volvió a ser una niña, y comprendí que se burlaba de mí.

Era yo muy tonto. Me incliné de nuevo; esta vez tomé el agua en las dos manos, apresurándome a llevarlas a los labios de Babet. Bebió, y sentí el beso tibio de sus labios deslizarse a lo largo de mi brazo hasta mi pecho, que inundó de grato calor.

—¡Oh! Mi tío debe dormir aún,—dije muy bajito.

Al pronunciar estas palabras, observé una sombra negra a mi lado, y, habiéndome vuelto, vi a mi tío Lázaro en persona, que nos miraba con aire enojado a Babet y a mí. Su sotana parecía blanca al sol; lei en sus ojos censuras que me dieron ganas de llorar.

Babet pasó un gran susto. Se ruborizó, y escapó, balbuceando:

—Gracias, señor Juan, muchas gracias.

Yo, enjugándome las manos mojadas, quedé aterrado, inmóvil, delante de mi tío Lázaro.

El digno hombre, con los brazos cruzados, recogiendo una punta de su sotana, miró a Babet, que volvió a subir el sendero, corriendo, sin volver la cabeza. Después, cuando hubo desaparecido detrás de los setos, vi que se sonreía tristemente.

—Juan (me dijo): vente a la alameda grande; el

desayuno no está dispuesto; tenemos media hora que perder.

Y echó a andar con paso algo pesado, evitando las matas de hierbas mojadas por el rocío; la sotana, de la cual un pie se arrastraba por los guijarros, producía pequeños ruidos sordos. Llevaba el breviario debajo del brazo; pero había olvidado su lectura de la mañana. Iba con la cabeza baja, pensativo, sin despegar los labios.

Su silencio me abrumaba. De ordinario era hablador. Mi inquietud crecía por instantes: seguramente, me había visto dar de beber a Babet. ¡Qué espectáculo, Señor! La joven riendo y ruborizándose, me besaba la punta de los dedos; yo, alzándome sobre los pies, extendía mis brazos, me inclinaba, como para abrazarla. Entonces me representé con espanto toda la audacia de mi acción. Mi timidez reapareció. Me pregunté cómo me había atrevido a hacerme besar los dedos de una manera tan dulce.

Y mi tío Lázaro, que iba delante de mí, sin articular palabra, sin dirigir una mirada siquiera a los viejos árboles que tanto amaba! Sin duda, me esperaba un sermón. Había lo menos para una hora. Sólo me conducía a la alameda grande para reunirme más a sus anchas. Cuando volviésemos, el desayuno estaría frío, y no podría ir otra vez bajo los sauces a recrearme pensando en el dulce calor que los labios de Babet dejaron en mis dedos.

Llegamos, por fin, á la gran alameda, que, ancha y corta, seguía el curso del río; la formaban robles enormes, de cuyos troncos huecos salían altas y vigorosas ramas. La fina hierba tendía un tapiz bajo los árboles, y el sol, atravesando por entre el follaje, bordaba el suelo con labores de oro. Alrededor, cerca y lejos, se extendían praderas de un tono verde subido.

Mi tío, sin volverse, sin cambiar el paso, continuó hasta el fin de la alameda. Paróse entonces, y me detuvo á su lado, comprendiendo que se acercaba el momento temido.

El río torcía bruscamente; un pequeño parapeto convertía el extremo de la alameda en una especie de terraza. Esta bóveda de sombra daba sobre un valle de luz. La campiña se prolongaba delante de nosotros en muchas leguas. El sol subía al cenit; los rayos de plata de la mañana se habían trocado en lluvia de oro; una claridad deslumbradora venía del horizonte, á lo largo de los ribazos, inundando el valle con fulgores de incendio.

Después de un momento de silencio, mi tío Lázaro volvióse hacia mí.

—¡Buen Dios, el sermón!—pensé.

Y bajé la cabeza. Con ademán majestuoso, mi tío me mostró el valle; después, irguiéndose:

—Mira, Juan (me dijo con voz lenta); he aquí la primavera. La tierra está bañada en alegría, hijo mío.

y te he traído aquí, enfrente de este océano de luz, para hacerte observar las primeras sonrisas de las estaciones naciente. ¡Ve qué brillo y qué dulzura! Suben de la llanura aromas tibios, que rozan nuestros rostros como soplos de vida.

Se calló, quedándose pensativo. Por mi parte, había levantado la frente con asombro, respirando con más holgura. Mi tío no predicaba.

—Es una hermosa mañana (prosiguió); una mañana de juventud. Tus diez y ocho años se sienten dichosos en medio de este verdor, de edad de diez y ocho días á lo más. Todo es esplendor y perfumes, ¿no es cierto? El ancho valle te parece un hogar de delicias; el río está aquí para darte su frescura; los árboles para prestarte su sombra; la campiña entera para hablarte de ternura; el cielo mismo para abarcar esos horizontes que interrogas con esperanza y deseo. La primavera pertenece á los bribonzuelos de tu edad; e la se quien enseña á los muchachos á dar de beber á las jóvenes....

Bajé de nuevo la cabeza. Resueltamente mi tío Lázaro me había visto.

—Un viejo y buen hombre como yo, sabe, por desgracia, á qué atenerse respecto á las gracias de la primavera. Yo, mi pobre Juan, amo el Durance, porque riega estas praderas y fertiliza todo el valle. Amo el tierno follaje, porque me anuncia los frutos del estío y del otoño; amo este cielo, porque es bue-

no para nosotros, porque su calor aviva la fecundidad de la tierra. Habría tenido que decirte un día ú otro; prefero hacerlo hoy; la mañana convida á practicar de estas cosas. La primavera misma te ha dado la lección. La naturaleza es un inmenso taller donde no hay días de fiesta. Mira esa flor; para tí es un perfume; para mí es un trabajo; cample su misión, produciendo su parte de vida, su granito negro, que á su vez trabajará la primavera próxima. Y ahora interroga al vasto horizonte. Toda esta alegría no es más que un alumbramiento. Si la campiña se sonríe, es porque vuelve á empezar su eterna tarea. ¿No la oyes respirar con fuerza activa y afanosa? Las hojas suspiran, las flores se dan prisa, el trigo crece sin cesar, todas las plantas, todas las hierbas se disputan la primacía; y el agua corriente auxilia la obra común, y el sol que se eleva al gran la interminable faena de los trabajadores.

Mi tío, en este instante, me obligó á mirarle de frente. Concluyó en los siguientes términos:

—Juan, oye lo que te dice tu amiga la primavera. Es la juventud; pero prepara la edad madura. Su clara sonrisa no es más que la alegría del trabajo. El estío será lozano, el otoño fecundo, porque la primavera canta ahora cumpliendo concienzudamente su misión.

Me quedé confundido. Comprendía perfectamente á mi tío Lázaro: dirígame un bonito sermón, dicién-

dome que era un perezoso y que había llegado el momento de trabajar.

Mi tío parecía tan confuso como yo. Después de haber vacilado algunos instantes:

—Juan (dijo balbuceando un poco): has debido confesármelo todo.... Puesto que amas, á Babet, y Babet te ama...

—¡Babet me ama!—exclamé yo.

Mi tío hizo un gesto de impaciencia.

—¡Eh, déjame hablar! No necesito una nueva confesión; me lo ha confesado ella misma.

—¡Se lo ha confesado á V.; se lo ha confesado á V.!

—¡Oh, qué bueno es esto! (añadí.) Yo nunca le había hablado. Ella se lo ha dicho á V. en confesión. ¿no es así? Nunca me habría atrevido á preguntarle si me amaba; nunca lo habría sabido. ¡Oh, cuánto se lo agradezco á V.!

Mi tío Lázaro estaba avergonzado. Veía que acababa de cometer una indiscreción. No pensaba que aquella mañana había tenido mi primer encuentro con la joven, y he aquí que me daba seguridades cuando yo no me atrevía ni á soñar con esperanzas. Callaba ahora; yo era quien hablaba con volubilidad.

—Todo lo comprendo (continué). Tiene V. razón; es preciso que trabaje ahora para hacerme digno de Babet. Verá V. qué ánimos tengo. ¡Ah, qué bueno es V., tío Lázaro, y qué bien habla! Entiendo el lenguaje de la primavera, y quiero también que mi estío

sea lozano, mi otoño fecundo. Es este un buen sitio; se ve todo el valle; soy joven como él; siento en mí la juventud que pide cumplir su misión.

Mi tío me detuvo.

—Está bien, Juan (me dijo); durante mucho tiempo he creído poder hacer de ti un sacerdote; sólo por esto había querido enseñarte toda mi ciencia. Pero lo que he visto hoy á la orilla del río me obliga á renunciar definitivamente á mi sueño más querido. Es el cielo quien dispone de nosotros. Amarás á Dios de otra manera... No puedes quedarte ahora en esta aldea, donde deseo que sólo vuelvas á entrar madurado por la edad y el trabajo. He elegido para ti el oficio de tipógrafo: tu instrucción te será útil; uno de mis amigos, un impresor de Grenoble, te espera el lunes próximo.

Se apoderó de mí honda inquietud.

—¿Y volveré á desposarme con Babet?—pregunté.

Mi tío se sonrió de un modo casi imperceptible, sin responder directamente.

—El resto depende de la voluntad del cielo,—respondió.

—El cielo es V., y tengo fe en su bondad.

¡Oh, tío mío! Haga V. que Babet no me olvide. Voy á trabajar para ella.

Entonces mi tío Lázaro me mostró de nuevo el valle que la luz ardiente y dorada inundaba ya por completo.

—He aquí la esperanza (dijo). No eres un viejo como yo, Juan. Olvida mi sermón. Sé ignorante como el campo. No piensa él en el otoño. Se abandona en absoluto á la alegría de su sonrisa. Trabaja descuidado y animoso. Espera.

Y volvimos al curato, marchando lentamente, pisando la hierba que el sol había secado, conversando con ternura acerca de nuestra próxima separación. El desayuno estaba frío, como lo había presumido; pero esto me importaba poco. Cada vez que miraba á mi tío Lázaro, se me llenaban de lágrimas los ojos; y al recuerdo de Babet, mi corazón latía hasta sofocarme.

No podría decir lo que hice el resto del día. Fui, según creo, á echarme bajo los sauces, á la orilla del río. Mi tío tenía razón. La tierra trabajaba. Aplicando el oído al césped, me parecía oír un ruido continuo. Entonces me sumí en profundas reflexiones. Pasé allí el día, hundido en la hierba, soñando una existencia de paz y trabajo entre Babet y mi tío Lázaro. La juventud enérgica de la tierra había penetrado en mi pecho, que apoyaba fuertemente contra la madre común, y me imaginaba á veces ser uno de los sauces vigorosos que crecían á mi lado. Aquella tarde no pude comer. Mi tío comprendió sin duda los pensamientos que me abrumaban, porque fingió no observar mi falta de apetito. Tan luego como me fué permitido levantarme, corrí á respirar el aire libre del

campo. Un viento fresco venia del río, cuyo sordo murmullo sonaba á lo lejos. Caía del cielo suavísima luz. Extendíase el valle como un mar de sombra, sin playas, tranquilo y trasparente. Había en el aire rumores vagos, algo como estremecimientos apasionados, como un continuo batir de alas que pasara sobre mi cabeza. Aromas penefrantes subían con la frescura de la hierba.

Había salido para ver á Babet; sabía que todas las tardes iba al curato, y fui á emboscarme detrás de un seto. Había perdido mi timidez, puesto que me amaba. Encontraba muy natural el esperarla allí y anunciarle mi partida.

La noche estaba clara, y al ver su traje, me adelanté en silencio. Después en voz baja:

—Babet (murmuré), Babet, aquí estoy.

Al principio no me reconoció, y retrocedió con miedo. Luego, al fijarse en mí, pareció todavía más asustada, cosa de que me asombré profundamente.

—¿Es V., señor Juan? (me dijo.) ¿Qué hace usted aquí? ¿Qué quiere V.?

Estaba á su lado; la cogí la mano.

—V. me ama ¿no es cierto?

—¡Yo! ¿Quién se lo ha dicho á V.?

—Mi tío Lázaro.

Se quedó aterrada. Su mano temblaba en la mía. Como intentara escaparse, la cogí la otra. Estábamos frente á frente en una especie de hueco que forma-

ba el seto, y sentía el hálito anhelante de Babet, que me abrasaba el rostro. La frescura, el silencio palpitante de la noche, nos cercaban por todas partes.

—Yo no sé (balbuceó la joven); yo nunca he dicho eso... El señor cura ha entendido mal... ¡Por favor, déjeme V., que tengo prisa!

—No, no (repliqué); quiero que sepa V. que me voy mañana; quiero que me prometa V. amarme siempre.

—¿Que parte V. mañana!

¡Oh dulce exclamación, y cuánta ternura había en ella. Me parece oír aún aquella voz alarmada, llena de desolación y de amor.

—Ya ve V. (exclamé á mi vez), que mi tío Lázaro ha dicho la verdad. Por otra parte, él jamás miente. V. me ama, V. me ama, Babet; sus labios de V. se lo han dicho esta mañana muy bajito á mis dedos.

E hice que se sentara al pie del seto. Mis recuerdos me han conservado mi primera conversación de amor en su religiosa inocencia. Babet me oyó como una hermana menor. No tenía ya miedo. Me confió la historia de su amor. Y hubo juramentos solemnes, confesiones ingenuas, proyectos sin fin. Juró no casarse con nadie más que conmigo; juré, por mi parte, merecer su mano á fuerza de abnegación y de ternura. Detrás del seto, un grillo acompañaba de nuestras palabras con su canto de esperanza; y el

valle todo, cuchicheando en la sombra, se gozaba en oírnos conversar tan dulcemente.

Nos separamos, olvidándonos de abrazarnos.

Cuando volví á entrar en mi cuartito, me pareció que le había dejado hacia un año por lo menos. Me representaba esta jornada, tan corta como eterna, por la felicidad que me traía. Era la primera jornada de mi vida, la más tibia, la más perfumada de todas, aquella cuyo recuerdo vibra aún en mi alma, como la voz distante y conmovida de mi estación primaveral.

## II

### ESTÍO.

Aquel día, al despertarme, á eso de las tres de la mañana, me encontré tendido en la dura tierra, abrasado de cansancio, con el rostro cubierto de sudor. Una noche de Julio, ardiente y fatigosa, pesaba sobre mi pecho.

Alrededor se entregaban mis compañeros al sueño envueltos en sus capotes; semejaban manchas negras sobre la tierra gris; la obscura planicie palpi-

aba; me parecía oír la fuerte respiración de una multitud dormida. Rumores perdidos, relinchos de caballos, choques de armas, se elevaban en medio del silencio solemne de la noche.

El ejército había hecho alto á las doce, y recibido orden de acostarse y de dormir. Llevábamos tres días de marcha, abrasados por el sol, ciegos con el polvo. El enemigo estaba al fin ante nosotros, allá abajo, en los collados del horizonte. Al amanecer, debía librarse una batalla decisiva.

El cansancio me había anonadado.

Por espacio de tres horas había yacido en profundo letargo, sin respirar ni soñar. El exceso mismo de la fatiga acababa de despertarme. Ahora, tendido boca arriba, con los ojos extraordinariamente abiertos, pensaba, mirando la obscuridad, en la batalla, en la matanza que no tardaría en alumbrar el sol. Desde hacia seis años, al primer disparo que sonaba en cada combate, me despedía de mis más caras afecciones, de Babet, de mi tío Lázaro. Y he aquí que, cuando apenas me quedaba un mes para cumplir, tenía que volver á decirles adiós, y ahora ¡tal vez para siempre!

Después, mis pensamientos fueron más risueños. Con los ojos cerrados, vi á Babet y á mi tío Lázaro: ¡cuánto tiempo hacía que no los abrazaba! Me acordaba del día de nuestra separación; mi tío lloraba porque era pobre, porque no podía redimirme; y

valle todo, cuchicheando en la sombra, se gozaba en oírnos conversar tan dulcemente.

Nos separamos, olvidándonos de abrazarnos.

Cuando volví á entrar en mi cuartito, me pareció que le había dejado hacia un año por lo menos. Me representaba esta jornada, tan corta como eterna, por la felicidad que me traía. Era la primera jornada de mi vida, la más tibia, la más perfumada de todas, aquella cuyo recuerdo vibra aún en mi alma, como la voz distante y conmovida de mi estación primaveral.

## II

### ESTÍO.

Aquel día, al despertarme, á eso de las tres de la mañana, me encontré tendido en la dura tierra, abrasado de cansancio, con el rostro cubierto de sudor. Una noche de Julio, ardiente y fatigosa, pesaba sobre mi pecho.

Alrededor se entregaban mis compañeros al sueño envueltos en sus capotes; semejaban manchas negras sobre la tierra gris; la obscura planicie palpi-

taba; me parecía oír la fuerte respiración de una multitud dormida. Rumores perdidos, relinchos de caballos, choques de armas, se elevaban en medio del silencio solemne de la noche.

El ejército había hecho alto á las doce, y recibido orden de acostarse y de dormir. Llevábamos tres días de marcha, abrasados por el sol, ciegos con el polvo. El enemigo estaba al fin ante nosotros, allá abajo, en los collados del horizonte. Al amanecer, debía librarse una batalla decisiva.

El cansancio me había anonadado.

Por espacio de tres horas había yacido en profundo letargo, sin respirar ni soñar. El exceso mismo de la fatiga acababa de despertarme. Ahora, tendido boca arriba, con los ojos extraordinariamente abiertos, pensaba, mirando la obscuridad, en la batalla, en la matanza que no tardaría en alumbrar el sol. Desde hacia seis años, al primer disparo que sonaba en cada combate, me despedía de mis más caras afecciones, de Babet, de mi tío Lázaro. Y he aquí que, cuando apenas me quedaba un mes para cumplir, tenía que volver á decirles adiós, y ahora ¡tal vez para siempre!

Después, mis pensamientos fueron más risueños. Con los ojos cerrados, vi á Babet y á mi tío Lázaro: ¡cuánto tiempo hacía que no los abrazaba! Me acordaba del día de nuestra separación; mi tío lloraba porque era pobre, porque no podía redimirme; y

Babet me había jurado aquella noche esperarme, no amar á nadie más que á mí. Había tenido que separarme de mi patrón de Grenoble, de mis amigos de Dourgues. De vez en cuando, algunas cartas venían á decirme que no se me olvidaba; que la felicidad me esperaba en mi valle bien amado. ¡Y yo iba á batirme, á hacerme matar!

Me puse á pensar en el regreso. Vi á mi bueno y anciano tío, á la puerta del curato, tendiéndome sus brazos temblorosos, y, detrás de él, á Babet, ruborizada, herosa y sonriente. Me precipitaba hacia ellos, los estrechaba contra mi pecho, balbuceaba...

Bruscamente, el redoble del tambor me trajo á la realidad. Amanecía; la llanura gris parecía ensancharse entre los vapores de la mañana. El suelso animó; formas vagas surgieron de todas partes. Llenaron el aire rumores crecientes, toques de clarín, el galopar de los caballos, el rodar de la artillería, los gritos de los combatientes. La guerra se erguía amenazadora en medio de mi sueño de ternura.

Me levanté con dificultad; me pareció que mis huesos estaban rotos y que mi cabeza iba á partirse. Reuní á mis hombres apresuradamente, porque debo decir que había obtenido el grado de sargento. Recibimos la orden de avanzar hacia la izquierda y de ocupar una pequeña colina que dominaba la llanura.

Cuando estábamos á punto de partir, el correo pasó corriendo.

—¡Una carta para el sargento Gourdon!—gritó.

Me entregó una carta arrugada, manchada, que rodaba tal vez desde hacía ocho días por los sacos de cuero de la administración de correos. Sólo tuve tiempo de reconocer la letra de mi tío Lázaro.

—¡Adelante! ¡En marcha!—gritó el comandante.

Era preciso marchar. Durante algunos segundos permanecí con la carta en la mano, devorándola con los ojos; me quemaba los dedos; habría dado cualquier cosa por sentarme, por llorar libremente al leerla. Debí decidirme á guardarla en el pecho, sobre el corazón.

Nunca había experimentado angustia semejante. Me decía, por vía de consuelo, lo que mi tío me recordaba con frecuencia: que estaba en el estío de mi vida, en la hora ardiente de la lucha, y que debía cumplir valerosamente con mi deber, para que mi otoño fuese tranquilo y fecundo. Pero tales razonamientos me exasperaban más; aquella carta que venía á hablarme de felicidad; abrasaba mi corazón, indignado contra la guerra. ¡Y no podía ni aun leerla! Iba á morir, tal vez sin saber lo que contenía, sin oír por última vez las cariñosas palabras de mi tío Lázaro.

Habíamos llegado á la colina. Debíamos esperar la orden de seguir adelante. El campo de batalla

había sido elegido maravillosamente para degollarse con comodidad. La inmensa llanura se extendía, desierta, desnuda, por espacio de muchas leguas, sin un árbol, sin una casa. Algunos setos, algunos zarzales, semejaban pequeñas manchas sobre la blancura del suelo. Nunca he vuelto á ver otro campo como aquel mar de polvo, como aquel suelo pizarroso, agujereado aquí y allá, mostrando por estas grietas sus entrañas negruzcas. Tampoco he vuelto á ver un cielo de pureza tan ardiente, ni tan espléndido y caluroso día de Juli. A las ocho, el aire abrasado quemaba ya nuestros rostros. ¡Oh, qué hermosa mañana! ¡Oh, qué llanura tan estéril, tan propia para matar y morir!

Hacia largo tiempo que sonaban con ruidos secos é irregulares las descargas de la fusilería apoyada por la voz grave del cañón. Los enemigos, los austriacos, de pálidos uniformes, habían abandonado las alturas, y la planicie estaba surcada de largas filas de hombres, que no parecían mayores que insectos. Se hubiese creído que era un hormiguero en plena insurrección. Nubes de humo envolvían el campo de batalla. A cada momento, cuando estas nubes se desgarraban, veía soldados huyendo, sobrecogidos de pánico. Había corrientes de espanto que arrastraban á los hombres; arranques de vergüenza y de valor, que los volvían á llevar bajo las balas.

No podía oír los gritos de los heridos ni ver correr la sangre; pero distinguía semejantes á puntos negros, los muertos que los batallones sembraban á su paso. Me puse á mirar con curiosidad los movimientos de las tropas, irritándome contra el humo, que me ocultaba una buena mitad del espectáculo, y gozando de cierto placer egoísta al verme en seguridad mientras que los demás morían.

A eso de las nueve se nos hizo avanzar. Bajamos el ribazo á paso gimnástico, dirigiéndonos á la llanura, que formaba un repliegue. El ruido regular de nuestros pasos me pareció fúnebre. Los más bravos de entre nosotros iban jadeantes, con las facciones contraídas.

He prometido decir la verdad. A los primeros silbidos de la balas, el batallón se detuvo bruscamente con ánimo de huir.

—¡Adelante, adelante!—gritaron los jefes.

Pero nosotros estábamos como clavados en el suelo, y bajábamos la cabeza cuando una bala silbaba en nuestros oídos. Este movimiento es instintivo. Si la vergüenza no me hubiese contenido, me hubiera echado boca abajo en el suelo.

Delante de nosotros había una gran cortina de humo que no nos atreveríamos á franquear. Relámpagos rojos atravesaban aquel humo. Y, temblando, permanecíamos inmóviles. Pero las balas llegaban hasta nosotros; los soldados caían dando alaridos.

Los jefes gritaban con más fuerza:

—¡Adelante, adelante!

Las últimas filas, que ellos empujaban, nos obligaron á avanzar. Entonces cerramos los ojos, tomamos impulso, y entramos en el humo.

Rabia furiosa se había apoderado de nosotros. Cuando resonó el grito de ¡alto!, nos detuvimos con trabajo. En estando quietos, vuelve el miedo, se sienten deseos de huir. Descargamos los fusiles. Tirábamos delante de nosotros, sin mirar, experimentando cierto alivio al enviar las balas en medio de aquel humo. Recuerdo que, por mi parte, disparaba maquinalmente, con los labios apretados, con los ojos muy abiertos: ya no tenía miedo, porque, á decir verdad, ignoraba si existía. La única idea fija en mi mente era que tiraría mientras tuviese con qué. Mi compañero de la izquierda recibió una bala en mitad del rostro, y cayó sobre mí; le rechacé brutalmente, y me enjugué la mejilla que me había manchado de sangre. Después volví á disparar.

Me acuerdo también de haber visto á nuestro coronel, M. de Montrevert, firme, tieso sobre su caballo, mirando tranquilamente al enemigo. Este hombre me pareció gigantesco. No tenía un fusil para distraerse, y su pecho descollaba por encima de todos nosotros. De vez en cuando bajaba los ojos, y gritaba con voz seca:

—¡Estrechen filas, estrechen filas!

Estrechábamos filas, como carneros, pisando cadáveres, ebrios, tirando siempre. Hasta entonces el enemigo sólo nos había enviado balas; de pronto dejó oír un gran ruido; una bomba nos arrebató cinco hombres. Una batería, que debía estar enfrente de nosotros y que no podíamos ver, acababa de abrir sus fuegos. Las bombas se sucedían sin interrupción, trazando entre nosotros un surco sangriento, que nos apresurábamos á cerrar con obstrucción de bestias salvajes.

—¡Estrechen filas, estrechen filas!—repetía friamente el Coronel.

Dábamos carne humana al cañón. A cada soldado que caía, avanzaba yo un paso hacia la muerte, me aproximaba al sitio en que las bombas zumbaban sorridamente aplastando á los hombres cuyo turno había llegado. Los cadáveres se hacinaban en aquel sitio, y pronto las bombas no herirían más que un montón de carne muerta. No podíamos ya estrechar las filas.

Los soldados bramaban de coraje. Los jefes mismos fueron arrastrados.

—¡A la bayoneta, á la bayoneta!

Y bajo una lluvia de balas corríamos en dirección á la batería. La cortina de humo se rompió, y en un pequeño montículo vimos los cañones, rojos, llameantes, que vomitaban metralla sobre nosotros. Pero dado el impulso, las bombas no detenían más que á los muertos.

Iba yo allado de coronel Montrevert, cuyo caballo acababa de caer; se batía como un simple soldado. De repente me paré, como herido por un rayo. Creí que el pecho se me abría y que me arrancaban la espalda; un viento terrible pasó sobre mi rostro.

El coronel Montrevert cayó á mi lado. Me sentí morir; pensé en Babet, perdí el sentido buscando con mano desfallecida la carta de mi tío Lázaro.

Cuando volví en mí, estaba echado en la falda del montecillo, sobre el polvo. Profundo estupor me anonadaba. Con los ojos extraordinariamente abiertos, miraba delante de mí, sin ver nada; hubiera dicho que no tenía miembros, y que mi cerebro estaba vacío. No sufría porque parecía que la vida había huído de mi carne.

Un sol sofocante, implacable, caía sobre mi rostro como plomo derretido. No lo sentía. Poco á poco recobré la conciencia de mi situación. Mis miembros adquirieron cierta soltura; sólo mi espalda quedó como sepultada bajo un peso enorme. Entonces, con el instinto de una bestia herida, quise incorporarme. Di un grito de dolor, y volví á caer al suelo.

Pero vivía, lo veía, lo comprendía. La llanura se prolongaba en todos sentidos, desnuda y desierta, brillando á los rayos del sol. Ostentaba su desolación bajo la serenidad ardiente del cielo; montones de cadáveres dormían al calor, y los árboles caídos parecían otros muertos que se secaban. No corría ni

un soplo de aire. Un silencio espantoso salía de los montones de cadáveres; después, á cada momento, estallaban quejas sordas, atravesando el silencio y comunicándole largos estremecimientos. En el horizonte, en los ribazos, flotaban tenues nubes de humo, manchando de gris el azul espléndido del cielo. La matanza continuaba en las alturas.

Pensé que éramos vencedores; sentí cierto placer egoísta, diciéndome que podría morir en paz en esta llanura abandonada. En torno mío, la tierra estaba negra. Al levantar la cabeza, vi la batería enemiga sobre la cual nos habíamos arrojado. La lucha debió ser terrible; el montículo estaba sembrado de cuerpos mutilados y desfigurados. La sangre había corrido con tanta abundancia, que el suelo parecía cubierto de ancho tapiz rojo. Los cañones abrían sus bocas sombrías sobre los cadáveres. Me estremecí ante el silencio de estos cañones.

Entonces, poco á poco, con precauciones infinitas, llegué á ponerme sobre el vientre. Apoyé la cabeza sobre una gruesa piedra, toda salpicada de sangre, y saqué de mi pecho la carta de mi tío Lázaro. Me la puse delante de los ojos; las lágrimas me impedían leerla.

Y el sol me abrasaba las espaldas; olores acres se me adherían á la garganta. Sentía en torno mío la llanura como lacerada; estaba como yerto por la rigidez de los muertos. Mi pobre corazón lloraba en

medio de aquél silencio de muerte, cálido y nauseabundo.

El tío Lázaro me escribía:

«Mi querido hijo: Sé que se ha declarado la guerra; espero, sin embargo, que tendrás tu licencia antes de que empiecen las operaciones. Todas las mañanas ruego á Dios que te evite nuevos peligros; El me oirá; El querrá que, cuando llegue el momento, me cierres los ojos.

«¡Ah, mi pobre Juan, qué viejo estoy! ¡Qué necesidad tengo de tus brazos! Desde tu partida, no siento á mi lado tu juventud, que me volvía mis veinte años. ¿Te acuerdas de los paseos que dábamos por la mañana en el robledal? Ahora no me atrevo á ir allí; estoy solo; tengo miedo. El Durance llora. Ven pronto á consolarme, á calmar mis inquietudes....»

Los sollozos me ahogaban; no pude seguir. En este instante, un grito desgarrador resonó cerca de mí; vi á un soldado que se enderezaba bruscamente con el rostro contraído; alzó los brazos con angustia, y volvió á caer, reforciéndose en convulsiones espantosas; después se quedó mudo é inmóvil.

«He puesto mi esperanza en Dios (proseguía mi tío); él te traerá á Dourgues sano y salvo; reanudaremos nuestra dulce vida. Déjame soñar en alta voz, confiarte mis proyectos para lo futuro.

«No irás ya á Grenoble: te quedarás aquí. Quiero

que seas un hijo de la tierra, un labrador; que vivas dichoso en medio de los trabajos agrícolas.

«Y yo, yo me retiraré á la granja. Mis manos temblorosas no pueden ya sostener la sagrada forma. Sólo pido al cielo dos años de semejante existencia. Esta será la recompensa de las buenas obras que haya podido hacer. Entonces me conducirás algunas veces por las veredas de nuestro querido valle, donde cada roca, cada seto me recordará tu juventud, que tanto he amado....»

Tuve que detenerme de nuevo. Experimenté un dolor tan vivo en la espalda, que temí desmayarme otra vez. Me acababa de acometer terrible inquietud: me parecía que el ruido de la fusilería se aproximaba, y me preguntaba con terror si nuestro ejército no retrocedía, si en su huida no iba á pasar sobre mi cuerpo. Pero no veía más que las tenues nubes de humo flotando en las colinas.

Mi tío Lázaro continuaba:

«Y seremos tres para amarnos. ¡Ah, mi buen Juan! Con cuánta razón diste de beber á aquella joven una mañana á la orilla del Durance. Yo temía á Babet; estaba de mal humor, y ahora me tienes celoso, porque yo que nunca podré amarte tanto como ella te ama... Dígale V., me repetía hoy, ruborizándose, que, si se deja matar, irá á tirarme al río por el mismo sitio en que me dió de beber.

«¡Por el amor de Dios, cuida de tu vida! Hay cosas

que no puedo comprender; pero sé que la felicidad te espera aquí. Llamo ya á Babet hija mía; me figuro ya que te veo dándole el brazo, en la iglesia, donde bendeciré vuestra unión. Quiero que sea esta mi última Misa.

»Babet es ahora una alta y hermosa joven. Te ayudará en tus trabajos....»

El ruido de la fusilería se había alejado. Yo derramaba dulces lágrimas. Los soldados que agonizaban entre las ruedas de los cañones exhalaban sordos lamentos. Vi á uno que se movía con violentos esfuerzos para desembarazarse de otro herido como él, cuyo cuerpo le aplastaba el pecho; y como este segundo se agitara, quejándose, el primero lo rechazó brutalmente, haciéndole rodar por la pendiente del montecillo, donde el desgraciado aullaba de dolor. A sus alaridos, salieron algunos ruidos del montón de cadáveres. El sol, que declinaba despedía rayos de un rubio aleonado. El azul del cielo era más suave.

Acabé la carta de mi tío Lázaro.

»Quería simplemente, agregaba, darte noticias de nosotros; suplicarte que vinieras lo antes posible para hacernos dichosos. Y hé aquí que lloro, que babeo como un niño. Espera, mi pobre Juan; Dios es bueno.

»Contéstame pronto: fija, si es posible, la época de tu regreso. Babet y yo contamos las semanas. ¡Adiós, esperanza!»

¡La época de mi regreso!.... Bajé la cabeza sollozando, creí por un momento que abrazaba á Babet y á mi tío. Quizá no los volvería á ver. E iba á morir como un perro en el polvo, bajo aquel sol de plomo. ¡Y era allí, en aquella llanura desolada, entre el estertor de los moribundos, donde me daban su adiós los seres más queridos para mí! Mis oídos zumbaban; miraba la blanca tierra manchada de sangre, que se extendía yerma y solitaria hasta las líneas grises del horizonte. Repetí «es preciso morir». Entonces cerré los ojos y evoqué el recuerdo de Babet y de mi tío Lázaro.

No sé ¡cuánto pasé en esta especie de somnolencia dolorosa. Mi corazón no sufría menos que mi cuerpo. Corrían las lágrimas por mis mejillas, lentas, abrasadas. En medio de las pesadillas que me producía la fiebre, oía un estertor semejante al llanto continuo de un niño que se queja. De vez en cuando me despertaba, y miraba al cielo con asombro.

Comprendí al fin que era M. de Montrevert, que yacía á algunos pasos, quien así se quejaba. Lo había creído muerto. Estaba echado boca abajo, con los brazos abiertos. Este hombre había sido bueno para mí. Me dije que no podía dejarle morir de aquel modo, con el rostro pegado á la tierra, y me arrastré lentamente hacia el sitio donde estaba.

Dos cadáveres nos separaban. Por un momento

pensé pasar por el vientre de estos muertos para abreviar el camino, porque á cada movimiento que hacía, la espalda me dolía espantosamente; pero no me atreví. Avancé sobre las rodillas, apoyándome en una mano. Cuando estuve cerca del Coronel, di un suspiro de alivio; me pareció que estaba menos solo: íbamos á morir juntos, y esta muerte en compañía no me asustaba tanto.

Quería que viese el sol, y le volví lo más suavemente que pude. Cuando los ardientes rayos cayeron sobre su rostro, respiró con gran fuerza y abrió los ojos. Inclinado hacia él, traté de sonreírle. Bajó de nuevo los párpados; en sus labios, que temblaban, comprendí que tenía conciencia de sus sufrimientos.

—¿Es V., Gourdon? (me dijo al fin, con voz débil.)  
¿Se ha ganado la batalla?

—Así lo creo, mi Coronel,—le respondí.

Guardó silencio durante un segundo. Después, abriendo los ojos y mirándose:

—¿Está V. herido? me preguntó.

—En la espalda... ¿Y V., mi Coronel?

—¡Debo tener el codo roto.... Ya me acuerdo. La misma bomba nos ha puesto así, hijo mío.

Hizo un esfuerzo para incorporarse.

—¡Ah! ¿Qué es esto? (dijo bruscamente, y como en tono de broma.) ¿Vamos á dormir aquí?

No podría expresar cuántas fuerzas y esperanzas

cobré al oír estas palabras. Me sentí otro desde que éramos dos á luchar contra la muerte.

—¡Espere V.! (grité.) Voy á vendarle el brazo con mi pañuelo, y trataremos de conducirnos uno á otro hasta la próxima ambulancia.

—Eso es, hijo mío.... No apriete V. demasiado. Cojámonos uno al otro, cada uno con su mano buena, y procuremos levantarnos.

Nos pusimos en pie con gran dificultad. Habíamos perdido mucha sangre; se nos iba la cabeza; nuestras piernas temblaban. Se nos habría tomado por ébrios; tropezábamos, nos sosteníamos, nos empujábamos, dando vueltas para evitar el tropezar con los muertos. El sol se ocultaba entre fulgores rojizos, y nuestras sombras gigantescas bailaban con movimientos extraños en el campo de batalla. Era el fin de un hermoso día.

El Coronel bromeaba, crispándosele los labios con estremecimientos convulsivos, semejando sus risas á sollozos.

Por mi parte, comprendía que no tardaríamos en caer para no volvernos á levantar. De vez en cuando nos acometían vertigos, y teníamos que detenernos y cerrar los ojos. Allá á lo lejos las ambulancias parecían pequeñas manchas grises sobre la oscura tierra.

Tropezamos en un grueso guijarro, y nos derribamos el uno al otro. El Coronel juraba como un pa-

gano. Tratamos de marchar á cuatro pies, agarrándonos á las zarzas. De este modo, andando de rodillas, avanzamos un centenar de metros. Pero nuestras rodillas sangraban.

—No puedo más (dijo el Coronel). Ya vendrán por mí, si quieren. Durmamos.

Tuve aún ánimo bastante para incorporarme y gritar con todas las fuerzas que me quedaban. Algunos hombres que pasaban á gran distancia recogiendo heridos, me oyeron, acudieron y nos pusieron juntos en una camilla.

—Camarada (me dijo el Coronel durante el trayecto), la muerte no nos quiere. Le debo á V. la vida, pagaré esta deuda el día que V. me necesite.... Deme V. su mano.

Puse mi mano sobre la suya, y así llegamos á las ambulancias. Se habían encendido antorchas. Los cirujanos saaban y cortaban, impasibles ante los alaridos espantosos de los heridos. Un olor desagradable se exhalaba de las ropas ensangrentadas, mientras las luces reflejaban en las jofainas, formando aguas de un color de rosa sombrío.

El Coronel soportó valerosamente la amputación del brazo; pero vi que sus labios palidecían y sus ojos se velaban. Cuando me llegó la vez, un cirujano me registró la espalda.

—Una bomba le ha herido á V. (me dijo); dos centímetros más abajo, y la espalda habría volado.

Solo la carne está lesionada.

Y como preguntase al ayudante que me vendaba si mi herida era grave.

—¡Gravel (respondió riendo); tres semanas de cama, y estará V. completamente curado.

Me volví hacia la pared para ocultar mis lágrimas. Y vi, con los ojos del alma, á Babet y á mi tío Lázaro que me tendían los brazos. Habían terminado las luchas sangrientas de mi jornada de estío.

### III.

#### OTOÑO.

Hacia cerca de quince años que me había casado con Babet en la pequeña iglesia de mi tío Lázaro.

A la muerte de los padres de mi mujer, habíamos comprado la alameda de robles y las praderas que se extienden á lo largo del río. Habíamos construido en este terreno una casa modesta, que pronto tuvimos que agrandar. No había año que no se aumentasen mis tierras con alguna heredad vecina, y nuestros graneros eran muy pequeños para el trigo que cogíamos.

Estos primeros quince años se deslizaron tranquilos y dichosos, y transcurrieron en medio de una serena alegría, no dejando en mí más que el vago recuerdo de una felicidad pacífica y continua. Mi tío

gano. Tratamos de marchar á cuatro pies, agarrándonos á las zarzas. De este modo, andando de rodillas, avanzamos un centenar de metros. Pero nuestras rodillas sangraban.

—No puedo más (dijo el Coronel). Ya vendrán por mí, si quieren. Durmamos.

Tuve aún ánimo bastante para incorporarme y gritar con todas las fuerzas que me quedaban. Algunos hombres que pasaban á gran distancia recogiendo heridos, me oyeron, acudieron y nos pusieron juntos en una camilla.

—Camarada (me dijo el Coronel durante el trayecto), la muerte no nos quiere. Le debo á V. la vida, pagaré esta deuda el día que V. me necesite.... Deme V. su mano.

Puse mi mano sobre la suya, y así llegamos á las ambulancias. Se habían encendido antorchas. Los cirujanos saaban y cortaban, impasibles ante los alaridos espantosos de los heridos. Un olor desagradable se exhalaba de las ropas ensangrentadas, mientras las luces reflejaban en las jofainas, formando aguas de un color de rosa sombrío.

El Coronel soportó valerosamente la amputación del brazo; pero vi que sus labios palidecían y sus ojos se velaban. Cuando me llegó la vez, un cirujano me registró la espalda.

—Una bomba le ha herido á V. (me dijo); dos centímetros más abajo, y la espalda habría volado.

Solo la carne está lesionada.

Y como preguntase al ayudante que me vendaba si mi herida era grave.

—¡Gravel (respondió riendo); tres semanas de cama, y estará V. completamente curado.

Me volví hacia la pared para ocultar mis lágrimas. Y vi, con los ojos del alma, á Babet y á mi tío Lázaro que me tendían los brazos. Habían terminado las luchas sangrientas de mi jornada de estío.

### III.

#### OTOÑO.

Hacia cerca de quince años que me había casado con Babet en la pequeña iglesia de mi tío Lázaro.

A la muerte de los padres de mi mujer, habíamos comprado la alameda de robles y las praderas que se extienden á lo largo del río. Habíamos construido en este terreno una casa modesta, que pronto tuvimos que agrandar. No había año que no se aumentasen mis tierras con alguna heredad vecina, y nuestros graneros eran muy pequeños para el trigo que cogíamos.

Estos primeros quince años se deslizaron tranquilos y dichosos, y transcurrieron en medio de una serena alegría, no dejando en mí más que el vago recuerdo de una felicidad pacífica y continua. Mi tío

Lázaro había realizado su sueño, viniéndose á vivir con nosotros. Su mucha edad no le permitía leer el breviario por las mañanas. A veces echaba de menos su querida iglesia; pero se consolaba yendo á visitar al joven párroco que le había sustituido. Al rayar el alba, bajaba de la pequeña habitación donde dormía, y con frecuencia me acompañaba al campo, rejuveneciéndose al contacto del aire libre y al respirar el sano aroma de la campiña.

Sólo una cosa nos hacía suspirar á menudo. En la fecundidad que nos rodeaba, Babet permanecía estéril. Aunque fuésemos tres para amarnos, nos encontrábamos muy solos; habríamos querido tener sobre nuestras rodillas una cabecita rubia que nos hubiese atormentado y acariciado.

El tío Lázaro tenía un miedo terrible á morirle sin ser tío por segunda vez. Había vuelto á ser niño, y se quejaba de que Babet no le diese un compañero que jugase con él. El día en que mi mujer me confió, titubeando, que probablemente íbamos á ser cuatro se puso muy pálido, conteniéndose para no llorar. Nos abrazó, pensando ya en el bautizo, hablando del niño como si tuviese ya tres ó cuatro años de edad.

Y los meses pasaron en un recogimiento de ternura. Hablábamos entre nosotros muy bajito, esperando á alguien.

Yo no amaba ya á Babet; la adoraba con las manos juntas; la adoraba por dos: por ella y por el pequeño.

Habíamos pedido nuestra felicidad á nuestro querido valle. Era agricultor; el Durance, mi primera amante, se mostraba conmigo pródigo como buena madre; parecía complacerse en fecundar y enriquecer mis campos. Poco á poco, aplicando los nuevos métodos de cultivo, me convertí en uno de los propietarios más ricos del país.

Se acercaba el gran día. Había hecho venir de Gesnoble á una matrona, que no se apartaba ya de la granja. El tío pasaba terribles angustias; nada sabía de tales aventuras y llegó á decir que se había equivocado al cantar misa y que debía haber sido médico.

Una mañana de Septiembre, á eso de las seis, entré en la alcoba de mi querida Babet, que dormía aún; su rostro sonriente reposaba con tranquilidad en la funda blanca de la almohada. Me incliné, contentiendo la respiración. El cielo me colmaba de bienes. Pensé de pronto en aquel día de estío, cuando agonizaba entre el polvo, y sentí al mismo tiempo en torno mío el bienestar del trabajo, la paz de la felicidad. Mi excelente mujer dormía, encendido el semblante, en su cómodo lecho mientras la habitación entera me recordaba mis quince años de ternura.

Besé dulcemente á Babet en los labios. Abrió ella los ojos, y sonrió sin hablar. Tenía vivísimos deseos de cogerla en mis brazos, de estrecharla contra mi corazón; mas, desde hacía algún tiempo, apenas me

atreví a tomarle la mano; tan frágil y sagrada me parecía.

Me senté al borde del lecho, y en voz baja:

—¿Será hoy?—le pregunté.

—No, no lo creo—me contestó.—Soñaba que tenía un hijo; estaba ya muy ercico, y lucía pequeños bigotes negros. El tío Lázaro me decía ayer que también él lo había visto en sueños.

Me permití una broma de mal gusto.

—Conozco al niño mejor que tú (dije). Le veo todas las noches. Es una niña....

Y como Babet se volviese hacia la pared con ganas de llorar, comprendí la tontería que había cometido, y me apresuré a añadir:

—He dicho una niña, pero no estoy bien cierto. Le veo muy pequeño; iba con largo traje claro. Es seguramente un niño.

Babet me abrazó con agradecimiento.

—Ve á cuidar de la vendimia (proxiguió). Me siento bien por ahora.

—¿Me avisarás si hay alguna novedad?

—Sí. Estoy muy cansada. Voy á dormir un poco.

—¿No me llamarás perezosa?

Babet cerró los ojos con languidez y ternura. Permanecí inclinado hacia ella, recibiendo en el rostro el tibio aliento de sus labios. Durmióse poco á poco, sin dejar de sonreír. Entonces desprendí mi mano de la suya con precauciones infinitas; trabajé durante

algunos minutos para salir airoso de esta empresa delicada. Después deposité en su frente un beso, que ella no sintió, y me retiré palpitante, con el corazón desbordando de amor. Al bajar encontré en el patio á mi tío Lázaro. Cuando me vió:

—¿Es para hoy?—dijo.

Hacia un mes que me dirigía todas las mañanas la misma pregunta.

—Parece que no (le respondí).—¿Viene V. conmigo á ver vendimiar?

Fué á buscar su bastón, y nos encaminamos al robledal. Cuando llegamos al extremo del paseo, á la terraza que dominaba el Durance, nos detuvimos contemplando el valle.

Se veían algunas nubecillas blancas en el pálido cielo. Los claros rayos de sol sembraban la campiña de polvos de oro; la vegetación se extendía por todas partes con el color de la madurez, no teniendo ya las luces ni las sombras mágicas del verano. Las hojas doraban con sus anchas placas la tierra negruzca. El río corría muy lento, como cansado de haber fecundado los campos un año más. Y el valle continuaba tranquilo y fuerte. Mostraba ya las primeras arrugas del invierno; pero su flanco conservaba el calor de los últimos alumbramientos; ostentando sus formas amplias, despojadas del follaje lujurioso de la primavera, mas orgullosamente hermoso con esta segunda juventud de mujer que ha dado á luz

Mi tío Lázaro se quedó pensativo; después, volviéndose hacia mí:

—¿Te acuerdas? (me dijo) Hace más de veinte años te traje aquí una clara mañana de primavera. Entonces te mostré el valle en plena actividad, preparando los frutos del otoño. Mira: el valle acaba de concluir otra vez su trabajo.

—Me acuerdo, querido tío (le respondí). Tenía mucho miedo aquel día; pero V. fué bueno y su lección convincente. Le debo á V. todas mis alegrías.

—Sí, estás en el otoño; has trabajado, y recoges. El hombre, hijo mío, ha sido creado á imagen de la tierra. Y, como la madre común, somos eternos; las hojas verdes renacen todos los años de las hojas secas. Yo renazco en tí y tú renacerás en tus hijos. Te digo esto, para que la vejez no te espante; para que sepas morir con tranquilidad, como muere esta vegetación, que volverá á brotar de sus propios gérmenes en la primavera próxima.

Oía á mi tío y pensaba en Babet, que dormía en su lecho, entre las cortinas blancas. La querida criatura iba á dar á luz, á semejanza del suelo poderoso á quien debíamos nuestra fortuna. Ella también estaba en el otoño; tenía la franca sonrisa, la amplitud serena del valle. Me parecía verla, bajo el claro sol, lánguida y cariñosa, gozando con generosa voluptuosidad en ser madre. Y ya no sabía si mi tío Lázaro me hablaba de mi querido valle ó de mi querida Babet.

Subimos lentamente la ladera. Allá abajo, á lo largo del Durance, estaban las praderas, semejantes á tapices de un verde subido; luego venían las tierras amarillentas, que cortaban de trecho en trecho, en calles anchas y espaciosas, los olivos grises y los enjutos almendros; al final, en lo más alto, se veían las viñas, las fuertes cepas, cuyos sarmientos se arrastraban por el suelo.

En el Mediodía de Francia se trata á la viña como á mala comadre, y no como á delicada señorita, según es costumbre en el Norte. Crece algo á la ventura, abandonada, en parte, á los caprichos de la lluvia y del sol. Las cepas, alineadas en largas filas, echan en torno suyo renuevos de un verde sombrío; en los intermedios se siembra trigo ó avena. Un viñedo se parece á una inmensa pieza de tela rayada, formada por la banda de los pámpanos y la faja amarilla del rastrojo.

Hombres y mujeres, agachados en las viñas, cortaban racimos de uvas, que arrojaban en seguida al fondo de grandes cestas. Ibamos muy despacio, mi tío y yo, á lo largo de los rastrojos. Al pasar, los vendimiadores volvían la cabeza y nos saludaban. Mi tío se detenía con frecuencia para conversar con los trabajadores de más edad.

—¡Eh, tío Andrés! (decía.) ¿Está la uva madura? ¿Será bueno el vino de este año?

Y los campesinos, levantando sus brazos desnudos,

mostraban al sol grandes racimos de un negro de tinta, cuyos granos parecían reventar de jugo y de fuerza.

—Vea V., señor cura (gritaban): estos son pequeños; los hay que pesan muchas libras. Hace diez años que no había tan buena cosecha.

Después volvían á ocultarse entre las hojas. Sus chalecos oscuros manchaban de negro la ribera verde. Y las mujeres, con la cabeza desnuda, con un delgado pañuelo azul al cuello, se encorvaban, cantando. Los chiquillos rodaban por el suelo en medio del rastrojo, tomando el sol, alegrando con su turbulencia aquel taller al aire libre. A la orilla del campo, enormes carretas inmóviles esperaban la uva; destacábanse bajo el claro cielo, y los hombres iban y volvían, llevando los cestos llenos, trayéndolos vacíos.

Confieso que ante aquel espectáculo me asaltaron pensamientos de orgullo. Vi á la tierra producir bajo mis plantas; la vida madura y omnipotente corría por las venas de las cepas, y llenaba el aire con su aliento poderoso. La sangre ardiente golpeaba mis arterias; estaba como invadido por la fecundidad que se desbordaba del suelo y subía hasta mí. El trabajo de aquel pueblo de campesinos era obra mía: las viñas eran hijas mías; el campo enteromí familia, satisfecha y obediente. Experimentaba cierto placer en hundir mis pies en la fértil tierra.

Entonces abracé con una mirada los terrenos que descendían hasta la margen del Durance. ¡Todo era mío: viñedos, prados, rastrojos, olivares! La casa blanqueaba al lado del robledal. El río parecía una ancha franja de plata, colocada al filo del ancho manto de mis prados. Creí por un instante que crecía, que me agigantaba, que, extendiendo los brazos, iba á poder estrechar contra mi pecho la propiedad entera, árboles y praderas, casa y tierras labradas.

Y cuando miraba, vi á una sirvienta de casa que subía el sendero á todo correr. Tropezaba en las piedras, agitaba los brazos, nos llamaba con ademanes descompuestos. Una emoción terrible se apoderó de mí.

—¡Tío, tío! (grité.) Vea V. cómo corre Margarita creo que es hoy al fin.

Mi tío Lázaro se puso pálido. La sirvienta había llegado á la meseta; se dirigía á nosotros, saltando por encima de las cepas. Cuando estuvo delante de mí, le faltó el aliento; se ahogaba; se llevaba ambas manos al pecho.

—Hable V. (le dije), ¿qué sucede?

Dió un gran suspiro; dejó caer los brazos, y al cabo pudo pronunciar esta sola palabra.

—La señora....

No esperé más.

—¡Venga V., venga V. pronto, tío Lázaro! ¡Ah, mi pobre y querida Babet!

Y bajé el sendero á escape, á riesgo de romperme los huesos. Los vendimiadores, que se habían puesto en pie, me miraban correr sonriéndose. El tío Lázaro, no pudiendo alcanzarme, agitaba su báculo con desesperación.

—¡Ah, Juan! (gritaba.) ¡Qué diablo; espérame! No quiero ser el último.

Pero yo no oía ya al tío Lázaro; seguía corriendo.

Llegué á la granja, jadeante, lleno de temor y de esperanza. Subí la escalera; llamé con el puño á la puerta de Babet, riendo, llorando, con la cabeza trastornada.

La matrona entreabrió la puerta para decirme, con tono de enojo que no hiciera tanto ruido. Me quedé desesperado y confuso.

—No puede V. entrar (añadió). Espere V. en el patio.

Y como yo no despegase mis labios:

—Todo va bien (continuó). Yo le llamaré á V.

La puerta se volvió á cerrar. Continué delante de ella, no resolviéndome á bajar. Oía á Babet quejarse con voz quebrantada. De pronto dió un grito desgarrador, que me atravesó como una bala que me hiriese en mitad del pecho. No sé cómo no eché abajo la puerta de un empujón. Para no ceder á este deseo, me tapé los oídos con las manos, y me precipité como un loco por la escalera.

Encontré en el patio á mi tío Lázaro, que llegaba

jadeante. El excelente hombre se vió obligado á sentarse en el brocal del pozo.

—Y bien (me preguntó): ¿dónde está el niño?

—No lo sé (respondí); se me ha despedido. Babet sufre y llora.

Nos miramos, no atreviéndonos á pronunciar más palabras.

Nos pusimos á escuchar con angustia; no separábamos los ojos de la ventana de Babet, tratando de ver algo á través de las cortinilla blancas. El tío, temblando, estaba inmóvil, con ambas manos apoyadas fuertemente en el bastón; yo, acometido de fiebre, me paseaba delante de él á grandes pasos. De vez en cuando cambiábamos sonrisas inquietas.

Las carretas de los vendimiadores llegaban una tras otra. Los cestos de uvas se colocaban junto á uno de los muros del patio, y algunos hombres, descalzos de pie y pierna, pisoteaban los racimos en madera de artesas. Las caballerías relinchaban, jugaban los carreteros y el vino en tanto caía con sordo ruido al fondo de las cubas. Olores acres se esparcían por el aire tibio.

Y yo seguía mi paseo, de un extremo á otro del patio, como embriagado por otros olores. Mi pobre cabeza estallaba; pensaba en Babet al ver correr la sangre de las uvas. Me decía con gozo puramente físico que mi hijo nacía en la época fecunda de la vendimia, en el ambiente aromatizado por el vino nuevo.

La impaciencia pudo más que yo; subí otra vez, pero no me atreví á llamar; apliqué el oído á la puerta, y llegaron hasta mí los lamentos de Babet, que sollozaba en voz baja. Entonces faltóme el valor, mal dije el sufrimiento. El tío Lázaro, que había subido silenciosamente detrás de mí, me volvió á llevar al patio. Quiso distraerme; me dijo que el vino sería excelente; pero hablaba sin atenderse á sí mismo. Y á cada momento nos callábamos ambos, escuchando con ansiedad una queja más prolongada de Babet.

Poco á poco los gritos se dulcificaron; convirtiéndose en un murmullo doloroso, en queja de niño que se duerme llorando. Después reinó un silencio solemne. Este silencio causóme espanto terrible. Ahora que Babet no sollozaba, la casa me parecía vacía. Iba á subir, cuando la matrona abrió la ventana sin hacer ruido. Se inclinó, y llamándome con la mano:

—Suba V., —me dijo.

Subí con lentitud, deteniéndome en cada escalón para saborear profundamente mi alegría. Mi tío Lázaro llamaba ya á la puerta, cuando aún no había pasado yo la mitad de la escalera; experimentaba una especie de placer extraño en retrasar el momento de abrazar á mi mujer.

Me detuve en el dintel; el corazón me latía violentamente. Mi tío estaba inclinado sobre la cuna. Babet, muy blanca, con los ojos cerrados, parecía dormir. Olvidé al niño; me fui derecho á Babet, y cogí su

querida cabeza entre mis manos. El llanto no se había secado aún en sus mejillas, y sus labios, todavía temblorosos, se sonreían empapados en lágrimas. Levantó perezosamente los párpados. No me habló, pero sí que decía: «He sufrido mucho, mi querido Juan; ¡pero era tan feliz con sufrir! Te sentía en mí.»

Entonces me incliné; besé los ojos de Babet, bebí sus lágrimas, la miré con dulzura; se abandonaba á mí con cariñosa languidez. La fatiga la tenía prostrada. Separó lentamente las manos de la cabeza, se me abrazó al cuello, y aproximó su boca á mi oído.

—Es un niño, —murmuró con voz débil y aire de triunfo.

Fueron estas las primeras palabras que pronunció después de la terrible crisis por que acababa de atravesar.

—Ya sabía yo sería un niño (siguió Babet); lo veía todas las noches.... Dámeclo, acuéstale á mi lado.

Me volví, y vi disputando á mi tío Lázaro y á la matrona. Esta última pasaba las fatigas del mundo para impedir al primero que cogiese al niño en brazos. Quería mecerlo.

Miré al niño, á quien había olvidado pensando en la madre. Estaba muy encarnado. Babet decía con convicción profunda que se parecía á mí; la matrona afirmaba que tenía los ojos de su madre; por mi parte, nada decía; mi emoción era muy grande; se me

saltaban las lágrimas; besé al pequeño, creyendo todavía abrazar á Babet.

Dejé al niño en el lecho; su continuo gritar sonaba en nuestros oídos como música deliciosa. Me senté en el borde de la cama; mi tío se arrellanó en un gran sillón, y Babet, cansada y serena, tapada hasta la barba, permaneció con los párpados levantados, los ojos sonrientes.

La ventana estaba abierta de par en par. El olor de la uva entraba con las tibias brisas de las siestas del otoño. Se oían las pisadas de los vendimiadores, las sacudidas de las carretas, los chasquidos de los látigos; de vez en cuando resonaban las notas agudas de una criada que atravesaba el patio cantando. Todos estos ruidos se suavizaban en la serenidad de la habitación, aún conmovida con los sollozos de Babet. Y la ventana cortaba en pleno cielo y en plena campiña un ancho cuadro del paisaje. Veíamos la alameda de robles en toda su longitud; después, el Durance, como una cinta de seda blanca, deslizándose por entre el oro y la púrpura del follaje; y como sirviendo de marco, un cielo pálido rosa y azul en cuyas límpidas profundidades se perdía la mirada.

Gozando de la calma de horizonte, aspirando las emanaciones del hogar, rodeado de las alegrías del trabajo y del alumbramiento, conversábamos los tres, Babet, el tío Lázaro y yo, mirando al querido recién nacido.

—Tío Lázaro (decía Babet); ¿qué nombre pondremos al niño?

—La madre de Juan se llamaba Jacoba (respondió el tío); yo llamaría al niño Jacobo.

—Jacobó... Jacobó... (repitió Babet.) Sí, es un nombre muy bonito. Y dígame V.: ¿qué haremos de este hombrecito? ¿un cura ó un soldado? ¿Un señor ó un aldeano?

Me eché á reír.

—Tenemos tiempo de pensar en eso,—dije

—No lo creas (repuso Babet casi enojada); crecerá muy pronto. Mira que robusto es. Sus ojos hablan ya.

Mi tío Lázaro pensaba absolutamente lo mismo que mi mujer. Añadió en tono grave.

—No hagáis de él un sacerdote ni un soldado, á menos que se trate de una vocación irresistible en el muchacho... Hacer de él un señor...., eso es mejor.

Babet me miraba ansiosa. Mi pobre mujer no tenía pizca de orgullo en lo que á ella se refería; pero, como todas las madres, hubiese querido estar con humildad y altivez á un mismo tiempo delante de su hijo. Hubiese jurado que le veía ya médico ó notario. La abracé, y la dije con dulzura.

—Desad que el niño viva en nuestro querido valle. Algún día encontrará á la orilla del Durance á otra Babet de diez y seis años á quien dará de beber. Acuérdate, amiga mía; debemos al campo nuestra

dicha; nuestro hijo será campesino como nosotros; feliz como nosotros.

Babet, muy conmovida, me abrazó á su vez. Miró por las ventanas, el follaje, el río, las praderas y el cielo; después, sonriente:

—Tienes razón, Juan (me dijo). Este rincón ha sido bueno para nosotros: lo será también para nuestro adorado Jacobo.... Tío Lázaro, V. será el padrino del labrador.

El tío Lázaro aprobó, moviendo la cabeza lenta y afectuosamente. Desde hacia un instante le estaba yo mirando, y veía que sus ojos se velaban, que sus labios palidecían. Tendido en la butaca, colocado frente por frente á la abierta ventana, había puesto las blancas manos sobre sus rodillas, y miraba fijamente al cielo, en actitud de extático recogimiento.

Me sentí muy inquieto.

—¿Sufre V., tío Lázaro? (le pregunté.) ¿Qué tiene V.?.... Responda por favor.

Levantó dulcemente una de sus manos como para rogarme que hablase más bajo; después la dejó caer y con voz débil:

—Me muero (dijo). A mi edad, la felicidad es mortal.... No hagáis ruido.... Me parece que mi carne ha perdido su gravedad; ya no siento ni piernas, ni brazos.

Babet, muy aterrada, se incorporó, mirando al

tío Lázaro. Yo me arrodillé á sus pies, mirándole con ansiedad: él se sonreía.

—No os asustéis (prosiguió). No experimento el más insignificante dolor; grata dulzura inunda todo mi ser; me parece que voy á dormirme con sueño justo y bueno.... La muerte me hiere de pronto, doy y gracias al cielo. ¡Ah, mi pobre Juan! He bajado muy aprisa el sendero; el niño me ha producido demasiada alegría.

Y como todos lo comprendiéramos, como estalláramos en sollozos, el tío Lázaro continuó, sin dejar de mirar al cielo.

—No turbéis mi alegría, os lo suplico. ¡Si supiérais cuán feliz soy con dormirme para siempre en esta butaca! Nunca me había atrevido á soñar muerte tan dulce. Todo lo que amo está á mi lado. ¡Ved qué cielo tan azul! Dios me envía una buena noche.

El sol se ocultaba detrás del robledal. Sus rayos oblicuos se deslizaban como lenguas de oro sobre las hojas de los árboles, que tomaban reflejos cobrizos.

A lo lejos, perdiase la verde campiña con vaga serenidad. El tío Lázaro se debilitaba por momentos en brazos de aquel silencio solemne, de aquellas ráfagas del sol poniente que entraban por la abierta ventana. Se extinguía con lentitud, como los fulgores ligeros que palidecen en las altas raias.

—¡Ah! Mi buen valle (murmuró); me despides con

ternura.... Tenía miedo de morir en el invierno, cuando estuvieses yermo y frío.

Conteníamos nuestras lágrimas; no queríamos turbar aquella muerte tan santa. Babetoraba en voz baja.

El niño seguía dando pequeños gritos.

Mi tío Lázaro, en medio de su agonía, oyó estos gritos. Trató de volverse hacia Babet, y, sonriéndose siempre:

—He visto al niño (dijo); muero feliz.

Después miró al cielo pálido, á la blanca campiña é inclinando la cabeza, exhaló un débil suspiro.

Ningún estremecimiento sacudió el cuerpo del tío Lázaro; entró en la muerte como se entra en el sueño.

Se había apoderado de nosotros un sentimiento tan dulce, que permanecimos mudos, sin derramar una lágrima. Sólo experimentábamos una tristeza serena enfrente de tanta sencillez. El crepúsculo avanzaba, los adioses del tío Lázaro nos dejaban confiados, como los adioses del sol que muere por la tarde para renacer al otro día.

Tal fué mi jornada de otoño, que me dió un hijo y arrebató á mi tío Lázaro en la paz del crepúsculo.

## IV.

## INVIERNO.

Enero tiene días siniestros que hielan el corazón. Al despertar aquella mañana fui presa de vaga inquietud. El deshielo había empezado durante la noche, y cuando, desde el dintel de la puerta, miré al campo, se me apareció éste como inmenso harapo de color gris sucio, manchado de lodo, agujereado por algunas partes.

Densa cortina de nieblas ocultaba el horizonte. En medio de ella, erguían los robles del paseo sus negros brazos, semejantes á una fila de espectros que guardasen el abismo de vapor que se habría detrás de ellos. Las tierras estaban removidas y cubiertas de charcos, en torno de los cuales se veían montones de nieve que habían perdido su blancura. A lo lejos se oía la gran voz del Durance.

El invierno respira vigor sano cuando el cielo está claro y la tierra dura. El aire pincha las orejas, se camina alegremente por los senderos; el hielo resuena bajo los pies con rumores argentinos. Los campos se extienden, claros y limpios, blancos con la

ternura.... Tenía miedo de morir en el invierno, cuando estuvieses yermo y frío.

Conteníamos nuestras lágrimas; no queríamos turbar aquella muerte tan santa. Babetoraba en voz baja.

El niño seguía dando pequeños gritos.

Mi tío Lázaro, en medio de su agonía, oyó estos gritos. Trató de volverse hacia Babet, y, sonriéndose siempre:

—He visto al niño (dijo); muero feliz.

Después miró al cielo pálido, á la blanca campiña é inclinando la cabeza, exhaló un débil suspiro.

Ningún estremecimiento sacudió el cuerpo del tío Lázaro; entró en la muerte como se entra en el sueño.

Se había apoderado de nosotros un sentimiento tan dulce, que permanecimos mudos, sin derramar una lágrima. Sólo experimentábamos una tristeza serena enfrente de tanta sencillez. El crepúsculo avanzaba, los adioses del tío Lázaro nos dejaban confiados, como los adioses del sol que muere por la tarde para renacer al otro día.

Tal fué mi jornada de otoño, que me dió un hijo y arrebató á mi tío Lázaro en la paz del crepúsculo.

## IV.

## INVIERNO.

Enero tiene días siniestros que hielan el corazón. Al despertar aquella mañana fui presa de vaga inquietud. El deshielo había empezado durante la noche, y cuando, desde el dintel de la puerta, miré al campo, se me apareció éste como inmenso harapo de color gris sucio, manchado de lodo, agujereado por algunas partes.

Densa cortina de nieblas ocultaba el horizonte. En medio de ella, erguían los robles del paseo sus negros brazos, semejantes á una fila de espectros que guardasen el abismo de vapor que se habría detrás de ellos. Las tierras estaban removidas y cubiertas de charcos, en torno de los cuales se veían montones de nieve que habían perdido su blancura. A lo lejos se oía la gran voz del Durance.

El invierno respira vigor sano cuando el cielo está claro y la tierra dura. El aire pincha las orejas, se camina alegremente por los senderos; el hielo resuena bajo los pies con rumores argentinos. Los campos se extienden, claros y limpios, blancos con la

nieve, rojizosal sol. Pero no conozco nada tan triste como esos días enojosos de deshielo; aborrezco la niebla, cuya humedad pesa sobre las espaldas.

Me estremecí al contemplar aquel cielo cobrizo; me apresuré á entrar otra vez, resuelto á no ir al campo aquella mañana. No faltaba qué hacer en el interior de la granja.

Jacobo se había levantado muy temprano. Se le oía silbar bajo un cobertizo, donde ayudaba á cargar sacos de trigo. Tenía diez y ocho años; era un guapo mozo, de brazos fuertes. No le había mimado ni enseñado el latín mi tío, como á mí, y no iba á soñar bajo los sauces. Jacobo era un verdadero campesino, un trabajador infatigable, que se incomodaba cuando yo quería hacer alguna cosa, diciéndome que era viejo y que debía descansar.

Mientras le contemplaba de lejos, un ser dulce y ligero, que se encaramó sobre mis hombros, me puso sus manos encima de cieta los ojos, preguntando:

—¿Quién soy?

Me eché á reír.

—Eres (contesté) Mariquita, á quien su madre acaba de vestir.

La niña iba á cumplir diez años, y desde que nació era la alegría de la casa. Nacida á última, en una época en que no esperábamos ya tener hijos, era amada con doble motivo. Nos era aún más querida á

causa de su salud delicada. Se la trataba como á una señorita. Su madre quería á todo trance que fuese una verdadera señora, y yo no me atrevía á oponerme: tan linda estaba la niña con su bonito traje de seda, adornado de encajes.

Mariquita no se había bajado de mis hombros.

—Mamá, mamá (gritaba): ven á verme; estoy á caballo.

Babet, que entraba, se sonrió. ¡Ah, mi pobre Babet; qué viejos éramos! Me acuerdo de que en aquel tiempo bostezábamos de cansancio, mirándonos con tristeza cuando estábamos solos. Nuestros hijos nos devolvían nuestra juventud.

El desayuno fué silencioso. Nos vimos obligados á encender luz. La claridad rojiza que esparcía en la habitación, infundía mortal tristeza.

—¡Bah! (decía Jacobo.) Es preferible esta lluvia templada, á que el frío hiele nuestros olivares y nuestras viñas.

Y trataba de bromear. Pero estaba inquieto, como nosotros, sin saber por qué; Babet no había dormido bien. Oíamos el relato de las pesadillas que le habían asaltado, con la sonrisa en los labios y la angustia en el corazón.

—El tiempo nos pone así,—dije,—para tranquilizar á todo el mundo.

—Sí, sí, es el tiempo (se apresuró á afirmar Jacobo). Voy á echar algunos sarmientos al fuego.

Alegres llamas saltaron en anchas ráfagas de luz sobre los muros. Las cepas se quejaban, dando chasquidos, convirtiéndose en rojas brasas. Estábamos sentados enfrente de la chimenea: fuera de la casa, la atmósfera estaba tibia; pero dentro caía de los techos una humedad glacial. Babet había puesto á Mariquita sobre sus rodillas, y conversaba con ella muy bajito, estremeciéndose con su charla de niña.

—¿Viene V., padre? (me preguntó Jacobo.) Vamos á visitar las cuevas y los graneros.

Sali con él. Desde hacía algunos años las cosechas no eran buenas. Experimentábamos grandes pérdidas: nuestras viñas, nuestros árboles, perecían á los rigores del frío. El hielo picaba nuestros granos. Yo me decía á veces que era viejo; que la fortuna, que es mujer, no ama más que á los jóvenes. Jacobo se reía, diciéndome que él no era viejo, y que iba á cortejar á la fortuna.

Estaba yo en el invierno, en la estación fría. Veía claramente que todo moría en torno mío. A cada alegría que volaba, pensaba en el tío Lázaro, que había muerto con tanta tranquilidad; pedía fuerzas á su querido recuerdo.

A eso de las tres anocheció por completo. Bajamos á la sala común. Babet cosía al lado del fuego, con la cabeza inclinada; Mariquita, sentada en el suelo frente á la chimenea, vestía gravemente una muñeca. Jacobo y yo, sentados delante de una mesita de cao-

ba, herencia del tío Lázaro, comprobábamos nuestras cuentas.

La ventana parecía tapada; la niebla, adherida á los cristales, formaba una verdadera muralla de sombra. Detrás de esta muralla se abría el vacío, lo desconocido. Un clamor intenso, un ruido estrepitoso que llenaba la sombra, se elevaba en el abismo.

Habíamos despedido á los trabajadores, no reteniendo á nuestro lado más que á la anciana Margarita. Cuando levantaba la cabeza y escuchaba, me parecía que la granja estaba suspendida en medio de un remolino. Ningún ruido humano sonaba en el exterior; sólo se percibía el clamor del abismo. Entonces miraba á mi mujer y á mis hijos, con la cobardía de los viejos que se sienten demasiado débiles para proteger á aquellos que les rodean contra peligros desconocidos.

El clamor se hizo más ronco, y me parecía que empujaban la puerta. De repente, en la cuadra, los caballos relincharon furiosamente, y los bueyes mugieron como si se estuvieran ahogando. Nos levantamos todos, pálidos, inquietos. Jacobo se precipitó á la puerta, abriéndola de par en par.

Una ola de agua turbia entró bruscamente en la sala, y llenó el piso.

El Durance se desbordaba. Suyo era el clamor que se oía á lo lejos desde por la mañana. Fundidas las nieves de las montañas, cada arroyo se había con-

vertido en un torrente que engrosaba el río. La niebla nos había ocultado esta crecida instantánea. Muchas veces, en los inviernos rigurosos, en la época del deshielo, el agua había llegado á la casa; pero nunca la inundación había sido tan repentina. Veíamos el patio convertido en un lago. El agua no mojaba ya los tobillos.

Babet había alzado en sus brazos á Mariquita, que lloraba, estrechando á la muñeca contra su pecho. Jacobo quería ir á abrir las puertas de la cuadra y establo; pero su madre le sujetó por las ropas, rogándole que no saliese. El agua seguía subiendo. Empujé á Ba-bet hacia la escalera.

—¡Pronto, pronto (grité); á la habitación alta!

Obligué á Jacobo á ir delante de mí. Subí el último. Margarita, atemorizada, bajó del granero donde dormía. Hice que se sentase al lado de Babet, que permanecía silenciosa, pálida, con los ojos suplicantes. Habíamos acostado á Mariquita, que no quiso separarse de su muñeca, y dormía dulcemente con ella en los brazos. Este sueño me alentaba, y cuando me volvía y veía á Babet, escuchando la respiración regular de la niña, no oía ya el agua azotando los muros.

Pero Jacobo y yo no podíamos menos de mirar el eligro de frente. La ansiedad nos impulsaba á darnos cuenta de los progresos de la inundación. Habíamos abierto la ventana de par en par; nos inclinábamos, á

riesgo de caer; interrogábamos á la noche. La niebla, cada vez más densa, flotaba sobre el agua, despidiendo una lluvia finísima, que nos penetraba hasta los huesos. Vagos reflejos de acero indicaban la sábana movable en el fondo de las tinieblas. En el patio [la ola seguía subiendo á lo largo de las paredes con suaves ondulaciones. Y no oíamos más que la voz colérica del Durance, y el relinchar y el mugir de los caballos y bueyes espantados.

El terror y peligro de estos pobres animales me partían el alma. Jacobo me preguntaba con la mirada; hubiese querido arrojarlos á librarlos. Pronto fueron más dolientes sus quejas de agonía, y de súbito resonó un gran ruido. Era que los bueyes habían roto las puertas del establo. Pasaron delante de nosotros, arrastrados por la corriente, desapareciendo en la obscuridad de la noche.

Entonces la cólera me cegó, y furioso como un loco, amenacé al Durance con el puño. De pie, delante de la ventana, le insultaba;

—¡Malvado! (grité, en medio del estrépito de las aguas.) Te he amado entrañablemente, has sido mi primer amor, y hoy me robas; quieres destruir mi casa, y me arrebatas mis bestias. ¡Ah, maldito, maldito!—Me diste á Babet, te paseaste dulcemente á orillas de mis tierras. Te creía una buena madre; me acordaba del tío Lázaro, que tantas ternuras sentía por tus clarasondas; pensaba deberte recono-

cimiento, y eres una madrastra. No te debo más que odio.

Pero el Durance, con su voz de tormenta, sofocaba mis gritos. Majestuoso e indiferente, extendía y empujaba sus olas con la tranquila obstinación de las cosas.

Volví á entrar en la habitación; abracé á Babet que lloraba; Mariquita dormía sonriendo.

—No te asustes (dije á mi mujer); el agua no ha de subir siempre.... Va sin duda á bajar.... No hay ningún peligro.

—No, no hay ningún peligro (repetía febrilmente Jacobo). La casa es sólida.

En aquel momento, Margarita, que se había aproximado á la ventana, dominada por la ansiedad del terror, se inclinó como una loca y cayó dando un grito; me puse delante de la ventana, pero no antes que Jacobo saltara al agua. Margarita le había tenido en sus brazos cuando niño, y amaba á la pobre anciana con ternura de hijo. Al ruido de las dos caídas, Babet se había levantado espantada, con las manos juntas, y así se quedó; de pie, con la boca abierta, sin pestañear, mirando á la ventana.

Me había sentado en el alfeizar de la ventana, en sordocido por el rumor de las aguas.

No sé el tiempo que estuvimos Babet y yo en aquel estapor doloroso, cuando oí una voz que me llamaba

Era Jacobo, que estaba junto á la pared, bajo la ventana; le tendí la mano y subió.

Babet le abrazó fuertemente. Podía sollozar; estaba salvada.

Nadie habló de Margarita. Jacobo no se atrevía á decir que no había podido encontrarla; nosotros no nos atrevimos á interrogarle acerca del resultado de sus pesquisas.

Me llamó aparte; me condujo á la ventana.

—Padre (me dijo á media voz): hay ya dos metros de agua en el patio, y el río no cesa de subir. No podemos estar más tiempo aquí.

Jacobo tenía razón. La casa se desmoronaba; las tablas de los cobertizos se iban una á una. Después, la sombra de Margarita pesaba sobre nosotros. Babet, medio loca, nos suplicaba. Sólo la niña continuaba en el lecho tan tranquila, abrazada á su muñeca, durmiendo con su hermosa sonrisa de ángel.

El peligro crecía por momentos. El agua iba á ganar la ventana é invadir la habitación. Se hubiese dicho que una máquina de guerra conmovía la granja con golpes sordos, profundos, regulares. La corriente debía coger á la casa de lleno, en plena fachada. Y no podíamos esperar ningún socorro humano.

—Los minutos son preciosos (dijo Jacobo con angustia). Vamos á perecer bajo los escombros.... Busquemos tablas; construyamos una balsa.

Tenía calentura. En verdad, por mi parte, hubiera

preferido mil veces estar en medio del río, sobre algunas vigas sujetas entre sí, que no bajo el techo de aquella casa que amenazaba desplomarse. Pero, ¿dónde encontrar las tablas necesarias? Arranqué con rabia las tablas de los armarios; Jacobo rompió los muebles; quitamos los postigos de la ventana; nos apoderamos de todos los objetos de madera que estaban á nuestro alcance. Y viendo que era imposible utilizar estos restos, los arrojamos en medio de la habitación, furiosos, sin cesar de buscar.

Nuestra última esperanza desaparecía; comprendíamos nuestra miseria y nuestra impotencia. El agua subía. Las voces roncadas del Durance nos llamaban con cólera. Entonces estallé en sollozos: estreché á Babet convulsivamente entre mis brazos, y supliqué á Jacobo que viniera á nuestro lado. Quería que muriésemos todos juntos, formando un apretado haz.

Jacobo había vuelto á asomarse á la ventana.

De pronto, (gritó) bruscamente:

—Padre, nos hemos salvado; ven á ver.

El cielo estaba claro. El techo de un cobertizo, arrancado por la corriente, acababa de encallar delante de la ventana. Este techo, de muchos metros de ancho, estaba formado de vigas ligeras y de bálago; sobrenadaba; debía ser una balsa excelente. Junté las manos; habría adorado aquellas vigas y aquella paja.

Jacobo saltó al techo, después de haberle amarrado

fuertemente: lo recorrió en toda su extensión, asegurándose de la solidez de cada parte. La paja resistió; nos podíamos aventurar sin ningún temor.

—¡Oh! Nos llevará á todos (dijo Jacobo alegremente). ¡Ve cuán poco se hunde en el agua!... Lo difícil será dirigirlo.

Miró en torno suyo, y recogió al paso dos palos largos que la corriente arrastraba.

—¡Ah! He aquí los remos (continuó). Padre, pongámonos, tú detrás, yo delante, y conduciremos fácilmente la balsa. No hay tres metros de fondo.... Pronto, pronto; vamos á embarcarnos; no hay que perder un minuto.

Mi pobre Babet procuraba sonreírse. Envolvió cuidadosamente á Mariquita en un chal; la niña acababa de despertarse; muy espantada; guardaba silencio, que interrumpía con hondos suspiros. Coloqué una silla delante de la ventana, hice subir á Babet en la balsa; mientras la tenía suspendida en mis brazos, la estreché, besándola con dolorosa emoción; sentía que aquel beso era un beso supremo.

El agua empezaba á entrar en la habitación. Teníamos los pies mojados; me embarqué el último; después desaté la cuerda. La corriente nos arrojaba contra el muro; fueron precisas precauciones y esfuerzos infinitos para alejarnos de la casa.

Poco á poco había caído la niebla. Cuando salíamos podía ser media noche; las estrellas estaban to-

davía semiveladas. La luna, casi en el límite del horizonte, esparcía una pálida claridad de aurora.

La inundación se nos apareció entonces en todo su horror grandioso. El valle se había convertido en río. De un lado á otro, entre las masas sombrías de cultivo, el Durance, único ser viviente en aquella soledad arrastraba su enorme caudal de agua, rugiendo con voz soberana, guardando en su cólera la majestad de su ímpetu colosal. De trecho en trecho, grupos de árboles asomaban sus copas por encima del agua, manchando la pálida sábana con reflejos negruzcos. Reconocí los robles de la alameda; la corriente nos empujaba hacia aquellas ramas, que eran para nosotros otros tantos arrecifes. En torno de la balsa flotaban restos, pedazos de madera, haces de hierba; el Durance se llevaba las ruínas producidas por su cólera.

A la izquierda veíamos las casas de Dourgues. Las luces de las linternas se destacaban y movían en la obscuridad. El agua no había debido subir hasta la aldea. Sólo las tierras bajas estaban invadidas. Venían sin duda socorros. Interrogábamos las claridades que se reflejaban en el agua; á cada instante nos pa recía oír ruidos de remos.

Habíamos partido á la aventura. Cuando la balsa estuvo en medio de la corriente, la angustia se apoderaba nuevamente de nosotros casi lamentamos haber dejado la granja. Me volvía á veces, miraba la

casa que seguía en pie, gris sobre el agua blanca. Babet, acurrucada en medio de la balsa, entre el bálago, tenía á Mariquita en sus rodilas, estrechando la cabeza de la niña contra su pecho para ocultarle el horror del río; ambas iban encorvadas, replegadas; abrazadas, como empequeñecidas por el terror. Jacobo, de pie en la parte delantera, se apoyaba con toda su fuerza en la estaca; nos dirigía rápidas miradas, y volvía silenciosamente á su tarea. Por mi parte, le secundaba lo mejor que podía; pero nuestros esfuerzos para ganar la orilla no obtenían resultado. Poco á poco, á pesar de nuestros remos improvisados que hundíamos en el lodo hasta romperlos, habíamos derivado; una fuerza, que parecía venir del fondo del agua, nos empujaba hacia adelante. El Durance se apoderaba lentamente de nosotros.

Luchando, bañados en sudor, habíamos llegado á ser presa de la cólera; nos batíamos con el río como un ser viviente, tratando de vencerlo, de herirlo, de matarlo. El nos estrechaba entre sus brazos de gigante, y las estacas eran en nuestras manos armas que le hundíamos con rabia en mitad del pecho. El Durance rugía, nos escupía la baba al rostro, se retorció bajo nuestros golpes. Con los dientes apretados, nos resistíamos á su victoria. No queríamos ser vencidos, y nos acometían deseos locos de agotar al monstruo, de calmarlo á puñetazos. Pero, lentamente, íbamos perdiendo terreno. Estábamos ya á la entrada de!

paseo de robles. Las negras ramas azotaban el agua de garrándola con ruido imponente. La muerte nos esperaba tal vez allí, ante el menor obstáculo. Grité á Jacobo que tomase el paseo, y lo siguiese apoyándose en las ramas. Y así pasé por última vez entre aquellos robles, que habían sido testigos de mi juventud y de mi edad madura. En aquella noche terrible, ante el abismo que rugía, pensé en mi tío Lázaro; vi las hermosas horas de mi vida sonreirme tristemente.

Al concluir el paseo, el Durance triunfó. Nuestras estacas no tocaban ya el fondo. El agua nos arrebató en el impulso, furiosa de su victoria. Éramos suyos. Nos abandonamos. Bajábamos con rapidez espantosa. Grandes nubes, á manera de harapos sucios y agujereados, flotaban en el cielo. Cuando la luna se ocultaba, reinaba lúgubre obscuridad. Entonces rodábamos en el caos. Olas enormes, de un negro de tinta, semejantes á lomos de cetáceos, nos arrastraban, dando vueltas.

Ignoro cuánto tiempo duró esta carrera suprema. Bruscamente brilló la luna; los horizontes blanquearon. Y á esta luz, vi enfrente de nosotros una masa negra, que obstruía el camino, y hacía la cual corríamos con toda la violencia de la corriente. Estábamos perdidos, íbamos á estrellarnos.

Babet se había puesto en pie. Me alargaba la niña.

— ¡Toma la niña! (gritó) ¡Déjame, déjame!

Jacobo había cogido á su madre. Con potente fuerza:

— Padre (dijo): salve V. á la niña; yo salvaré á mi madre.

La masa negra estaba delante de nosotros. Me parece que era un árbol. El choque fué terrible, y la balsa, partida en dos, sembró sus pajas y sus vigas en el torbellino de las aguas.

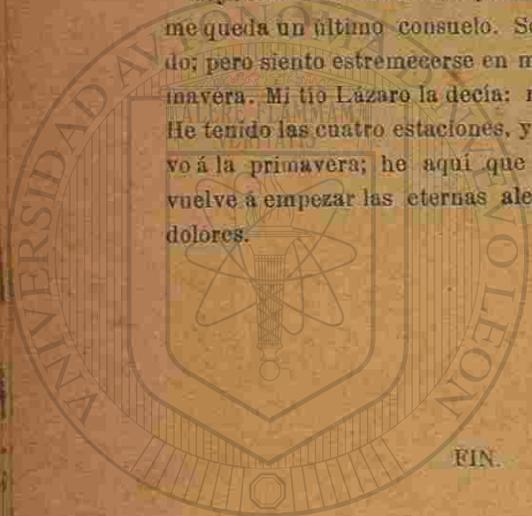
Caí abrazado fuertemente á Mariquita. El agua helada me devolvió todo mi valor. Vuelto á la superficie del río, sostuve á la niña, la eché á medias sobre mi cuello, y me puse á nadar con gran trabajo. Si Mariquita no se hubiese desmayado y se hubiera movido, habríamos ido seguramente al fondo del río.

En tanto que nadaba, me sofocaba la angustia. Llamaba á Jacobo; trataba de verle á lo lejos, pero no oía más que el rumor, no veía más que la superficie pálida del Durance. Jacobo y Babet habían perecido. Ella debía haberse agarrado á él y arrastrarle en un abrazo mortal. ¡Qué agonía tan atroci! Yo hubiese querido morir, me hundía lentamente; iba á buscarlos bajo el agua negra. Pero cuando la ola tocaba la frente de Mariquita, luchaba de nuevo con feroz energía para aproximarme á la orilla.

Así abandoné á Babet y á Jacobo, desesperado de no poder morir como ellos, llamándolos siempre con ronca voz. El río me arrojó sobre los guijarros, semejante á uno de esos haces de hierba que abandonaba en su curso. Cuando volví en mí, cogí en brazos á mi niña, que abría los ojos. Amanecía. Mi noche de in-

vierno había concluido; noche terrible, que había sido cómplice de la muerte de mi mujer y de mi hijo.

Hoy, tras muchos años de penas y recuerdos, sólo me queda un último consuelo. Soy el invierno helado; pero siento estremecerse en mí a la próxima primavera. Mi tío Lázaro la decía: no morimos jamás. He tenido las cuatro estaciones, y he aquí que vuelvo a la primavera; he aquí que mi querida María vuelve a empezar las eternas alegrías y los eternos dolores.



# UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



